

Los Padres
Primeros y Principales
Educadores de los hijos

Antonio Pérez Esclarín

Los Padres
Primeros y Principales
Educadores de los Hijos



SAN PABLO

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la autorización expresa de la editorial San Pablo de Venezuela.

Distribuye:

● **San Pablo, distribución**

El Hatillo (Edo. Miranda)

Telfs.: (0212) 963.68.81 - 963.65.19

Fax: (0212) 963.68.52

E-mail: distribuidora@sanpablo.org.ve (fondo editorial)
suscripciones@sanpablo.org.ve
(publicaciones periódicas)

© SAN PABLO, 2010

Ferrenquín a Cruz de Candelaria

Edif. Doral Plaza, Local 1

Apartado 14.034, Caracas 1011-A, Venezuela

Telfs.: (0212) 576.76.62 - 577.10.24

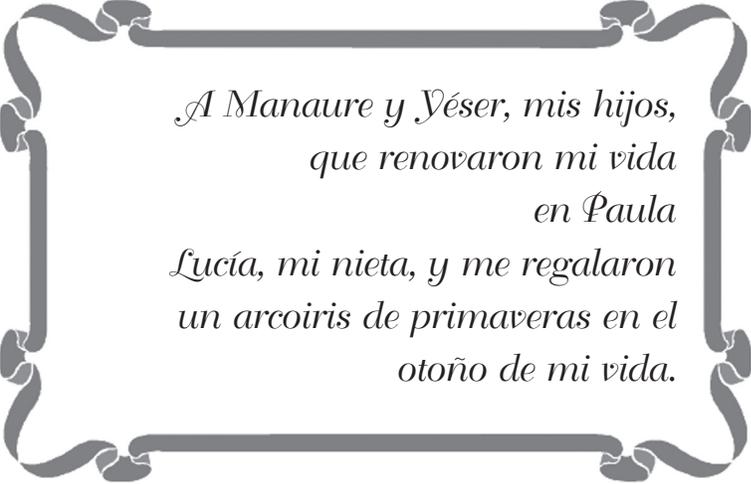
Fax: (0212) 576.93.34

E-mail: editorial@sanpablo.org.ve

Web site: <http://www.sanpablo.org.ve>

Depósito legal: Lf56220093724983

Impreso en Venezuela



*A Manaure y Yéser, mis hijos,
que renovaron mi vida
en Paula
Lucía, mi nieta, y me regalaron
un arcoiris de primaveras en el
otoño de mi vida.*

Presentación

He escrito este nuevo libro con la intención de ayudar a los padres a que asuman en serio su papel de primeros y principales educadores de los hijos. La experiencia me confirma que la familia es la escuela más importante y que es muy poco lo que podemos hacer los educadores si no contamos con el apoyo y la alianza de los padres. De ahí la urgente necesidad de trabajar articulados y abordar juntos la tarea apasionante de educar a los hijos. Si los padres dan la vida, padres y educadores juntos debemos dar sentido a la vida. Para ello, tenemos que hacer todos grandes esfuerzos para superar el actual desencuentro y estrechar lazos cada vez más firmes y sólidos entre las familias y las escuelas, entre los maestros y los padres.

Llevo trabajando 38 años en educación, siempre en la formación de los educadores, tarea que cada día encuentro más apasionante. Para ellos, he escrito varios libros y muchos artículos, y he recorrido todo el país numerosas veces tratando de ayudarlos con mis conferencias, cursos y talleres, a que asuman su labor de arquitectos de personas, de sembradores de esperanzas, de escultores de corazones, de maestros

comprometidos con el crecimiento y maduración de sus alumnos. Cada día estoy más y más convencido de que un buen maestro o un buen profesor es la mejor lotería que a uno le puede tocar en la vida. Un maestro cercano, cariñoso, puede suponer la diferencia entre un pupitre vacío o un pupitre ocupado, entre un delincuente o un joven de bien. Y yo invito a cada maestro a que se proponga ser un excelente regalo para cada uno de sus alumnos. De ahí que, para mí, la formación sólo tiene sentido si nos ayuda a transformarnos, es decir, a hacernos mejores personas, mejores padres y madres, mejores ciudadanos, mejores profesionales. Por ello, suelo repetir que a mí sólo me interesan los conocimientos que llevan a co-nacimientos, es decir a nacer con el otro y para el otro. A nacer a una nueva vida de servicio y entrega a los demás.

En los últimos tiempos, y tras descubrir que la familia es la escuela más importante, he empezado también a trabajar cada vez más con los padres y representantes y a escribir para ellos. De hecho, sobre todo a raíz de la promulgación de la nueva Ley Orgánica de Educación, muchos padres me invitan a intercambiar opiniones e ideas con ellos y solicitan mis opiniones y ayuda, pues pareciera que, afortunadamente, estamos ante un despertar de las inquietudes de las familias por la educación de sus hijos.

Fue mi amiga Milagros Moleiro, editora de San Pablo, la que me propuso que agrupara en este libro los escritos sobre la temática que tenía desperdigados por allí. Después de una negativa inicial, acepté la propuesta pues me pareció que podían ser de alguna utilidad para numerosos padres, madres y representantes. Los asiduos lectores de mis escritos verán que la mayoría de las cosas que abordo aquí ya han sido tratadas en alguno de mis libros anteriores. En consecuencia, el único posible mérito de este libro es agru-

par y ordenar para los padres cosas ya dichas por mí y que andaban dispersas por allí.

Al final del libro, incluyo un buen racimo de algunas de las mejores parábolas de mis libros, que estoy seguro ayudarán a la reflexión y el diálogo en las familias y también en las Escuelas de Padres.

1.- La Educación, tarea y responsabilidad de todos

La educación es la suprema contribución al futuro de la humanidad puesto que tiene que contribuir a prevenir la violencia, la intolerancia, la pobreza, el egoísmo y la ignorancia. Una población bien educada e informada es crucial si se quiere tener democracias prósperas y comunidades vigorosas. La educación es el pasaporte a un mañana mejor. En la actual sociedad del conocimiento y en este nuestro siglo del saber, la carrera económica, cultural y geopolítica pasa a ser una carrera entre sistemas educativos. La fortaleza de un país radica en el grado de educación de sus habitantes. A todos nos conviene tener más y mejor educación y que todos los demás la tengan. La carencia de este bien lleva a las sociedades al fracaso. La educación es un derecho humano y social del que todos deben disfrutar en igualdad de condiciones, pues el cumplimiento de este derecho va a posibilitar el disfrute de los otros derechos esenciales. En consecuencia, el derecho a la educación implica derecho de todos no a cualquier educación, sino a una educación integral de calidad. Una pobre educación para los pobres reproduce la pobreza y, en vez de contribuir a democratizar la sociedad, agudiza las diferencias y agiganta las desigualdades.

Pero si bien todo el mundo reconoce la importancia de la educación, por todas partes se insiste en que está en crisis y hay un consenso generalizado de que los resultados educativos no responden a las expectativas y exigencias. Por otra parte, educar hoy está resultando una tarea cada vez más y más difícil. En el mundo en que nosotros nacimos y empezamos a crecer era relativamente fácil educar. En primer lugar, había consenso entre lo que se consideraba bueno y malo y la búsqueda y vivencia del bien parecían ser tarea de todos. De ahí que, en general, hubiese una gran coherencia entre lo que se practicaba y enseñaba en la casa (todo el mundo, por ejemplo, consideraba el robar algo malo y podían decir con sinceridad y orgullo "somos pobres pero honrados", los viejitos añoran los tiempos en que podían dormir con las puertas abiertas); lo que se vivía en la calle (cualquier persona se consideraba con autoridad para llamar la atención y denunciar las conductas irregulares); lo que se enseñaba en las escuelas y lo que se predicaba en las iglesias. En cierto sentido, toda la sociedad asumía su tarea de educadora.

Hoy, esto ya no es así: numerosos padres parecen haber renunciado a su papel de primeros y fundamentales educadores y le reclaman a los maestros que desempeñen el papel que ellos no supieron cumplir. No saben cómo educar a uno, dos o tres hijos, y esperan que una maestra o un maestro eduque a cuarenta.

Las iglesias cada vez influyen menos en la sociedad, especialmente entre los jóvenes, que crecen en un ambiente de total relativismo ético, donde se impone el pragmatismo del TODO VALE y del SÓLO VALE (todo vale si me produce bienestar, poder, placer, ganancia...; sólo vale lo que me produce bienestar, poder, placer, ganancia...). Todo vale: el valor y el anti-

valor se confunden. Cada uno decide lo que es bueno o malo. El fin justifica los medios. Si todo vale, nada vale. Bueno es lo que me gusta, me produce placer, prestigio, ganancia, poder. Sin principios éticos sólidos ni normas que regulen la conducta, andamos cada vez más perdidos, sin rumbo, y el egoísmo y la violencia se enseñorean cada día más de todos nosotros.

Ante esta avalancha deseducadora, maestros y profesores se sienten solos y desorientados, impotentes para promover unos determinados valores que la sociedad no está dispuesta a practicar y que incluso considera inapropiados para triunfar en la vida. A los maestros se les pide mucho y se les da muy poco. Se les pide que sean padres, pedagogos, psicólogos, orientadores..., pero se les trata como a profesionales de segunda o tercera categoría. Se les pide que enseñen a sus alumnos a compartir en un mundo donde la competitividad es un valor esencial; que enseñen la honestidad y el respeto en un mundo donde impera el irrespeto y la deshonestidad.

Con frecuencia, reciben alumnos socializados negativamente, acostumbrados a considerar la mentira, el robo, la agresión y la violencia como medios lícitos y eficaces para resolver los problemas y triunfar en la vida. Cada vez más, los educadores deben enfrentar desde el desinterés y la apatía de sus alumnos, hasta la hostilidad descarnada y la violencia más atroz, en unas aulas y centros educativos que se van convirtiendo en espacios ingobernables. Algunos han tirado la toalla y se limitan a instruir, a pasar sus programas o impartir sus asignaturas, sin mayores pretensiones educadoras. Muchos otros, a pesar de las dificultades, no han renunciado a su empeño de educar, de formar la conciencia y el corazón de sus alumnos, y siguen empeñados en dar lo mejor de sí mismos.

Es muy poco, sin embargo, lo que pueden hacer los maestros y profesores, a pesar de sus esfuerzos y buena voluntad, si las familias y en general toda la sociedad no asume su papel de educadora. Las escuelas no pueden hacerlo todo: necesitan ayuda. De ahí que la educación deba constituirse en la principal preocupación y primera ocupación de las familias y de la sociedad. Hay que superar la retórica de la necesidad de educar integralmente a toda la persona y a todas las personas y plantearnos cómo queremos que sean nuestros hijos y qué tipo de sociedad y de país queremos construir.

Qué significa educar

Esto nos lleva a la necesidad de empezar clarificando lo que significa educar. Según el eminente teólogo español José Antonio Pagola, “posiblemente la tragedia más grave de la sociedad contemporánea es la crisis de la relación educativa”. Los padres cuidan a sus hijos, se preocupan de que no les falte nada, hacen enormes esfuerzos para satisfacer sus necesidades e incluso sus caprichos; maestros y profesores se esfuerzan por enseñar a sus alumnos, pero en la mayoría de los hogares y centros educativos se ha perdido el “espíritu de la educación”.

Y, sin embargo, si una sociedad no sabe educar a las nuevas generaciones no conseguirá ser más humana, por grandes que sean sus avances tecnológicos y su potencial económico, o por mucho que se vocee a los cuatro vientos que aquí estamos pariendo el mundo nuevo mediante la revolución del Siglo XXI. Para el crecimiento humano, los educadores, no los meros profesores y mucho menos los militantes de un determinado partido, son más importantes y decisivos que los políticos, los técnicos o los economistas.

Educar no es instruir, adoctrinar, mandar, obligar, imponer o manipular. Educar es el arte de acercarse al alumno con respeto y amor, para que se despliegue en él una vida verdaderamente humana. El educador es el partero del alma, el que ayuda a cada alumno a conocerse y quererse, el que confiere la energía y confianza para que cada persona se atreva a caminar la senda de su propia realización y así pueda desarrollar la semilla de sí mismo. Educar es, en definitiva, continuar la obra creadora de Dios. Los padres dan la vida y junto con los educadores, deben dar sentido a la vida. Para educar, necesitamos, en definitiva, MAESTROS. Tenemos muchos licenciados, profesores y hasta magisters, pero escasean cada vez más los maestros: hombres y mujeres que encarnen estilos de vida, ideales, modos de realización humana. Personas orgullosas y felices de ser maestros, que asumen su profesión como una tarea humanizadora, vivificante, como un proceso de desinstalación y de ruptura con las prácticas rutinarias. Que buscan la formación continua ya no para acaparar títulos, credenciales y diplomas, y de esta forma creerse superiores, sino para servir mejor a los alumnos. Una formación que no transforma la vida, que no desarrolla las ganas de servir, que no proporciona herramientas para ayudar a todos los alumnos, en especial, a los más necesitados y débiles, no tiene mucho sentido. Requerimos de conocimientos que lleven a co-nacimientos, es decir, a nacer con el otro y para el otro.

Necesitamos educadores que guían las mentes sin moldearlas, que facilitan una relación progresiva con la verdad y viven su tarea como una aventura humanizadora en colaboración con otros. Maestros comprometidos con revitalizar la sociedad, empeñados en superar mediante la educación la actual crisis de civilización y la crisis de país que estamos sufriendo, capaces de reflexionar y de aprender permanentemente

de su hacer pedagógico, y que se responsabilizan por los resultados de su trabajo. Maestros preparados y dispuestos para liderar los cambios necesarios, que se esfuerzan cada día por ser mejores, y por mejorar la educación y la sociedad.

Maestros que se conciben como educadores de humanidad, no ya de una materia, sino de un proyecto, de unos valores, de una forma de ser y de sentir. Ser maestro, educador, es algo más complejo, sublime e importante que enseñar matemáticas, biología, lectoescritura, electricidad o inglés. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los propios ojos para que otros puedan mirar la realidad sin miedo. El quehacer del educador es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación. El educador está dispuesto no sólo a dar tiempo, sino a darse.

Cuentan que una vez entró un niño en el taller de un escultor. Y con la curiosidad de todos los niños, estuvo por un largo rato disfrutando de todas las cosas maravillosas que había en ese taller: martillos, formones, troncos de madera, bocetos, esculturas a medio hacer, otras ya listas...Pero lo que más le impresionó a ese niño fue ver una enorme piedra en el centro del taller. Era una piedra tosca, desigual. Todavía tenía los fogonazos de las cargas de dinamita con que la habían arrancado en la montaña, y tenía también las magulladuras de las cadenas de la gandola que la había traído desde la lejana sierra hasta el centro del taller. El niño estuvo acariciando la piedra largo rato con sus ojos y se fue. Volvió el niño a los pocos meses y vio que, en lugar de esa piedrota que él tanto había admirado, se erguía un hermosísimo caballo que parecía quererse liberar de la fijeza de la estatua y ponerse a galopar por la sabana. Entonces el niño se dirigió al

escultor y le preguntó: ¿Y cómo sabías tú que, dentro de esa piedra, se escondía ese caballo?¹

Educación viene de la palabra latina educere, que significa sacar de adentro. Es educador quien no ve en cada alumno la piedra tosca y desigual que vemos los demás, sino la obra de arte que se encuentra adentro, y entiende su misión como el que ayuda a limar las asperezas, a curar las magulladuras, el que contribuye a que aflore el ser maravilloso que todos llevamos en potencia. ¡Cómo cambia la relación educativa si cada mañana el educador se dirige a un salón de clases convencido de que allí le están esperando 30, 35, 40 obras de arte, verdaderos tesoros, todos distintos, pero todos igualmente maravillosos!

La educación implica una tarea de liberación y de responsabilización. El educador tiene una irrenunciable misión de partero de la personalidad y del espíritu. Es alguien que entiende y asume la trascendencia de su misión, consciente de que no se agota con impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas.

La vocación docente reclama, por consiguiente, algo más importante que títulos, diplomas, conocimientos y técnicas. Formar personas sólo es posible desde la libertad ofrendada y desde el amor que crea seguridad y abre al futuro. Cuando un maestro vive su diaria tarea no como un saber, que le crea un poder,

1 Ver Antonio Pérez Esclarín, *Educación valores y el valor de educar: Parábolas*. San Pablo, Caracas, 11ª. reimpresión, 2008, pág. 7.

o como una función que tiene que cumplir, sino como una capacidad que le obliga a un servicio, está no sólo ayudando a adquirir determinados conocimientos y destrezas, sino que está dando sentido a su misión, está educando, está ayudando a ser.

Esto presupone una madurez honda, una coherencia de vida y de palabra. Y esta coherencia es imposible sin un permanente cuestionamiento y cuidado del propio proyecto de vida. Sólo quien reconoce sus limitaciones, sus propias contradicciones, sus carencias, y las acepta como propuestas de superación, de crecimiento, es decir de formación, será capaz de recibir amor y por ello podrá darlo. Será capaz de aprender y por ello de enseñar. El que cree que lo sabe todo, el que se coloca con autosuficiencia frente a los alumnos, el que piensa que no necesita de los demás, será incapaz de establecer una verdadera relación comunicativa, será incapaz de entender la necesidad de su propia educación, será por ello, incapaz de educar.

Sin estos maestros con esperanza en el ser humano, actitud abierta y solidaria, compasión efectiva, sentido crítico frente a lo dado y búsqueda de un ejercicio de la libertad responsable, no hay esperanza para la educación.

La genuina educación está siempre al servicio de la vida y combate con decisión todo lo que la impide o asfixia. Verdadero educador es el que sabe despertar toda la riqueza y las posibilidades que hay en cada niño o joven, en cada persona. El que sabe estimular y hacer crecer en él, no sólo sus aptitudes físicas y mentales, sino también lo mejor de su mundo interior y el sentido gozoso y responsable de la vida. Cuando en las instituciones educativas se ahoga el gusto por la vida, y los docentes se limitan a transmitir de manera disciplinada el conjunto de materias que a cada

uno les han asignado (de allí, la palabra asignatura), se pierde el espíritu de la educación.

Por otra parte, la relación educativa exige verdad. Se equivocan los docentes que prefieren ser leales al sindicato o partido, más que a sus alumnos, a su conciencia, o a su misión de educar. Se equivocan los que, para ganarse el respeto de sus alumnos, se muestran tan distantes o prepotentes, que llegan a ser temidos o aborrecidos por ellos. Lo que los alumnos necesitan es encontrarse con personas cercanas, cariñosas, sencillas, profundamente buenas. De hecho, es imposible educar si no existen relaciones cordiales y afectuosas entre el maestro y sus alumnos.

Asimismo, el verdadero educador respeta al alumno, no lo humilla, no lo ofende, no lo desprecia, no se ríe de él, no destruye su autoestima. Una de las formas más sencillas y nefastas de bloquear su crecimiento es decirle: "eres insoportable", "no hay quien te aguante", "eres un bruto y bueno para nada".

En la relación verdaderamente educativa hay siempre un clima de alegría, pues la alegría es siempre signo de creación, y en consecuencia, uno de los principales estímulos del acto educativo. Como ha escrito Simone Weil: "La inteligencia no puede ser estimulada sino por la alegría. Para que haya deseo tiene que haber placer y alegría. La alegría de aprender es tan necesaria para los estudios como la respiración para los corredores". De ahí que el objetivo esencial de las planificaciones debe ser lograr que los alumnos lo pasen bien. Si están motivados y felices surgirá de un modo casi espontáneo el aprendizaje. La mayor parte de los problemas de disciplina se deben a una planificación deficiente. Los alumnos se rebelan cuando deben estar horas y horas, atornillados a sus pupitres,

escuchando una serie de cosas totalmente ajenas a su mundo y a sus intereses.

Papel del Estado y papel de la familia

Si la educación es un derecho es también un deber humano fundamental, lo que implica que todos, especialmente las familias, somos corresponsables y debemos colaborar para que se cumpla este derecho que es esencial para poder conquistar los demás derechos. Esto es lo que plantea el artículo 17 de la recientemente aprobada Ley Orgánica de Educación, al que debemos aferrarnos con fuerza y defender contra cualquier intento de olvido o violación:

"Las familias tienen el deber, el derecho y la responsabilidad en la orientación y formación en principios, valores, creencias, actitudes y hábitos en los niños, niñas, adolescentes, jóvenes, adultos y adultas, para cultivar respeto, amor, honestidad, tolerancia, reflexión, participación, independencia y aceptación. Las familias, la escuela, la sociedad y el Estado son corresponsables en el proceso de educación ciudadana y desarrollo integral de sus integrantes".

Por su parte, el artículo 3 de la mencionada Ley Orgánica de educación, que establece los principios y valores rectores de la educación, considera como valores fundamentales que todos debemos vivir y promover: *"el respeto a la vida, el amor y la fraternidad, la convivencia armónica en el marco de la solidaridad, la corresponsabilidad, la cooperación, la tolerancia y la valoración del bien común, la valoración social y ética del trabajo, el respeto a la diversidad propia de los diferentes grupos humanos".*

La defensa de los derechos humanos para todos, en especial el de una educación de calidad, se convierte

en el deber de todos de hacerlos posibles. Puede ser de un gran cinismo proclamar educación de calidad para todos, como lo hace el artículo 6 de la mencionada LOE y mantener unas condiciones educativas que impiden su realización y brindar una educación de muy baja calidad, sobre todo a los hijos de las familias más pobres. Está bien que nos preocupemos por la educación de nuestros hijos, pero una genuina conciencia ciudadana debería llevarnos a preocuparnos y ocuparnos por la educación de todos los hijos de Venezuela.

Estado, sociedad, medios de comunicación y especialmente las familias deben asumir con firmeza su deber y responsabilidad educativa, para que todos puedan disfrutar de una buena educación. El hijo no es engendrado por la sociedad ni el Estado (sí en una sociedad y en un Estado) y los padres tienen la obligación irrenunciable de educar a sus hijos y elegir el tipo de educación que consideran más adecuada para su desarrollo integral.

El Estado, que representa el interés común y ejerce un poder conferido por la sociedad, debe vigilar y garantizar que el derecho a la educación de calidad para todos y todas se cumpla en términos de equidad, lo que implica compensar las desventajas de los más pobres para que las diferencias de origen no se conviertan en desigualdades y se reproduzca la pobre oferta educativa para los más pobres. Esto de ningún modo indica que el Estado debe ser el único ejecutor de las políticas educativas, sino que debe también coordinar y apoyar los esfuerzos de las familias y de la sociedad para garantizar educación de calidad a todos.

Por eso, los educadores y padres o representantes debemos oponernos a la ausencia del Estado que pretende dejar al mercado la solución de los proble-

mas educativos y defendemos un Estado eficiente y eficaz en el cumplimiento de los derechos esenciales de todos, en especial de los que cuentan con menos condiciones y poder. El buen funcionamiento del Estado es condición para garantizar las políticas públicas y el disfrute por todos de los derechos esenciales. Un Estado ineficiente o que se inhibe de asumir sus responsabilidades esenciales es una tragedia sobre todo para los más pobres.

Pero también debemos oponernos al Estado que monopoliza la educación, que la utiliza para fines partidistas o para imponer una determinada ideología, decide unilateralmente el uso de los recursos que pertenecen a todos y premia o castiga a los que siguen o no siguen sus políticas particulares. Los gobiernos no son dueños del presupuesto, sino meros administradores. Administración que deben realizar con eficiencia, equidad y transparencia, para garantizar a todos el disfrute de una educación integral de calidad.

En definitiva, debemos defender un Estado no sólo Docente, sino sobre todo "Educador", que garantice calidad educativa a todos, en especial a los más pobres, que apoye las iniciativas sociales a participar en la educación, que sea promotor y garante del derecho de las familias a que sus hijos reciban una educación acorde con su cultura y sus creencias en respeto a la pluralidad y a la diversidad, y que también dé ejemplo de aquellos valores y actitudes que pregona la Constitución, la Ley Orgánica de Educación y los currículos escolares: democracia, participación, honestidad, esfuerzo, tolerancia, diálogo, colaboración, justicia e igualdad.

La educación debe propiciar la participación de la sociedad y generar conciencia ciudadana. El debate sobre la educación y sobre sus leyes y la organización

del sistema educativo debe ser público e incluyente. Todos los actores relacionados con la educación (estudiantes, educadores, directivos, padres de familia, iglesias, gremios, personeros del Ministerio, medios de comunicación, empresarios...) deben participar en el debate sobre las políticas educativas y la organización del sistema. El Estado está en la obligación de garantizar que sus propuestas, si pretenden contribuir al bien común y están en el marco de la constitución, sean escuchadas, respetadas y asumidas.

Toda genuina educación debe ser eminentemente inclusiva y democrática, siempre comprometida con el mejoramiento de su calidad. La democracia requiere estructuras participativas eficaces, lo que postula democratizar el poder y respetar e incluir a los diferentes. La diversidad y el respeto a las minorías son tan importantes como el gobierno de las mayorías. El fanatismo y la intolerancia suponen odio a la inteligencia, miedo a la razón. La educación debe fomentar la autonomía y no la sumisión. Por ello, combate "las prácticas autoritarias, tanto de derecha como de izquierda, que transforman la educación en mera transmisión de comunicados" (Paulo Freire). Si la educación no fomenta el pensamiento crítico y auto-crítico y cultiva la participación y la ciudadanía deja de ser educación y se rebaja a mero adoctrinamiento o domesticación. De ahí la necesidad de cultivar la verdadera formación ciudadana que busca el bien común, la ética de la participación y la solidaridad.

Educación laica pero no laicista

Los padres tienen también el derecho y el deber de educarlos en la religión de su preferencia como plantea el Artículo 7 de la Ley Orgánica de Educación:

El Estado mantendrá en cualquier circunstancia su carácter laico en materia educativa, preservando su independencia respecto a todas las corrientes y organismos religiosos. Las familias tienen el derecho y la responsabilidad de la educación religiosa de sus hijos e hijas de acuerdo a sus convicciones y de conformidad con la libertad religiosa y de culto, prevista en la Constitución de la República.

Yo estoy totalmente de acuerdo en que el Estado sea laico, respetuoso de todas las religiones, sin identificarse con ningún credo concreto, pero tampoco con ninguna ideología. Eso supone respetar a los que profesan religiones distintas y también a los que tienen pensamientos políticos diferentes. No puedo por ejemplo entender y va contra la esencia de la laicidad que los voceros de un Gobierno laico insulten, agredan o demoniquen a los que piensan diferente o incluso a los representantes de una determinada Iglesia simplemente porque levantan sus voces de alerta sobre lo que ellos consideran va contra la Constitución o los derechos humanos. Creo que, en lugar de ofenderlos, deberían escucharlos y dialogar con ellos y debatir con argumentos sus razones. Muchos de los que hoy claman porque las iglesias se encierren en las sacristías, condenan los silencios de las iglesias por no haber denunciado con más valor los abusos de las dictaduras. Todavía la Iglesia alemana está padeciendo de la vergüenza de no haber condenado a tiempo y con mayor valor las desorientaciones del nazismo, y el anticlericalismo que impera soberano en España tiene como consecuencia en gran parte, la alianza del franquismo con la iglesia católica.

El verdadero laico es una persona tolerante, capaz de dudar de las propias certezas, opuesto a cualquier tipo de fanatismo, sectarismo e intolerancia. Laico es quien sabe abrazar una idea sin someterse a ella,

quien sabe comprometerse políticamente conservando su independencia crítica; quien está libre de la necesidad de idolatrar, quien no se engaña a sí mismo encontrando mil justificaciones ideológicas para sus propias faltas, quien está libre del culto a sí mismo y no tolera que se endiose a nadie. El laico es un desmitificador de todos los ídolos (por supuesto, también de los políticos), que respeta todas las religiones y se opone a la identificación del Estado con cualquiera de ellas, o a que la política se convierta en una especie de religión profana con sus ídolos, su predicador estrella, sus monaguillos que levantan el brazo y bajan la cabeza, sus santos, sus demonios, sus herejes, sus inquisidores, sus dogmas, su intolerancia, su culto. El mismo acto en que se promulgaba la Educación como laica y se reafirmaba el papel del Estado como laico fue un acto eminentemente antilaical, expresión del dogmatismo y del fundamentalismo, manifestación evidente de un espíritu laicista, que es la perversión del verdadero espíritu laical, como el clericalismo es la perversión del auténtico espíritu religioso.

El laicismo, que es la perversión del verdadero espíritu laical, significa arrogancia, altanería, desprecio del pensamiento diferente y de toda religión, si se opone a mi fundamentalismo religioso profano, que con frecuencia se llena de prácticas supersticiosas, de idolillos, o incluso está cercana al primitivismo de la brujería como podrían serlo ciertas prácticas de santería. Por ello, a pesar de que lo diga la recién aprobada Ley de Educación, mi gran preocupación es que la educación no sea verdaderamente laica, es decir, respetuosa, tolerante, crítica y autocrítica, alejada de todo adoctrinamiento, de toda manipulación, de todo lo que suponga perseguir al diferente. ¡Ojalá lo fuera!

Yo me confieso católico y laico, y creo que los que de algún modo nos esforzamos por llegar a ser cris-

tianos como decía Rahner, es decir, testigos y fieles seguidores de Jesús, nos va a tocar luchar porque la educación sea verdaderamente laica, lo cual, posiblemente, nos traerá problemas, descalificaciones y hasta persecuciones. No olvidemos que Jesús fue también un laico y que fue perseguido y crucificado por oponerse por igual al clericalismo dogmático de la gente religiosa que había olvidado las necesidades del prójimo, pero también a la religión del Estado romano que imponía el culto al emperador y no permitía cualquier idea que pusiera en peligro su poder omnipotente y sus leyes de dominación.

Por otra parte, en estos tiempos tan críticos, violentos e inhumanos, los padres y educadores cristianos debemos ser más radicales, es decir, volver con más decisión a nuestras raíces. Y nuestras raíces son Jesús y su evangelio: una propuesta decidida de construir la fraternidad. Si la fe que profesamos no se convierte en servicio y entrega a los demás, es una fe muerta. La invitación que Jesús nos sigue haciendo a seguirle es a hacer nuestros sus valores y modos de vida. Por ello, el papel de la formación religiosa debe ser, más que enseñar una doctrina, proponer una forma de vida sustentada en la solidaridad, el servicio y el amor a todos, en especial, a los más pobres, necesitados y carentes.

2.- La familia como la primera escuela de amor

Cuando los niños van creciendo, los papás suelen decir ilusionados: "tengo un hijo que pronto va a ir a la escuela". Ignoran que el niño o niña está en la escuela más importante incluso mucho antes de nacer. Hoy sabemos que si un niño siente en el seno de su madre que es esperado con alegría y entusiasmo y establece con sus padres buenas relaciones, estará en condiciones de un desarrollo psicológico sano. De ahí la importancia de establecer una comunicación positiva, alegre, con los hijos desde que se conoce el embarazo.

La familia es raíz de identidad: en ella se adquiere una cultura, una religión, un modo de ver la vida. Sin familia, no hay arraigo. Ella es el lugar privilegiado para aprender la solidaridad, el respeto, la fe, el amor. Sin amor, la libertad se transforma en soledad.

La familia es el eje esencial de integración del individuo a la sociedad. Esto, al menos, por dos razones. Por un lado, su carácter de "centro de convivencia", de comunidad, en la que el sujeto aprende a compartir con seres muy cercanos en el plano afectivo y diferentes en cuanto a edad, sexo, roles sociales...En la familia el niño y el joven aprenden a conocer y rela-

cionarse con los otros. Por otra parte, la familia es la primera y principal transmisora de valores (o antivalores) y expectativas. En definitiva, la mayor parte de las cosas que uno valora, teme, desea, desprecia, las ha aprendido a valorar, temer, desear, despreciar en la familia. No olvidemos que LOS NIÑOS APRENDEN LO QUE VIVEN:

*Si un niño vive criticado
aprende a condenar.*

*Si un niño vive con hostilidad
aprende a pelear.*

*Si un niño vive avergonzado
aprende a sentirse culpable.*

*Si un niño vive con tolerancia
aprende a ser tolerante.*

*Si un niño vive con estímulo
aprende a confiar.*

*Si un niño vive apreciado
aprende a apreciar.*

*Si un niño vive con equidad
aprende a ser justo.*

*Si un niño vive con seguridad
aprende a tener fe.*

*Si un niño vive con aprobación
aprende a quererse.*

*Si un niño vive con aceptación y amistad
aprende a hallar amor en el mundo.*

Hoy, sin embargo, vemos cómo numerosas familias van renunciando a su papel de primeros y principales educadores de sus hijos, y delegan en la escuela sus responsabilidades educativas. Muchos padres han renunciado al autoritarismo de antes, y no han sabido sustituirlo por un principio de sana autoridad, que enrumbe y haga crecer con autenticidad a los hijos, que regule y norme su crecimiento y maduración. Tenemos así la terrible contradicción de padres que no

saben cómo educar a uno, dos o tres hijos, y esperan que un maestro eduque a cuarenta.

Para la Madre Teresa de Calcuta, el deterioro de la familia es una de las razones principales de que haya tanta violencia y tantos problemas en el mundo:

Pienso que hoy el mundo está de cabeza y está sufriendo tanto porque hay tan poquito amor en el hogar y en la vida de familia. No tenemos tiempo para nuestros niños, no tenemos tiempo para el otro, no hay tiempo para gozar uno con el otro. El amor comienza en el hogar; el amor vive en los hogares y esa es la razón por la cual hay tanto sufrimiento y tanta infelicidad en el mundo de hoy. Todo el mundo hoy en día parece estar en tan terrible prisa, ansioso por desarrollos grandiosos y riquezas grandiosas y lo demás, de tal forma que los niños tienen muy poco tiempo para sus padres. Los padres tienen muy poco tiempo para ellos, y en el hogar comienza el rompimiento de la paz del mundo.

Hay mucha hambre de pan: pero hay mucha más de amor y de reconocimiento. Algunas veces pensamos que la pobreza es sólo tener hambre, frío y un lugar donde dormir. La pobreza de no ser reconocido, amado y protegido es la mayor pobreza. Debemos comenzar en nuestros propios hogares a remediar esta clase de pobreza².

La ausencia de la familia la están llenando los juguetes cada vez más sofisticados, el televisor y los aparatos electrónicos:

2 Ver Antonio Pérez Esclarín, *Educar es enseñar a amar*. San Pablo, Caracas, 2009, pág. 178

Un matrimonio joven entró en una tienda de juguetes. Durante un largo rato estuvieron mirando sin decidirse por ninguno. Su hijita tenía todo tipo de muñecas, casitas, cocinitas... Al verlos tan indecisos, se acercó una empleada y les preguntó sonriendo:

-¿Puedo ayudarles?

-Mira -le empezó a contar la mujer- tenemos una niña muy pequeña que, como trabajamos los dos, se la pasa casi todo el día sola en la casa.

-Es una pequeña que, a pesar de que prácticamente tiene todos los juguetes que están expuestos aquí, apenas sonrío -continuó el hombre-. Quisiéramos saber si existe algo, sin importar lo que cueste, que la haga feliz, que le dé alegría, con lo que pueda jugar largos ratos sin aburrirse.

-Lo siento -sonrió la empleada con gentileza-. En esta tienda no vendemos padres³.

No hay juguete que pueda reemplazar a un rato de atención, a una conversación, a un juego o paseo con los padres. De ahí la importancia de recuperar en el hogar los espacios y tiempos familiares perdidos: el comer juntos, el rezar juntos, las salidas, paseos y vacaciones juntos, las conversaciones y juegos, sin permitir que el televisor se adueñe de todos los espacios libres y momentos de descanso. En muchos hogares, el televisor (y cada vez más los aparatos electrónicos) es el personaje más importante de la casa. El que tiene el control, tiene el poder, y las peleas por el control se resuelven comprando más televisores, de modo que cada persona tiene uno en su habitación. Desapa-

3 Ver Antonio Pérez Esclarín: Parábolas para vivir en plenitud. San Pablo, Caracas, 1998, pág. 49.

rece así la vida familiar. Ya ni comemos juntos: cada uno agarra su plato y se va a su cuarto a comer frente al televisor. Por ello resulta tan cierta y tan cruel **La oración de un niño:**

Señor: esta noche quiero pedirte algo especial: conviérteme en televisor. Quisiera ocupar su lugar para vivir como él en mi casa: tendría un cuarto especial para mí, y toda la familia se reuniría a mi alrededor horas y horas. Siempre me estarían todos escuchando sin ser interrumpido ni cuestionado, y me tomarían en serio. Cuando me enfermara, llamarían enseguida al médico, y estarían todos preocupados y nerviosos hasta que volviera a funcionar perfectamente. Mi papá se sentaría a mi lado cuando vuelve cansado del trabajo, mi mamá buscaría mi compañía cuando se queda en la casa sola y aburrida, y mis hermanos se pelearían por estar conmigo. ¡Cómo me gustaría poder disfrutar de la sensación de que lo dejan todo por pasar algunos momentos a mi lado! Por todo esto, Señor, conviérteme en un televisor, yo te lo ruego^c

Los niños y jóvenes de hoy crecen cada vez más solos frente al televisor y los aparatos electrónicos que son en realidad los que terminan educándolos. La televisión, en especial, se ha apropiado del tiempo de niños y de jóvenes, que cada vez se dedican menos, sobre todo ante la inseguridad de la calle, a actividades lúdicas y recreativas.

Por todo esto, es urgente que los padres recuperen su papel de primeros y principales educadores de sus hijos. Si Dios se sirvió de ellos para dar la vida, sigue necesitándolos para que esa vida crezca plena y pue-

4 Ver Antonio Pérez Esclarín: Nuevas parábolas para educar valores. San Pablo, Caracas, 6ª reimpresión, 2007.

da desarrollar todas sus potencialidades. No olviden nunca que sus hijos son también y sobre todo hijos de Dios, que los ama sin condiciones, infinitamente y por ello quiere que sean felices. Por ello, los padres no sólo deben alimentar el cuerpo de sus hijos y velar por satisfacer sus necesidades básicas de comida, salud, vivienda, educación..., sino que tienen que alimentar su corazón, sus sentimientos, su voluntad y carácter, su capacidad de amar, su espiritualidad.

No es fácil hoy ser padre o madre y nadie prepara para ello. Su misión está llena de contrastes en apariencia irreconciliables: han de saber comprender, pero también exigir; respetar la libertad de los hijos, pero a la vez guiarlos y corregirlos; ayudarles en las tareas, pero sin hacérselas ni evitarles el esfuerzo formativo y la satisfacción que lleva consigo su realización...

No basta engendrar o parir para ser sin más padre o madre. Uno se hace padre o madre por las relaciones de amor que es capaz de anudar con sus hijos. Hay que emprender, con coraje y determinación, el lento proceso de llegar a ser padre o madre, esforzándose por vivir de tal modo que los hijos puedan asomarse en ellos a la bondad infinita de un Dios, **Abbá, Papá maternal.**

Para llegar a ser padres es necesario, como nos plantea Moingt⁵ *"distinguir entre el acto genital de la procreación y el acto de paternidad y de maternidad, que es de naturaleza relacional, relación con el niño, una relación que tiene su origen en la mutua relación*

5 J. Moingt, El hombre que venía de Dios. Desclée de Brouwer, Bilbao, II, 1995, pág. 273.

de los padres, no en el acto físico de la procreación como tal, sino en la relación amorosa. Los genitores tienen que convertirse en padre y madre, aprender a llegar a serlo, a medida que anudan con el niño unas relaciones de amor, de libertad, de palabra, unas relaciones que exigirán de ellos, para empezar, la renuncia a apropiarse y a poseer al niño como un objeto que ellos hubieran fabricado”.

Para llegar a ser auténticos padres, hacen falta tres cosas esenciales: **Querer a los hijos, que los padres se quieran, y enseñar a los hijos a querer.**

A) Querer a los hijos

Empezar a quererlos desde el primer momento de su concepción, incluso desde que se decide tenerlos. Esperarlos con ilusión, como el mejor milagro de Dios, que se sirve de los padres, para llamar a un hijo a la existencia. Como escribe Tomás Melendo Granados⁶, hoy sabemos bien que *“la educación del niño comienza incluso antes de su nacimiento. Ya en el útero percibe y resulta influido por los estados de ánimo de la madre, sobre todo por el cariño con que lo acoge o, si fuera el caso, por la ansiedad o incluso el rechazo que su gestación provoca. En consecuencia, los meses que vive en el seno materno son bastante decisivos para el despliegue de su personalidad y, como insinuaba, lo que marca ‘la diferencia’ es la serenidad y el gozo de la madre influidos a su vez y en ocasiones determinados, por la actitud del padre hacia su futuro hijo y por la delicadeza y el mimo con que trata a su esposa: los*

6 Ver Tomás Melendo Granados, “Educar al niño y al adolescente” y “Diez principios y una clave para educar correctamente”, en revista virtual **Arbil, Anotaciones de Pensamiento y Crítica**, Nos. 97 y 99, www.masterenfamilias.com, Zaragoza.

detalles de cariño más allá de lo habitual; el esfuerzo con que facilita su reposo, supliéndola si es preciso en las tareas que de ordinario realiza ella; la comprensión y el apoyo incondicional ante las preocupaciones que, sobre todo las primeras veces, provoca el embarazo; los ratos tranquilos de reposada conversación e intercambio de opiniones; los 'sueños' y 'novelas' que forjan sobre el hijo que va a venir".

El niño necesita sentirse amado, valorado por lo que es, sin condiciones, para poder crecer seguro, fuerte y así poder amar. El sentirse querido genera seguridad, autoestima. Como ha escrito Ignacio Lepp, "el amor auténtico es el más eficaz creador y promotor de la existencia. Si tantas personas siguen siendo tan mediocres se debe a que nunca han sido amadas con un amor tierno y exigente". Por lo general, todo niño inadaptado suele ser un niño cuya necesidad de cariño ha sido ignorada o mal orientada. Los niños mal queridos, por defecto o por exceso, aman mal, no se aman a sí mismos y no suelen tener confianza ni en ellos ni en los demás.

Una persona inteligente, activa y eficaz, sin capacidad de amor, da miedo. Un individuo hábil y poderoso, insensible al amor, es un peligro. Sin amor la vida se seca, la alegría se apaga. Sin amor la justicia nos hace duros; la inteligencia nos hace crueles; la amabilidad nos hace hipócritas; la fe nos hace fanáticos; el deber nos hace tiranos; la cultura nos hace distantes y orgullosos; el orden nos hace perfeccionistas; la agudeza nos hace arrogantes; la responsabilidad nos hace implacables; el trabajo nos hace esclavos.

Quien no conoce el amor cae fácilmente en la tristeza, el sinsentido y la soledad. Y, como repetía la Madre Teresa de Calcuta, la soledad es la peor de las pobrezas y el mayor de los sufrimientos. Ciertamente,

nunca pesa más un corazón que cuando está vacío. Las personas sin amor necesitan destruir para ser. En cambio, cuando el corazón está lleno, se sienten ganas de volar, de cantar, de entregarse y el mundo se ve con ojos nuevos. El amor verdadero humaniza, ennoblece, llena la vida con sentido, confiere una energía insospechada y le da alas a la libertad.

El amor es potencia integradora, engendradora de vida, sanadora. "Amar profundamente a alguien nos da fuerza. Sentirse amado profundamente por alguien nos da valor" (Lao Tzu). Sólo un auténtico amor es capaz de curar las heridas del alma. En palabras de Kart Meringer: "El amor cura. Cura a los que lo ofrecen y a los que lo reciben". Eso es lo que querían expresar los cuentos de nuestra infancia donde un beso era capaz de convertir a un horrible sapo en un apuesto príncipe.

De muy poco sirve decirles a los hijos o a los alumnos que se les quiere mucho, si ellos no se sienten queridos. Pero no olvidemos nunca que querer no es consentir ni sobreproteger, sino ayudarles a madurar, a salir del nido materno y emprender el vuelo de su libertad. Por ello, el amor verdadero abraza, pero no retiene. Hay madres superprotectoras, que proyectan en sus hijos sus propias inseguridades y por ello, nunca terminan de cortar el cordón umbilical de los hijos y padres excesivamente consentidores que, en consecuencia, no permiten que los hijos crezcan.

1.- Los padres no deben ser ni permisivos ni autoritarios. La permisividad lleva a que los hijos crean que tienen derecho a todo; crecen blandengues, sin voluntad ni carácter, caprichosos y egoístas, incapaces del menor esfuerzo y sacrificio. "Yo les doy lo que yo no tuve, no quiero que pasen por lo que yo pasé", dicen algunos padres ignorando que posiblemente tie-

nen lo que tienen porque no tuvieron o porque no les dieron todo. El autoritarismo les lleva a ser agresivos, violentos, y a huir físicamente si son de carácter fuerte, y a evadirse al mundo de los sueños, a vivir permanentemente ensimismados, "en la luna", si son de carácter débil.

2.- *Los padres deben aceptar a sus hijos como son, no como ellos querían que fuesen. Aceptarlos con sus cualidades, pero también con sus fallos y limitaciones, ayudándolos siempre a superarse. Cada hijo es un ser maravilloso, un milagro entre milagros, infinitamente amado por Dios que lo creó por amor y para la felicidad y necesita de los padres para que logre alcanzar la felicidad. De ahí que los padres deben valorar más los esfuerzos que los logros y nunca deben comparar a un hijo con sus hermanos o con los hijos de otros, pues cada persona es única e irrepetible y se le debe ayudar a que sea ella, no a que sea como los demás.*

Los padres no deben vivir obsesionados porque sus hijos sean en todo los primeros (si hay un primero, necesariamente tiene que haber un último). De ahí que no deben exigirles sin tomar en cuenta sus posibilidades ni maltratarlos o sentirse frustrados si no rinden como ellos desearían.

Sí es conveniente que los padres conozcan quiénes son los amigos de sus hijos, a dónde salen, de modo que los ayuden a *evitar amistades peligrosas* que pueden introducirlos en el mundo de la delincuencia o de las drogas. Recordemos que hoy los grupos de amigos son los principales agentes de socialización. De ahí la importancia de que los hijos participen en algún grupo juvenil del colegio o en campañas de trabajo comunitario, de apostolado o de servicio.

3.- *Los padres deben respetar siempre a los hijos y no maltratarlos* nunca ni de palabra ni con gestos o acciones. Las palabras pueden ser instrumentos de encuentro o de distanciamiento: con ellas podemos hundir o acariciar, golpear o animar, construir barreras o destruirlas. De ahí que es tan importante evitar los insultos, las ofensas, las descalificaciones y cultivar las palabras positivas, que animan, que curan, que siembran el optimismo y la esperanza.

En cuanto a la violencia física, debe evitarse por todos los medios: "Si le pegas a tu hijo porque maltrató o pegó a su hermanito, eso es lo que aprenderá a hacer". No olvidemos nunca que la violencia es la más triste e inhumana ausencia de pensamiento, y que, como promotores de la cultura de la paz, debemos combatirla con decisión y firmeza, sobre todo en estos tiempos en que se está convirtiendo en una especie de cultura. El corazón de las personas está lleno de agresión y de violencia y nos parece normal insultarnos, agredirnos, tratarnos a gritos. Valiente no es el que ofende o golpea, sino el que tiene el coraje y el valor de dominar sus instintos destructivos y es capaz de responder al mal con bien. De ahí la importancia de trabajar en las familias y con las familias la cultura de la paz.

Según el sacerdote salesiano Alejandro Moreno que lleva muchos años viviendo en un barrio de Petare y ha investigado en profundidad el fenómeno de la violencia, especialmente la violencia juvenil, en el origen de los delincuentes está el desamor sobre todo de la madre (o lo que el niño o joven interpretó como desamor). Según Moreno, aquellos hijos que cuentan con una madre (aunque esté ausente el padre) que se preocupa por ellos, están en condiciones de superar la tentación de caer en las garras de las bandas, las drogas y la violencia.

Luisa Pernalete, una compañera de trabajo que está dedicada a estudiar el fenómeno de la violencia y a trabajar con padres y educadores para que se conviertan en promotores de la cultura de la paz, nos propone tomar en cuenta **7 erres en los procesos de formación:**

"Reflexión: porque hay que estudiar, entender la violencia, pensarla, hacerla consciente, tanto la que hemos sufrido como la que generamos.

Reunión: tanto las madres como los educadores nos sentimos –y estamos- muy solos frente a este monstruo de mil cabezas; los grupos de referencia son necesarios. Yo diría que imprescindibles. Por eso, ayudar a generar grupos –con el nombre que sea- es uno de los objetivos de estos procesos formativos.

Rezar: sea cual sea la concepción de trascendencia que se tenga, sea cual sea el nombre que le demos a Dios, -sea Wanadi como los Yekuanas, o el Dios de los cristianos, que es el Dios de la Vida-, la paz, la justicia, rezar, tener sentido de la trascendencia ayuda, serena, orienta.

Recrearse: tanto los niños como los adultos necesitamos recreación sana. Tenemos experiencias con niños, con jóvenes y con madres, que luego de una jornada de juegos cooperativos o de convivencia familiar, los participantes regresan con disposición de mejorar las relaciones interpersonales. Además, la recreación es un derecho humano que debe ser exigido y garantizado. Esta debería ser una bandera sostenida: exigir políticas públicas para garantizar este derecho.

Reír: cultivar el sentido del humor, tanto por su valor terapéutico como por su valor pedagógico. El buen humor distiende, reduce distancias, alivia dolores.

Responsabilizarse: porque cada quien es responsable de su acción: para fomentar la violencia o para sembrar la paz. Esta **erre** la añadimos a raíz de una reflexión de una señora en Barquisimeto: 'Responsables, pues de nosotros depende seguir repitiendo esquemas que dañan o hacer otra cosa con nuestras acciones'"⁷

4.- *Los padres deben corregir, pero sin herir*. Con dulzura, pero con firmeza. Firmeza para exigir la conducta adecuada, pero dulzura extrema en el modo de sugerirla. Saber decir no y poner límites es una forma de amar. Si bien hay que ser muy flexibles y comprensivos, es importante mantenerse en la decisión tomada y explicar los motivos sin exagerar ni sermonear, de modo que los hijos sientan que la corrección es por su bien. También es importante que ambos padres actúen de acuerdo y eviten caer en contradicciones: uno es permisivo y el otro exigente; uno sanciona y el otro levanta la sanción.

El niño sin alguien que lo guíe se desorienta, se vuelve intransigente, soberbio e inestable. Y el adolescente, como veremos luego, aunque parece rechazar toda norma y se rebela contra la autoridad de los padres o profesores, necesita más que nunca de su cercanía y comprensión. En definitiva, los adolescentes admiran a los adultos coherentes y felices.

Es bueno que los padres sean amigos de sus hijos, pero nunca deben olvidar que, además, son padres que tienen que orientar, corregir y guiar y ser ejemplo de lo que piden a sus hijos, de modo que no exijan lo que ellos no hacen.

7 Luisa Pernaleté, "La paz de manos de las madres", Ciudad Guayana, mimeo, Octubre de 2009.

En esta cultura postmoderna y light que vivimos, donde la norma para muchos jóvenes es hacer sólo “lo que les provoca”, los padres deben insistir con ternura pero con firmeza en el cumplimiento del deber, para que los hijos vayan comprendiendo que en la vida hay que hacer muchas cosas que a uno no le gustan. Con su ejemplo las mamás pueden hacerles comprender que pararse temprano a prepararles el desayuno o cocinar cuando vuelven cansadas del trabajo no es algo que les gusta, pero lo hacen porque es su deber y lo hacen con cariño para que todo en la familia marche bien. El deber esencial de la mayoría de los jóvenes es estudiar y también colaborar en algunas tareas de la casa. Y esto deben hacerlo les guste o no les guste. De ahí la importancia de ayudarles a disciplinar su tiempo, estableciendo con ellos un horario para el estudio, los juegos, la televisión o el internet.

Es fundamental *crear un ambiente de verdadera comunicación* en el hogar con los hijos. Esto implica invertir el tiempo necesario para escucharles e interesarse por sus cosas: preguntarles cómo les fue en el colegio, qué hicieron, qué amigos tienen; ayudarles en las tareas, pero sin hacérselas. Alabarles las cosas que hacen bien, los esfuerzos, ensalzar sus cualidades. Hay que evitar la quejadera, el pesimismo, el insistir siempre en las cosas negativas y cultivar un clima de optimismo, esperanza y alegría, relativizando los problemas, aprendiendo a verlos como oportunidades para crecer y madurar. No olvidemos que el buen humor es fundamental en todo, pero especialmente para estrechar los lazos familiares. Padres pesimistas, amargados, que se la pasan quejándose y culpando siempre a otros, originarán hijos pesimistas, tristes y miedosos.

Es muy importante también, como ya dijimos, volver a disfrutar juntos de las cosas pequeñas (comida,

paseos, excursiones, juegos, lecturas, ver televisión y comentar los programas, ir al cine juntos), lo que implica disposición a "perder el tiempo", que será el mejor tiempo invertido, del que obtendremos grandes ganancias y beneficios.

Hoy cada vez tenemos menos tiempo para escuchar, para conversar y para compartir, para regalarnos, para regalar nuestro tiempo, más que para regalar cosas:

El padre volvió cansado del trabajo y le desconcertó la pregunta de su hijo:

-Papá, ¿cuánto ganas?

-Dile a tu maestra que eso no se pregunta, que son asuntos personales.

-No, no es una tarea de la escuela. Soy yo quien quiero saber cuánto ganas, papá.

-Mira, hijo, estoy muy cansado. No sé para qué quieres saber eso.

El hijo le seguía rogando con los ojos. Su agudo interés desarmó al padre.

-Gano muy poco, hijo mío. Apenas nos alcanza para sobrevivir. Estoy ganando sueldo mínimo, unos novecientos bolívares al mes.

-Y eso, ¿cuánto es por hora?

-Ay, no sé, a mí me pagan quincenalmente, pero debe ser como unos cinco bolívares la hora.

-¿Me podrías prestar tres bolívares?

-Pero, ¿qué te está pasando hoy, hijo? Empiezas haciéndome unas preguntas rarísimas, y terminas pidiéndome dinero. Olvidas que hace muy poco y con grandes esfuerzos y sacrificios te compré una bicicleta y un nintendo. Tú como que no sabes lo que cuesta ganar el dinero. Mira, hijo, estoy muy cansado, necesito descansar.

El padre se bañó, cenó y cuando se puso a ver televisión, comenzó a sentirse culpable. Tal vez su hijo tuviera algún problema serio y necesitaba su ayuda...Se dirigió a su habitación y le preguntó en voz baja:

-¿Duermes, hijo?

-Todavía no, ¿qué quieres, papá?

-Vine a prestarte los tres bolívares que me pediste.

El niño saltó gozoso de su cama, abrió su gaveta y sacó un billete arrugado.

-Tengo ahorrados dos bolívares. Con los tuyos, suman cinco. ¿Me podrías vender una hora de tu tiempo?⁸

Si en verdad estamos convencidos de que la familia es nuestra principal empresa y nuestro negocio más importante, siempre encontraremos el tiempo y el modo para establecer una auténtica comunicación con los hijos:

8 Ver Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2007, pág.48

UN NUDO DE AMOR⁹

En una junta de padres de familia de cierta escuela, la directora resaltaba el apoyo que los padres deben darles a los hijos. También pedía que se hicieran presentes el máximo de tiempo posible. Ella entendía que, aunque la mayoría de los padres y madres de aquella comunidad fueran trabajadores, deberían encontrar un poco de tiempo para dedicar y entender a los niños.

Sin embargo, la directora se sorprendió cuando uno de los padres se levantó y explicó, en forma humilde y sencilla, que él no tenía tiempo de hablar con su hijo durante la semana. Había conseguido por fin un trabajo muy lejos de donde vivían y cuando salía para trabajar era muy temprano y su hijo todavía dormía. Cuando regresaba del trabajo era muy tarde y el niño ya estaba acostado. Explicó, además, que el trabajo le era muy necesario para mantener a la familia.

Dijo también que el no tener tiempo para su hijo lo angustiaba mucho e intentaba redimirse yendo a besarlo todas las noches cuando llegaba a la casa del trabajo. Para que su hijo supiera de su presencia, él hacía un nudo en la punta de la sábana que lo cubría. Eso sucedía religiosamente todas las noches después que lo besaba. Cuando el hijo despertaba y veía el nudo sabía, a través de él, que su papá había estado allí y lo había besado. El nudo era el medio de comunicación entre ellos.

9 El relato y el comentario que lo acompaña me fueron enviados por correo electrónico por Luís Hurtado, lhuartadop@cantv.net, quien a su vez lo recibió de Alcira Ramírez. Ignoro quién es el autor original.

La directora se emocionó con esa singular historia y se sorprendió aún más cuando comprobó que el hijo de ese padre era uno de los mejores alumnos de la escuela.

Este relato nos hace reflexionar sobre las numerosas formas que tenemos las personas para comunicarnos, si en verdad lo deseamos. Aquel padre encontró su forma, que era simple pero eficiente. Y lo más importante es que su hijo percibía, a través del nudo afectivo, lo que su papá le estaba expresando. Algunas veces nos preocupamos tanto con la forma de decir las cosas que nos olvidamos de lo principal, que es la comunicación a través del sentimiento.

Simple detalles como un beso y un nudo en la punta de una sábana significaban, para aquel hijo, muchísimo más que regalos o disculpas vacías. Es válido que nos preocupemos por las personas, pero es más importante que ellas lo sepan, que puedan sentirlo.

Para que exista la comunicación es necesario que las personas "escuchen" el lenguaje de nuestro corazón, pues en materia de afecto, los sentimientos siempre hablan más alto que las palabras. Es por ese motivo que un beso, revestido del más puro afecto, cura el dolor de cabeza, el raspón en la rodilla, el miedo a la oscuridad. Las personas tal vez no entiendan el significado de muchas palabras, pero saben registrar un gesto de amor. Aunque ese gesto sea solamente un nudo.

Sin embargo, y como decíamos más arriba, no todos se preocupan por comunicarse realmente con los hijos y pareciera que cada vez tenemos menos tiempo para escucharlos y conversar con ellos. Escuchar no sólo sus palabras, sino sus gestos, sus preocupaciones, su malestar, sus alegrías, sus miedos, sus silencios, su

desconcierto. Ya no sabemos acercarnos con calma y sin prejuicios al corazón del otro. Encerrados en nuestros propios problemas y preocupaciones, siempre con prisas y llenos de ruidos, cada vez escuchamos menos a los otros, incluso a los más cercanos, e incluso nos estamos volviendo incapaces de escucharnos a nosotros mismos. Por ello, ya no oímos la voz de Dios que nos sigue hablando en el silencio de nuestro corazón.

Escuchar activamente no es fácil, pero como nos lo indica García-Rincón de Castro¹⁰:

"es necesario para una adecuada comprensión del otro, sobre todo cuando nos quiere contar algo importante: problemas, sentimientos, puntos de vista personales. Vivimos en una sociedad llena de ruidos... Pero además, parece que no sabemos vivir sin ruidos y nos inquieta el silencio: necesitamos poner música o salir donde haya ruido para no sentirnos solos, o para olvidar nuestras preocupaciones e inquietudes, las cuales sentimos con más fuerza cuando no hay ruidos. Además de los ruidos externos, también tenemos ruidos internos: tensiones, problemas, inquietudes, tareas pendientes. Para escuchar activamente a los demás es necesario hacer callar esas voces internas y evitar también que los ruidos externos interfieran el mensaje que nos transmite el otro. Para ello es muy importante estar atentos a las necesidades del otro y buscar un lugar adecuado para escuchar".

Ojalá que todos los padres fueran capaces de acallar los ruidos externos y sus ruidos internos, para

10 César García-Rincón de Castro, **Educación la mirada, Arquitectura de una mente solidaria**. Nancea, Madrid, 2006, pág. 101.

escuchar atentamente la voz de este hijo que se dirige en una carta a todos los padres del mundo¹¹:

*No me des todo lo que te pido.
A veces, sólo pido para ver hasta cuánto puedo tomar.*

*No me grites.
Te respeto menos cuando lo haces;
y me enseñas a gritar a mí también.
Y... yo no quiero hacerlo.*

*No me des siempre órdenes.
Si en vez de órdenes, a veces me pidieras las cosas,
yo lo haría más rápido y con más gusto.*

*Cumple las promesas, buenas y malas.
Si me prometes un premio, dámelo;
pero también si es un castigo.*

*No me compares con nadie,
especialmente con mi hermano o mi hermana.
Si tú me haces sentirme mejor que los demás,
alguien va a sufrir;
y si me haces sentirme peor que los demás,
seré yo quien sufra.*

*No cambies de opinión tan a menudo.
Decide y mantén esa decisión.*

*Déjame valerme por mí mismo.
Si tú haces todo por mí,
yo nunca podré aprender.*

11 **Carta de un hijo a todos los padres del mundo**,
en www.solidaridad.org

*No digas mentiras delante de mí,
ni me pidas que las diga por ti,
aunque sea para sacarte de un apuro.
Me haces sentirme mal
y perder la fe en lo que me dices.*

*Cuando yo hago algo malo,
no me exijas que te diga el por qué lo hice.
A veces, ni yo mismo lo sé.*

*Cuando estés equivocado en algo, admítelo,
y crecerá la buena opinión que yo tengo de ti,
y así me enseñarás a admitir mis equivocaciones.*

*Trátame con la misma amabilidad y cordialidad
con que tratas a tus amigos.
Porque seamos familia
no quiere decir que no podamos ser amigos tam-
bién.*

*No me digas que haga una cosa
si tú no la haces.
Yo aprenderé siempre lo que tú hagas,
aunque no me lo digas.
Pero nunca haré lo que tú digas y no hagas.*

*Cuando te cuente un problema mío,
no me digas "no tengo tiempo para tonterías",
o "eso no tiene importancia".
Trata de comprenderme y ayudarme.*

*Y quiéreme. Y dímelo.
A mí me gusta oírtelo decir,
aunque tú no creas necesario decírmelo.*

5.- Amar a los hijos es perdonarlos siempre. No es posible amar sin perdonar. Quien no sabe perdonar, no sabe amar. El perdón es un acto de amor a sí mis-

mo y al otro. Perdonar es la única forma de ser libre pues destruye las cadenas del rencor, la rabia, el enojo y el ansia de venganza que envilecen y consumen. Perdonar es sanar la herida y recuperar la paz interior. El perdón transforma el resentimiento en alegría, el odio en ternura. Si no perdonamos, seguimos encadenados al rencor y la tristeza. Al perdonar, en cierto modo, dejas de sufrir. Te libras del dolor y libras al otro de la culpa y de la capacidad de seguir haciendo daño.

Para vivir felices necesitamos del perdón. Todos ofendemos a alguien de vez en cuando, incluso a las personas que más queremos o nos quieren, y para tener paz necesitamos aceptar la correspondiente falta, pedir perdón y reparar en lo posible el daño ocasionado. Perdonar es darle al otro más amor del que merece, es optar por la vida. No perdonar conduce al distanciamiento, la tristeza y la soledad. El perdón es la culminación más perfecta del amor. El que no sabe perdonar no sabe amar.

Y, ya para terminar, no olvidemos nunca que *el mejor educador es el ejemplo*. Un buen ejemplo vivencial educa más que mil sermones. De ahí la importancia de ser coherentes entre lo que decimos y exigimos y lo que hacemos. No olvidemos nunca que todos educamos o deseducamos no tanto por lo que decimos, sino por lo que hacemos y somos. De muy poco va a servir dar consejos a los hijos si uno no vive o practica lo que propone. Los hijos siempre harán lo que vean hacer a sus padres y no lo que les dicen que hagan, si ellos no lo hacen...

B) Que los padres se quieran

Para educar bien a los hijos es fundamental que los padres se quieran. La mejor herencia que podemos

dejar a nuestros hijos es el recuerdo de unos padres unidos y que se quieren a pesar del tiempo y los problemas.

Un acto de mutuo amor y entrega concibió al hijo que, para crecer sano y bien equilibrado, va a necesitar de muchos otros actos de mutuo amor. No olvidemos nunca que el matrimonio es un caminar juntos, un construir con el otro un proyecto en común, donde uno encuentra la felicidad haciendo feliz al otro¹². En el genuino matrimonio uno ha encontrado unos ojos donde puede mirarse siempre y verse bellos, a pesar de los achaques de la salud y el deterioro de los años.

Pero al amor hay que cultivarlo cada día. El amor es como el agua: sólo si está en movimiento, canta y tiene vida. Si la detenemos, se pudre y se le mueren las canciones. Hogar tiene las mismas raíces que hoguera: El amor es como el fuego, ardiente, bello, siempre distinto. Pero el fuego, si no lo alimentamos, se apaga y sólo queda el sabor amargo de cenizas. El tiempo es para el amor, como el viento para el fuego: apaga los débiles y aviva los fuertes.

Cuentan que, en cierta ocasión, un esposo fue a visitar a un sabio consejero y le dijo que ya no quería a su esposa y que pensaba separarse.

El sabio lo escuchó, lo miró a los ojos y sólomente le dijo una palabra:

12 Ver Antonio Pérez Esclarín , **Educar para humanizar**, Narcea, Madrid, y Estudios, Caracas, 2004, págs. 81 y ss. Ver también, **Decide tu vida, elige ser feliz**. San Pablo, Caracas, págs. 150 y ss.

-Ámala.

-Pero es que ya no siento nada por ella.

-Ámala –repuso el sabio con un énfasis todavía mayor.

Y ante el desconcierto del hombre, después de un oportuno silencio, le dijo:

-Amar es una decisión, no un sentimiento; amar supone siempre dedicación y entrega. Amar es un verbo y el fruto de esa acción es el amor. El amor es un ejercicio de jardinería: Arranca lo que hace daño, prepara el terreno, siembra, espera pacientemente, riega, cuida. Vive preparado porque habrá plagas, sequías, excesos de lluvia, vientos y tempestades..., mas no por ello abandones tu jardín. Ama a tu pareja, es decir, acéptala, valórala, dale afecto y ternura, admírala y compéndela.

El amor es un acto de la voluntad. Implica decisión, elección, mucho coraje y capacidad de entrega y sacrificio para mantenerse firmes en esa decisión. Es un ejercicio supremo de la libertad. Un amor sin voluntad es un amor inmaduro, frívolo, superficial, trivial, un mero sentimiento que va y viene según soplen los vientos. Es el seudo amor de la vida light, sin hondura, sin exigencia, sin compromiso, que va mariposeando de cuerpo en cuerpo sin adentrarse en el alma de las personas.

Querer a una persona es **quererla querer**. Implica la determinación firme de seguir queriéndola frente a los problemas, dificultades e incluso el debilitamiento de la intensidad de las primeras emociones. Por ello, es incondicional y para siempre. Implica la fidelidad, es una apuesta de por vida: *"El compromiso de amor, a cualquier nivel, debe ser algo permanente, una*

apuesta de por vida; si te digo que soy tu amigo, lo seré siempre...El verdadero amor no es como la punta retráctil de un bolígrafo; si digo que soy tu hombre, lo seré hasta el final... Cuando hablamos del amor que queremos recibir, muchos de nosotros especificamos claramente que lo queremos sin condiciones. No quiero que tú me ames por lo que puedo hacer por ti o porque satisfago tus esperanzas. Quiero que me ames siempre, en la enfermedad y en la salud, en los tiempos bellos y en los difíciles, en la pobreza y en la riqueza, sin incluir cláusulas. No puedo vender mi persona para comprar tu amor”¹³

Por confundir al amor con una emoción o un simple sentimiento, muchas personas se enamoran y desenamoran con una gran facilidad, pues los sentimientos suben y bajan, aparecen y desaparecen, son volubles, inconstantes. El amor no se identifica con esos “me gusta”, “me atrae”, “me apetece”, “me interesa”, “me apasiona” que, como bien señala Tomás Melendo, *“resultan más propios de los animales que del hombre: Los animales se mueven, efectivamente, por atracción-repulsión, por instintos...El hombre no. El hombre trasciende las simples necesidades biológicas y...puede poner entre paréntesis sus instintos (mejor sería decir sus tendencias), y querer y realizar una acción en sí misma buena, por más que a él no le atraiga, le apetezca o le interese...e incluso le desagrade y repugne, o, al contrario, no quererla ni llevarla a cabo aunque se esté muriendo de ganas por realizarla, si advierte que ese acto no contribuye al bien de los otros”¹⁴.*

13 John Powell, **El secreto del amor**, San Pablo, Bogotá, 2005, pág. 53. Ver también John Powell, **¿Conoces el camino del amor?** San Pablo, Bogotá, 2005, pág. 70,71.

14 Tomás Melendo, **op.cit.**, p. 3.

La atracción, el gustar, puede ser la chispa que prende el fuego, pero para mantenerlo vivo y convertirlo en un verdadero incendio, va a hacer falta mucha dedicación, mucha decisión, un continuo avivar las llamas. No olvidemos nunca que no ama el que prende el fuego, sino el que lo conserva y lo aviva. En palabras de John Powell¹⁵ *"Amar requiere tiempo, es una historia que se construye ofreciendo y recibiendo, riendo y llorando, viviendo y muriendo. Nunca promete gratificación instantánea, sólo realización profunda. Amar significa creer en algo, en alguien; presupone la voluntad de luchar, de comprometerse, de sufrir y de compartir los momentos de alegría"*.

En definitiva, el amor funciona si lo hacemos funcionar. Hay que cultivar el amor, como se cultiva una planta: abonarlo, regarlo, apartar todo lo que pueda dañarlo, prevenir plagas, tormentas y sequías, analizarse permanentemente para descubrir qué actitudes o conductas dañan, empobrecen al amor y qué otras lo robustecen. Como todo lo que está vivo, o crece o muere. El amor vence a la muerte, pero la rutina y el descuido vencen al amor. De ahí la necesidad de alimentarlo todos los días con pequeños detalles, con gestos, con sonrisas, con atenciones, con palabras... Si está vivo, crece, pero si no se lo alimenta, languidece y muere.

Cultivar el amor es combatir la rutina y cuidar los pequeños detalles de la cotidianidad. El amor matrimonial debe ser juego y fuego, detalle y pasión, aventura siempre renovada y creativa. Como los buenos vinos, los amores verdaderos se van añejando y perfeccionando con el tiempo.

15 John Powell, **¿Cómo es el camino del amor? El amor sin límites**. Bogotá, San Pablo, 2005, p. 54.

Es necesario seguir siempre enamorando a la persona amada. Es muy importante que, ante la presencia de cualquier problema o dificultad que nunca faltarán, los esposos conversen, que no dejen de comunicarse nunca, que se dispongan siempre a enfrentar juntos los conflictos con apertura y buena disposición, de modo que el amor salga de ellos robustecido. No olvidemos que hay que alimentar siempre el amor y que el primer alimento es la palabra... "Hablando se entiende la gente", dice el viejo refrán. De ahí la importancia de conversar, de contarse las cosas, de analizar juntos lo que les está pasando. Negar la palabra es desconocer e ignorar al otro, y sin conversación oportuna se agigantan las distancias y el amor languidece y muere. Comunicarse no es igual que hablar. Hay muchos que hablan y hablan, pero no se comunican. La verdadera comunicación implica hablar y escuchar, y también generosidad y nobleza y la firme voluntad de comprender, de resolver los problemas y enfrentar los conflictos. La calidad de un matrimonio no se determina por si tiene o no conflictos, sino por el modo en que los resuelve. Un problema o dificultad asumidos de un modo positivo pueden ser una ocasión para fortificar el amor.

El amor entre esposos es un amor sexuado que busca la totalidad del otro, que une eros y ágape, y vive intensamente, como don y como regalo recibido, una sexualidad que es encuentro gozoso de los cuerpos y diálogo profundo de los corazones. Cuando en el Génesis se nos revela, en ese hermoso mito de la creación, cómo sueña Dios a la humanidad, nos muestra a un hombre y una mujer hechos ambos (Génesis, 1,27) a su imagen y semejanza. Se nos revela un ser creado como comunidad sexuada, como lo igual en la diferencia¹⁶. El hombre es un ser incompleto, en

16 Ver Emma Martínez Ocaña (1997), "Espiritualidad laical: Recordando sus raíces, soñando un futuro nuevo". **Fe y Justicia**,

camino para encontrar en el otro su parte complementaria para su integridad; sólo en comunión con el otro sexo puede considerarse completo: *"Por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y pasan a ser una sola carne"* (Génesis 2, 24). De ahí la necesidad de liberar la sexualidad de la "banalización" y la "animalización" que imperan con tanta fuerza en nuestros días, para recuperar su profundo sentido integrándola al amor. Hay que educar la sexualidad como donación de sí mismo y aceptación de la totalidad de la persona amada. Se trata de convertir cada relación sexual en una comunión amorosa donde no sólo se entrelazan los cuerpos, sino se funden los corazones. El sexo amoroso supone y posibilita : entrega absoluta, danza, arte, creatividad, ternura y fuerza, suprema expresión de la belleza.

Quien ama de verdad sabe que el ser humano siempre es alguien, no algo. La persona humana no se puede utilizar nunca como un objeto o como una mercancía. El sexo no se alquila, ni se vende, ni se compra, porque el ser humano es alguien, no algo. La sexualidad se vive desde la intimidad de la persona, que busca manifestar al otro, en una entrega total y libre, a través de su cuerpo, el amor.

Enamorarse es fácil. Lo difícil es mantenerse enamorado. No ama el que prende un fuego, sino el que lo conserva. Amar no es tener dulces sentimientos, sino volcarse al otro en las pequeñas cosas de todos los días. Hay que seguir enamorando siempre a la persona amada, sacarle nuevo brillo cada día al amor para que no se llene de óxido o moho. El amor se construye todos los días con actos casi invisibles de

N. 3, Quito, Pág. 84 y ss. Ver también la encíclica de su Santidad Benedicto XVI **Deus caritas est**.

entrega al otro, con pequeños o grandes sacrificios y renunciaciones que son los que hacen verdaderamente fuerte al amor. Los grandes amores se agigantan con los grandes problemas.

Nieves García nos recuerda¹⁷ cómo Dana Reeve, esposa del fallecido actor Christopher Reeve, más conocido como Superman, saltó al mundo de las esposas ejemplares el día en que Christopher sufrió una caída de caballo que lo dejó tetrapléjico para el resto de sus días:

"El superman que surcara en las películas los cielos con su capa roja, quedó atado a una silla de ruedas. Los médicos hicieron por él lo posible, pero el resultado fue inevitable. Christopher Reeve quedaba tetrapléjico, condenado a una silla de ruedas y sin movilidad en su cuerpo excepto la cabeza, incluso sin control sobre sus movimientos respiratorios, por lo que tenía que permanecer conectado a un respirador artificial. Libremente 'atada' a esa misma silla, quiso quedar Dana... que demostró con la vida que el amor es más fuerte que el sufrimiento y mostró cómo el amor se hace real en los momentos en el que amado necesita de fidelidad.

Muchos matrimonios comienzan de forma idílica su relación. Los primeros meses están llenos de experiencias positivas, la vida les sonríe, llega algún hijo a fortalecer la relación, no hay dificultades serias que enfrentar, ni económicas, ni de salud... Pudiera pensarse que el amor es profundo, confundiendo la situación pacífica fruto de la carencia de obstáculos, con la autenticidad del mismo. Sí es amor, pero le falta

17 Nieves García, "Una gran mujer que no fue 'superwoman'", en www.mujernueva.org

madurar mucho. El amor matrimonial se trabaja. Y no es algo que se da espontáneamente, con el vaivén de las circunstancias externas. Esto fue lo que trabajaron Dana y Christopher en sus primeros años cuando el mundo parecía estar a sus pies. Desde el inicio, su relación estuvo llena de entrega sincera. Supieron crear y compartir un mundo de intimidad, que no salía a la luz pública, y que les afianzaba en su unión. En su boda, ellos mismos quisieron escribir sus promesas de fidelidad, se intercambiaron unas sencillas alianzas de bodas, que llevaron puestas hasta que la muerte les separó, se conocieron con interés para realmente ayudarse a crecer como personas, su comunicación era sincera y habitual. Esta siembra preparó sus vidas para el momento crítico que llegó en mayo de 1995, cuando él quedó inmóvil, para siempre.

*El amor era real y se demostró cuando Dana hizo real su "sí" definitivo e incondicional al hombre de su vida. Se había casado para hacerle el hombre más feliz del mundo e iba a seguir haciéndolo. Dejó su incipiente carrera profesional como cantante y actriz, y se consagró las 24 horas del día a quien ya dependía en todo de otro para vivir: un tetrapléjico. No lo hizo por sentido de responsabilidad, ni siquiera por compasión. **'Porque lo amo, quiero olvidar todo lo que no podemos hacer y concentrarme en lo que sí podemos hacer'**. Era su motivación. Quiso ayudarlo a seguir mirando juntos en la misma dirección, sin detenerse a mirarse a sí misma; y tampoco se lo permitiría a él: **'El secreto de nuestra relación es que le reclamo lo mismo que antes del accidente: eres mi marido. Estoy aquí para apoyarte, pero yo también necesito de tu apoyo'**. No lo dejó hundirse en la autocompasión que acrecienta el dañino sentimiento de inutilidad. Le pidió lo que hace crecer a un ser humano, que **siguiera amando**.*

Es el amor lo que da sentido a la vida, y nos abre a la esperanza, por muy difíciles que sean las situaciones. Somos seres para el amor, mientras amemos estaremos creciendo como tales.

*Dana fue muy exigente con él. En orden a la entrega esperaba de él, todo. **'Aún sigues siendo tú, te quiero y te necesito'**, fueron las palabras que le susurró al oído, cuando ambos conocieron la gravedad de su situación. El mismo actor confesó que el recuerdo de ellas le salvó de pensar en el suicidio, como una salida a su desesperación inicial. **'aún sigues siendo tú...'** Somos un cuerpo, pero no sólo un cuerpo. La fuerza para vivir no sólo proviene del estado físico, sino de esa realidad misteriosa que llamamos...espíritu humano.*

Amar supone entrega, pero también, como un gran hombre escribió, implica exigencia, porque no exigir del ser amado que sea lo mejor, es indiferencia, lo contrario al amor. En el acto de donación a otro, cuánto ayuda encontrar un 'alguien' que espera de nosotros cariño y atención. Nos ayuda a sentirnos útiles e importantes para alguien. Tener la suficiente humildad para dejarse amar, para acoger la entrega y los detalles del otro. Esta es la clave del amor a largo plazo. Ambos cuentan en la donación.

Dana le 'exigió' a Christopher sonreír y mostrar hacia fuera, que aunque su cuerpo estaba inmóvil, él tenía el gran motivo para vivir: amaba y era muy amado...

'En mis sueños navego en un barco de vela...junto a una gran mujer, mi mujer', fue uno de los últimos pensamientos que expresó el actor, antes de morir".

El amor busca el bien y la felicidad del otro

Amar a una persona significa preocuparse y ocuparse por su bienestar, por su realización, por su felicidad. Quien ama quiere lo mejor para las personas que ama. "¿Cómo puede decirte alguien "te amo" –se pregunta Miguel Ruiz¹⁸ y después maltratarte, abusar de ti, humillarte y faltarte al respeto?" Amar no es alcahuetear, consentir, sino ayudar a la persona a crecer, a superarse, a ser mejor persona, más libre, con más capacidad de amar:

"Lo que debe procurarse para aquel a quien se ama es que...aprenda a querer de manera más sincera, profunda, intensa y eficaz. Se establece así una suerte de 'círculo virtuoso', merced al cual, cuando alguien quiere de verdad a otra persona, lo que tiene que procurar por todos los medios es que ésta, a su vez, vaya queriendo más y mejor... en fin de cuentas, amar equivale a enseñar a amar y a facilitar el amor. Por eso, el mejor modo de querer al propio marido o a la propia esposa es ser uno muy amable, o lo que es lo mismo, facilitar el amor al otro cónyuge. Hacer sencillo y agradable el que pueda quererme. Recibir sin trabas su cariño, no poner barreras que impidan que su entrega, sus definitivos deseos de unirse a mí, alcancen su meta"¹⁹.

Ama más y más para causarte y causar más felicidad. Si tratas a tu pareja con amor, tú saldrás beneficiado o beneficiada.

18 Miguel Ruiz, **La Maestría del Amor**. Ediciones Urano, Barcelona, 2001, p. 119.

19 Tomás Melendo, **op.cit.**, p. 5.

Amar es perseguir el bien del otro no por mí, sino por él. No es un amor interesado para obtener beneficios o ventajas. No es un "te quiero" porque así obtengo un carguito para mí o para mis hijos, o porque me otorgas seguridad, bienestar, dinero, prestigio, placer. El amor significa la afirmación, no la posesión o utilización del ser amado. La persona, aun cuando la queramos mucho, será siempre un misterio. Cuando falta el misterio, puede decirse que se ha acabado el amor. El amor confiere a la persona amada la libertad de ser ella misma. No manipula, no se aprovecha, sino que está pendiente de buscar el bien del otro, aunque ello suponga esfuerzos y acarree sufrimientos: *"Amar es apuntalar con todo nuestro ser -entendimiento, voluntad, afectividad, actitudes, habilidades, posesiones, capacidad de entrega y servicio...-el ser de la persona a la que queremos: derramar, volcar cuanto somos, sentimos, podemos, anhelamos y tenemos en apoyo de quien amamos, con el fin de que éste se despliegue y desarrolle hasta su culmen perfecto"*²⁰.

Amar es, en definitiva, afirmar la existencia y dignidad del otro, agradecerle a Dios por haberle creado tal cual es, y estar siempre dispuesto y disponible para colaborar en su continua "recreación", para que alcance su plenitud como persona, sin importar sus talentos o sus limitaciones. Tomás Melendo nos recuerda la escena de **Platero y yo**, donde con hábiles pinceladas Juan Ramón Jiménez nos ofrece una magistral descripción del amor maternal, capaz de afirmar la dignidad y valía del hijo a pesar -¿o habría que decir más bien a causa de?- sus gravísimas limitaciones: *"Siempre que volvíamos por la calle de San José, estaba el niño tonto a la puerta de su casa, sentado*

20 **Ibidem**, p. 7.

*en su sillita, mirando el pasar de los otros. Era uno de esos pobres niños a quienes no llega nunca el don de la palabra ni el regalo de la gracia; niño alegre él y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás*²¹.

A diferencia del egoísmo y el odio que destruyen, aniquilan o causan daño; el amor afirma la existencia. En palabras de Ortega, "amar a una persona es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquella persona esté ausente". De ahí que vivimos la enfermedad grave de un ser querido en un estado de tristeza y de zozobra y, si desaparece, un profundo dolor atenaza el corazón, y la vida –al menos por un tiempo- parece perder todo sentido. Por todo esto, cuando se ama de verdad, uno más que morir, teme que muera la persona amada. No sin razón llamamos "Mi vida" a la persona amada pues sentimos que nuestra vida, lo mejor de nuestra vida, brota de y se sustenta en ella.

Si el amor afirma la existencia de la persona amada, busca también su crecimiento y perfección. Por eso alienta y colabora para que viva mejor y sobre todo sea mejor, como camino para que llegue a ser él o ella, para que alcance su plenitud y su felicidad. El verdadero amor no es ciego –el egoísmo y la pasión son los ciegos-, sino que agudiza la vista para ser capaz de ver los tesoros ocultos de la persona, aunque esa persona ignore o niegue que los tiene. En palabras de Edouard Rod, "en el fondo de todas las almas hay tesoros escondidos que sólo el amor puede descubrir". El amor agudiza también la vista para afirmar la ab-

21 Juan Ramón Jiménez, **Platero yo**. Taurus, Madrid, 1967, p. 36. Citado por Tomás Melendo, **op.cit.**, p. 8.

solita dignidad de todo ser humano más allá de las apariencias, bajezas y achaques, para descubrir con toda claridad lo que le conviene a la persona amada para su desarrollo y perfección. En este sentido tiene toda razón San Agustín cuando afirma: "Ama y haz lo que quieras", porque el verdadero amor es incapaz de dañar, de ofender, de utilizar: Si das, darás con amor; si corriges, corregirás con amor; si reclamas, reclamarás con amor; si perdonas, perdonarás con amor; si trabajas, trabajarás con amor; si te entregas, te entregarás con amor...Si está dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz²².

Quien ama de verdad no sólo ayuda a ser mejor al otro, sino que se esfuerza cada día por ser más bueno para así poder ser un mejor regalo para la persona que ama. Más que regalar cosas, se regala él, regala lo mejor de sí mismo: su tiempo, su atención, su sonrisa, su escucha, su vida. Lo mejor que pueden hacer los novios por sus novias, los esposos por sus esposas, los padres por sus hijos, los amigos por sus amigos, los profesores por sus alumnos, es esforzarse cada día por ser mejores para así servir mejor. Además, el amor es siempre fecundo, engendra amor, que es la mejor medicina para curar las heridas del alma y posibilitar una existencia feliz. No olvidemos que detrás de cada delincuente hay un déficit de amor o un amor mal orientado. En palabras de Gautier: "Nada contribuye a hacer malo a un hombre como el no ser amado". Detrás de cada delincuente hay una persona que no fue amada con un amor tierno y exigente.

22 Cf. Tomás Melendo, **op.cit.**, p.28.

A continuación, les ofrezco tres bellos textos para comprender cada vez mejor lo que es el amor y profundizar en él. El primero es de Miguel Carmena y está tomado de la página web de Mujer Nueva²³:

Se me ocurre que el amor es como una hortensia, como una rosa y como un edelweis.

El amor es como una hortensia. *La hortensia es una flor muy grande, de las más grandes que conocemos, pero si la observamos detenidamente, nos damos cuenta de que está formada por miles de flores muy pequeñas. La hortensia es grande por la unión de un sinnúmero de flores que en sí mismas son casi insignificantes. El amor es igual. Los grandes amores que tanto admiramos están hechos de muchos, de incontables pequeños actos de amor. El amor se construye con actos casi invisibles de entrega al otro, en los que se vive de verdad la entrega al amado con generosidad, en las cosas más pequeñas. Sólo así se forman los grandes amores.*

El amor es como una rosa. *La rosa une la belleza de la flor a la fuerza del tallo. Ese tallo hace resistente a la flor ante las lluvias y el viento, pero también está lleno de espinas. Gracias a ese tallo, la rosa se eleva por encima de las demás flores e impide que suban los insectos y dañen a la flor. El amor es igual, mezcla belleza y fuerza, amor y dolor. Un amor sin sacrificio personal nunca se hace fuerte, no soporta la más pequeña lluvia; la más débil dificultad lo destruye. El amor requiere estar sólidamente afincado en una entrega que es fuerte porque se basa en la donación generosa, en la oblación sin esperar nada a cambio. Sólo así se puede mantener la belleza del amor.*

23 www.mujernueva.org

El amor es como un edelweis. *El edelweis es una flor que nace en las altas montañas alpinas. Se encuentra en los parajes más insospechados, donde parecería que ya no puede haber vida. No es como las margaritas que pueblan los valles con miles de flores iguales y se hallan siempre en lugares de fácil acceso. No, el edelweis es solitario, pudoroso, está siempre lejos del alcance de miradas indiscretas. No hay dos edelweis iguales, cada uno es único, irrepetible. El amor es igual, irrepetible, único, pudoroso. No está al alcance de cualquiera. Hay que subir para encontrarlo. Hay que dejar atrás muchas cosas y esforzarse por llegar a una cumbre juntos. El amor no es tanto mirarse uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección. No se puede buscar un amor auténtico a ras de suelo, en los sitios de fácil acceso. No se puede pretender que el amor se repita de igual manera muchas veces. El amor no es margarita, es edelweis, es único. Amar es dejar muchas comodidades, muchas seguridades, muchas facilidades y retirarse a la aventura de la entrega total. El amor verdadero no está al alcance de la mano. Hay que buscarlo, lucharlo, merecerlo. El amor no es para espíritus vulgares apegados a las bajezas de los valles, sino para aquellos que se sienten llamados a la pureza de la montaña donde sopla el aire limpio.*

El segundo es de una novela "La gente vive en el este", que escribí yo hace ya unos 36 años²⁴:

Amar es muy difícil. Un alma es como una montaña. Infinita en su soledad y su dolor, en su inaccesibilidad y distancia. Amar es lanzarse a una conquista, a un riesgo de tormenta y noche. Los auténticos enamorados son alpinistas de corazones, siempre en

24 Antonio Pérez Esclarín, **La gente vive en el este**. Editorial Fuentes, Caracas, 1974.

guardia, esfuerzo y tensión, sabiendo que la cumbre última está siempre más allá. Pero la mayoría de la gente piensa que conquistar una cumbre es un juego. Y se cansa. Y las almas quedan intactas, con pequeñas cicatrices de caminos, en sus primeras cuestas de olor a barranco y sombra. Prueba clara de esto es que los hombres piensan que conquistar una mujer es poseer su cuerpo. Eso es, a lo sumo, subir montañas en teleférico. No saben de noches de estrellas, de olor a sequedad y viento, de orgías de silencio, peligro y frío. Conquistar una montaña es conquistarse. Es vivir para ella. Como conquistar una mujer. En nuestro mundo de sexo en alud, la mayor parte de las almas son vírgenes. Intocadas en su último corazón de hielo y roca. Con sus silencios y grietas, su grito de viento salvaje, entrevistados tan sólo desde muy lejos. Son almas a las que se les ha acostado en los primeros repechos lujuriantes de sus faldas.

El tercero está tomado de mi libro "Educar es enseñar a amar"²⁵:

Se llamaba Rosa y las rosas rojas eran sus favoritas. Cada año su esposo le enviaba un hermoso ramo de rosas rojas en el día del aniversario de su boda. La tarjetita siempre decía: Te amo más este año que el año pasado. Mi amor crecerá cada año que pase.

El año en que murió, también recibió su hermoso ramo de rosas rojas. Ella las aceptó con especial emoción, pues sabía que era la última vez que recibiría sus rosas. Sin duda que el esposo las había ordenado antes de morir. Siempre le gustaba tenerlo todo bien previsto, no fuera a presentarse algún inconveniente.

25 Antonio Pérez Escalarín, **Educar es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas, 2009, pág. 192.

La mujer colocó las rosas en un florero muy especial y las puso al lado de un retrato de su esposo. Solía pasar horas enteras viendo el retrato y las flores. Hasta que se secaron y tuvo que botarlas. Pasó un año y resultaba bien difícil vivir sin su pareja.

Llegó el día del aniversario de su boda, sonó el timbre y al abrir la puerta, se encontró con el ramo de rosas rojas. Asombrada, agarró el teléfono y llamó a la floristería. No podía comprender quién podía jugarle esa broma de tan mal gusto.

Le contestó el dueño que le dijo:

-Sé muy bien que su esposo murió el año pasado, y estaba esperando su llamada. Las flores que usted acaba de recibir fueron previamente pagadas. Su esposo dejó una cuenta abierta para que usted reciba esas flores cada año.

Rosa colgó el teléfono y un llanto suave y tranquilo empezó a manarle de los ojos. Entonces, vio la tarjetita del ramo y empezó a leerla:

"Hola, Amor, hace ya más de un año que me fui. Sé lo mucho que te habrá costado mi partida, pues me imagino lo que yo hubiera sufrido si llegas a marcharte tú antes que yo. El amor que compartimos hizo que todo en la vida fuera hermoso. Te quise más de lo que pueden expresar las palabras por bellas y poéticas que sean. Fuiste una esposa maravillosa, mi amiga, amante, compañera. A tu lado disfruté la vida y me proporcionaste todo lo que yo anhelaba. Sé que sólo ha pasado un año, pero quiero pedirte que no sigas sufriendo. Deseo ardientemente que seas feliz aunque derrames lágrimas. Por eso, las rosas te seguirán llegando cada año. Cuando las recibas, piensa en la felicidad que tuvimos juntos y cómo fuimos ben-

decidos con un profundo amor. Siempre te amé y te seguiré amando, pero tú tienes que seguir viviendo. Por favor, trata de encontrar la felicidad mientras vivas. Sé que no será fácil, pero sé que encontrarás la forma. Las rosas te seguirán llegando cada año, hasta el día en que no haya quien abra la puerta. El florista ha recibido instrucciones de tocar a tu puerta cinco veces el mismo día, por si saliste. El día que ya nadie la abra, sabrá dónde llevar las flores”.

Separados pero padres

Si por cualquier circunstancia, el matrimonio se rompió y los esposos tuvieron que separarse, no olviden nunca que los hijos necesitan de ambos padres, juntos o separados. Son los padres los que se separan, no los hijos. Lo que hace sufrir a los hijos no es tanto la separación, sino el desamor, la agresividad, el maltrato previos a la separación.

Los hijos tienen derecho a seguir disfrutando de su padre y de su madre, y no tienen que sufrir su agresividad ni ser testigos de disputas o litigios. Tienen derecho a que sus padres no denigren del otro, ni hablen mal, ni les siembren odio o una visión negativa diciéndoles que “su padre o su madre es un sinvergüenza, un mal padre o madre, un borracho (a), un vividor (a), un irresponsable, bueno para nada...”. Tienen derecho en consecuencia, a no ser utilizados en contra, como un medio para dañar al otro. Los padres no deben tampoco chantajear a los hijos para ganarse su cariño el día que van a pasar con él o ella, cargándolos de regalos o permitiéndoles actitudes caprichosas o conductas inapropiadas. Quien busca el bien del niño facilita el encuentro y la comunicación con el padre o la madre que ya no vive con él.

Los hijos tienen también derecho a que los padres se reúnan para tomar de común acuerdo las decisiones apropiadas que tienen que ver con su salud, educación, o ante cualquier problema serio que se les presente.

Y no olviden nunca que, aunque hayan fracasado en su matrimonio, Dios los quiere infinitamente y desea que encuentren la felicidad. Por ello, tienen derecho a rehacer sus vidas y a seguir buscando y construyendo el amor como único camino apropiado para encontrar la felicidad.

C) Enseñar a los hijos a amar

El objetivo principal de toda genuina educación es enseñar a amar. Educar es amar y amar es enseñar a amar, a salir de uno mismo, a darse sin esperar nada a cambio y sin generar dependencias.

Lo mejor que los padres pueden hacer por sus hijos es enseñarles a amar, pues sólo el amor posibilita la plena realización humana. La falta de amor y la incapacidad de amar producen frustración, agresividad, resentimiento, angustia. Como venimos insistiendo, nunca pesa tanto un corazón como cuando está vacío, ni hay peor sufrimiento que la soledad.

Educar el corazón significa dos cosas fundamentales: en primer lugar, establecer vínculos con bienes dignos de verdadera estima, y jerarquizarlos de tal modo que le den pleno sentido a la existencia. En segundo lugar, educar el corazón supone formar actitudes como la admiración por lo bueno y por lo bello, la responsabilidad en el afecto y el amor, la capacidad de recogimiento interior y de análisis personal, la apertura a los demás y en ellos a Dios, la generosidad, la cortesía y la amabilidad, la gratitud, la paz, la disposición al servicio y a la entrega.

La misión principal de los padres es educar el corazón de los hijos. De poco va a servir dejarles riquezas, estudios, carros, mansiones, si no se les ha educado el corazón. Corazón alegre, propositivo, optimista, que asume los problemas como retos a superar y se crece en las dificultades. Corazón que se responsabiliza de sus actos y de sus sentimientos, apasionado de la vida, capaz de sacudirse las rutinas, los cansancios, la pasividad; que se esfuerza siempre y en todas partes por ser mejor y hacer las cosas cada vez mejor. Corazón alegre, que vive cada momento como una maravillosa aventura y es capaz de vivir en la fiesta permanente de la entrega y el servicio tratando de hacerse hermano de todos y de ser un regalo para los demás. Corazón generoso, agradecido, amable, fuerte y tierno al mismo tiempo. Corazón audaz, terco, capaz de sacrificio, de abnegación y esfuerzo, pero también sencillo y humilde. Corazón compasivo, con las puertas abiertas, donde los necesitados pueden encontrar cobijo, afecto, calor de vida. Corazón amante de la libertad que se esfuerza día a día por liberarse de todas las dependencias y ataduras que le impiden alcanzar su plenitud.

Muchos confunden la libertad con las cadenas. "Soy libre, y por eso hago lo que me da la gana", dicen. Esclavos de sus caprichos, de su flojera, de sus cosas, de sus pasiones, se sienten libres cuando viven completamente esclavizados. Sólo el que es consciente de sus ataduras y se esfuerza por romperlas, podrá alcanzar la libertad. Libre no es el que hace lo que quiere, sino el que quiere lo que hace. Libre es la persona que nada ni nadie tiene poder sobre ella.

Sólo el que ama verdaderamente podrá ser libre y sólo los libres son capaces de amar. Libre es la persona que vive comprometida en la conquista de sí misma;

sabe que el ser humano es tarea y aventura, y por ello es capaz de vivir toda experiencia y relación de un modo pleno y enriquecedor. Por ello, demuestra una actitud responsable frente al noviazgo, la sexualidad, el matrimonio, la paternidad, la maternidad. La persona verdaderamente libre entiende su libertad como proceso de liberación. Por eso, es capaz de indignarse ante los atropellos e injusticias y combate toda dependencia, toda dominación que impiden la libertad y el desarrollo integral de los demás.

Educar el corazón es también enseñar a mirar con ojos misericordiosos y enseñar a escuchar y a oír la voz de Dios que nos habla en los gritos de dolor de los oprimidos y abandonados y nos habla también en el silencio del corazón.

Como conclusión, para insistir una vez más en la necesidad de que los padres asuman con humildad y entereza su papel de primeros e irrenunciables educadores de sus hijos, vamos a tomar de la revista "Autogestión", el decálogo **Cómo hacer delincuentes**, redactado por la policía de Washington, tras realizar una serie de estudios basados en su abundante experiencia en la delincuencia juvenil:

1.-Comience desde la infancia dando a su hijo todo lo que le pida. Así crecerá convencido de que el mundo entero le pertenece.

2.-No le dé ninguna educación espiritual. Espere que alcance la mayoría de edad para que pueda decidir libremente.

3.-Cuando diga palabrotas, celébrese las. Esto le animará a hacer más cosas "graciosas".

4.-No le reprenda nunca ni le diga que algo de lo que hace está mal. Podría crearle complejos de culpabilidad.

5.-Recoja todo lo que él deja tirado: libros, zapatos, ropa, juguetes... Hágaselo todo, así se acostumbrará a cargar la responsabilidad sobre los demás.

6.-Déjele leer todo lo que caiga en sus manos (o navegar por todas las páginas de Internet que le provoque –añadiríamos nosotros). Cuide de que sus platos, cubiertos y vasos estén bien esterilizados, pero deje que su mente se llene de basura.

7.-Dispute y pelee a menudo con su esposo/a en presencia del niño. Así no se sorprenderá ni sufrirá demasiado el día en que la familia quede destrozada para siempre.

8.-Déle todo el dinero que quiera gastar, no vaya a sospechar que para disponer de dinero hay que trabajar.

9.-Satisfaga todos sus deseos, apetitos, comodidades y placeres. El sacrificio y la austeridad podrían provocarle frustraciones.

10.-Póngase de su parte en cualquier conflicto que tenga con sus profesores, vecinos, etc. Piense que todos ellos tienen prejuicios contra su hijo y que de verdad quieren fastidiarlo.

Junto a este Decálogo, y como contrapartida, les ofrezco también las Diez Actitudes de los padres efectivos:

1-Aman a sus hijos y les proporcionan un ambiente estable y seguro.

2.-Promueven el respeto mutuo e insisten en proponer y vivir el principio fundamental de la ética humanista: "No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti", o en su enunciado positivo "Trata a los demás como querrías que te trataran a ti".

3.-Controlan el uso de los medios de comunicación de sus hijos.

4.-Enseñan con su ejemplo.

5.-Cuando corrigen, explican por qué lo hacen, no mienten nunca y enfrentan las cosas sin rodeos.

6.-Utilizan el cuestionamiento más que el sermón o el regaño ("¿Por qué crees que no me agrada lo que hiciste?") para promover el pensamiento moral de los hijos.

7.-Dan a sus hijos verdaderas responsabilidades.

8.-Ayudan a sus hijos a proponerse metas y a esforzarse por alcanzarlas.

9.-Promueven reglas claras, explicándolas, y dejan que sus hijos participen en su elaboración.

10.-Fomentan el desarrollo espiritual de los hijos.

3.- La familia de Nazaret, modelo de familia cristiana

Jesús aprendió de José un oficio y, como todos los niños, antes aprendió en el hogar a caminar, a hablar, a rezar, las costumbres y modales de la época. Podemos suponer que ayudaba a su madre María en las tareas del hogar, a moler el trigo, a amasar la harina, a traer agua del pozo del pueblo. Y como todo niño normal que *"iba creciendo en sabiduría, en edad y gracia"* (Lucas 2, 52), jugó con los otros niños, se cayó e hirió numerosas veces, lloró y rió, se disgustó y se puso bravo en ocasiones, se enfermó y aprendió a leer, escribir y a conocer e interpretar la Torá, la Ley, en la escuela de Nazaret.

Pero sin duda alguna la verdadera escuela de Jesús fue el hogar, y sus padres, José y María fueron sus verdaderos maestros. Lo mejor que le pasó a Jesús en toda su vida fueron José y María. De ellos no sólo aprendió, como ya dijimos más arriba, un oficio y los aspectos religiosos y culturales del pueblo judío de su época, sino que experimentó tal piedad, tal confianza, tal seguridad, tal cariño y cercanía que de ellos aprendió a sentir y llamar a Dios como **Abbá: Papito-Mamita querido(s)**.

Los escasos relatos que se conservan en los evangelios de la infancia de Jesús, son más que suficientes para ver en José y María unos modelos de padres, entregados por completo a la voluntad y el servicio de Dios. José es presentado como un hombre piadoso, justo, diligente y siempre preocupado por proteger y salvar a la familia. Mateo comenzará definiéndolo como un hombre "bueno" (Mateo 1, 19), conocedor de la ley, pero con la libertad suficiente de reinterpretarla misericordiosamente. Por ello, cuando descubre que María está embarazada y no precisamente de él, no la denuncia, como lo establecía la ley para que fuera apedreada hasta morir, sino que decide apartarse discretamente. Esta fue la primera de varias veces que salvó de la muerte a María y a Jesús.

Volverá a salvarlos cuando tienen que huir precipitadamente al destierro de Egipto al enterarse de que Herodes anda buscando al niño para matarlo. Podemos imaginar la firmeza y el valor de José, un artesano pobre, al tener que abandonar de repente la seguridad del hogar y del trabajo, para salir a enfrentar los mil problemas y dificultades de un destierro repentino y forzado. Serían largos días de hambre, de dormir a la intemperie, de sortear cientos de amenazas y peligros y, luego, de todos los inconvenientes que supone establecerse en un país desconocido. Lo podemos imaginar siempre diligente, preocupado para que no les faltara nada al niño ni a su madre, como ya antes lo había sido cuando en Belén no consiguieron albergue y tuvo que acomodar un corral para que María diera a luz a su hijo. O cuando, lleno de angustia, durante tres días estuvo buscando con María al Niño Perdido que se había quedado en Jerusalén, en vez de regresar con ellos a la casa.

En María encontramos un modelo perfecto de la entrega a Dios, que es también servicio a los demás.

Su sí confiado y total en la Anunciación *"He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu Palabra"* (Lucas.1,38), hicieron posible la encarnación. De inmediato, al enterarse de que su prima Isabel también estaba embarazada partió en su ayuda. Sabía bien que sería un embarazo muy difícil, pues Isabel era una mujer de muy avanzada edad y, sin pensarlo dos veces, partió presurosa en su ayuda (Ver Lucas 1, 39 y ss).

María, mujer de fe inquebrantable, siempre se fió de Dios a pesar de los graves problemas y dificultades que tuvo que enfrentar y a pesar de que no terminaba de comprender muchas cosas. Como la respuesta de Jesús, cuando por fin lo encontró en el templo después de tres interminables días de búsqueda angustiada, cuando tuvieron que regresar a Jerusalén al descubrir que no estaba en la caravana con los que volvían a Nazaret:

"Al tercer día lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los maestros de la Ley, escuchándoles y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas. Sus padres se emocionaron mucho al verlo; su madre le decía: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos. Él les contestó: "¿Y por qué me buscaban? ¿No saben que yo debo estar donde mi Padre?". Pero ellos no comprendieron esta respuesta. Jesús entonces regresó con ellos, llegando a Nazaret. Posteriormente siguió obedeciéndolos. Su madre, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón" (Lucas, 2, 46-51).

Guardaba todas esas cosas en el corazón, las rumiaba y meditaba, para ser enteramente fiel a los planes de Dios, aunque supusieran que una aguda es-

pada de dolor atravesaría su corazón como le había anunciado Simeón cuando presentaron al niño en el templo (Lucas 2, 22-35).

Nunca nadie estuvo tan cercano a Jesús como María, su madre: lo acunó en sus brazos, calmó sus rabietas y su llanto, lo alimentó con la leche de sus pechos, lo besó miles de veces, lo limpió, pasó noches en vela junto a su cama cuando estaba enfermo, lo enseñó a hablar, comer y caminar... Fue guiando y apuntalando su crecimiento corporal y espiritual, lo acompañó en su misión y en sus proyectos, y bebió hasta el borde la copa del sufrimiento cuando acompañó su muerte cruenta y especialmente dolorosa en la cruz, en medio de las risas y burlas de muchos de los que antes lo habían seguido y admirado.

4.- El mundo de los jóvenes desafía a padres y educadores

Vivimos tiempos de incertidumbre y crisis; por ello, también, de retos y oportunidades. Todo cambia a velocidades vertiginosas y hasta pareciera que lo único que permanece es el cambio permanente. Si las generaciones anteriores nacían y vivían en un mundo de certezas y valores absolutos, en el que los cambios eran a un ritmo tal que podían asimilarlos con naturalidad, hoy sentimos que el vértigo de los cambios continuos nos asoma a un mundo desconocido, misterioso, extremadamente complejo, y que, en consecuencia, se hunden estrepitosamente bajo nuestros pies muchas de nuestras viejas certezas y seguridades. Además, como ya dijimos más arriba, vivimos en un profundo relativismo ético y cada vez más, cada uno decide qué es bueno y qué es malo, qué se puede hacer y qué no se puede hacer. Las viejas tablas de salvación a las que antes nos aferrábamos con fuerza y las instituciones que nos daban seguridad se hunden ante nuestros ojos y vamos quedando desnudos, sin seguridades ni convicciones, a la intemperie.

Son tiempos de profundos desengaños, de acomodarnos en un narcisismo plácido, de pensamiento descomprometido y débil. Hoy, más que una dictadura del pensamiento único, lo que en verdad impera es la

ausencia de pensamiento. De la duda como método filosófico para construir un mundo de certezas absolutas, pasamos a la duda como única certeza. Del "pienso, luego existo" cartesiano, raíz de la modernidad, hemos pasado al "consumo o compro luego existo; pienso, luego estorbo" de la postmodernidad.

La modernidad avanzó avasalladora tras la luz de la Razón que se creyó iba a traer prosperidad para todos y acabar con las sombras de lo desconocido y misterioso, raíz de la magia y las religiones, propias de los estadios primitivos de la humanidad. Del optimismo pasamos rápidamente al desencanto. El imperio de la razón terminó construyendo un mundo sin razón, un mundo irracional.

Sin absolutos, sueños ni grandes horizontes, los seres humanos nos hemos refugiado en la trivialidad efímera de las cosas. El mundo se ha convertido en una cosa repleta de cosas, en un gran mercado, en un inmenso almacén. Todos los grandes sueños han quedado reducidos a comprar y consumir; la libertad se ha degradado a la posibilidad de elegir entre miles de productos o canales, y la felicidad se ha rebajado a "pasarla bien", "salir de compras" y responder a los estímulos permanentes del mercado. Es la sociedad del consumo y del espectáculo. Los cada vez más inmensos y sofisticados centros comerciales que ofrecen todos los productos imaginables ocupan hoy el lugar de los antiguos templos. Los estadios deportivos son los únicos lugares de pasiones verdaderas. Los efímeros héroes del deporte, la música, el cine, que los medios de comunicación crean y recrean permanentemente son los modelos a imitar y seguir, los ídolos o pequeños diosillos débiles en esta religión del espectáculo.

En un mundo transformado en objeto, el hombre

está llamado a convertirse él mismo en una cosa, en mera mercancía, que se usa, se compra, se vende, se desecha. Hoy, cada vez más, las cosas determinan el valor de las personas: "Vales lo que tienes": si no tienes, no vales, no eres nadie, no cuentas, tu delito es existir.

Todos necesitamos llenarnos de cosas para poder ser, para sentirnos importantes. La vida se nos va en trabajar y ganar para comprar: objetos, placeres, sensaciones, viajes, apariencias. Perdemos la salud para hacer dinero, y luego perdemos el dinero para intentar recobrar la salud.

La otra cara del consumo es la miseria y la violencia. La publicidad nos invita a todos a entrar en el banquete del consumo, pero cierra violentamente las puertas a la mayoría que no tienen cómo pagar la entrada. Como cada vez escasea más el trabajo bien remunerado y los medios lícitos para poder responder a los estímulos del mercado, y como por otra parte, cada vez se debilitan más los principios éticos, cada día crecen más pujantes las economías subterráneas del sicariato, la delincuencia, la mendicidad, la corrupción, el secuestro, la prostitución de adultos y de niños, la pornografía, el tráfico de armas, de drogas, de órganos. Los que no tienen se arman para tener. Los que tienen se arman para defender lo que tienen. "Armaos los unos a los otros", está sustituyendo el "Amaos los unos a los otros" de Jesús.

Lo más grave de todo es que nos estamos acostumbrando a ver como normal un mundo completamente anormal. No nos causa indignación el ver a ancianos revolviendo los pipotes de basura; indígenas mendigando en los semáforos; niños viviendo y creciendo en la calle sin hogar, sin escuela, sin cariño, sin mañana; el espectáculo de la muerte de pueblos enteros

bajo las dentelladas del hambre, el sida o cualquiera de las enfermedades de la miseria (diarrea, tuberculosis, dengue...), que hoy podrían ser derrotados con facilidad si la humanidad se lo propusiera y hubiera voluntad política para ello.

Según la ONU, cada tres segundos muere un niño de hambre, 1.200 cada hora. El hambre produce una matanza diaria similar a todos los muertos que ocasionó la bomba nuclear sobre Hiroshima. Y, frente a esto, crece la opulencia más descarada: cerca de los aeropuertos de las más importantes ciudades del mundo hay lujosos hoteles para perros, gatos y las más increíbles mascotas, donde las habitaciones pueden alcanzar el astronómico precio de 170 dólares la noche.

Nos parece normal que un deportista famoso gane por la publicidad de una marca de zapatos más que los miles de obreros que los fabrican en verdaderas condiciones de neoesclavitud como son las maquilas, y hasta nos sentimos orgullosos y felices cuando compramos y usamos esos zapatos. Nos sorprende escuchar, pero no nos mueve al compromiso, que mientras una vaca europea es subvencionada con tres dólares al día, mil doscientos millones de personas deben vivir con menos de un dólar diario y dos mil cuatrocientos millones con menos de dos dólares; o que cada año, un millón de niños entra en el infierno de la esclavitud sexual; o que en los últimos 20 años hemos pasado de 23 a más de 400 millones de niños esclavos que viven del robo, la limosna o se prostituyen en las calles, son obligados a mendigar, con frecuencia mutilados para que su deformidad impresione a la gente, son reclutados a la fuerza como soldados y obligados a combatir y matar, o son asesinados para proveer el mercado negro del tráfico de órganos, o malviven o mueren en minas y maquilas. Hasta nos estamos acostumbrando

a asistir al espectáculo de racimos de muertos por la delincuencia, el terrorismo, el hambre y las guerras que todas las noches, antes de acostarnos, nos ofrecen los noticieros.

Estamos ciegos ante las injusticias, incapaces de ver la anormalidad que se oculta en la supuesta "normalidad" de nuestro mundo. Vivimos ciegos en un mundo de ciegos. Caminamos en tinieblas sin saber exactamente a dónde vamos ni qué queremos. Guiados por ciegos que nos ofrecen plenitud en el tener, en el placer, en el poder, nos convertimos también en ciegos guiando otros ciegos. Instalados en la vida, con la única aspiración profunda de tener más para vivir mejor, vamos viviendo sin saber a dónde vamos ni para qué vivimos.

Para salir de la ceguera y recuperar la visión, necesitamos aprender a cerrar los ojos. Sólo con los ojos cerrados podremos conocernos y encontrarnos con nosotros mismos. Pero nos da miedo conocernos; le tenemos pánico al silencio, a la reflexión. Por eso, nos dispersamos, nos llenamos de trabajos, nos perdemos en el ruido, en el bullicio, nos la pasamos huyendo de nosotros, de la vida.

"Lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve bien con el corazón", nos dice Saint Exupery en El Principito. "Ojos que no ven, corazón que no siente", dice un viejo refrán. Pero el refrán es aún más verdadero al revés: "Si el corazón no siente, los ojos no son capaces de ver". Es el corazón el que enseña a los ojos a mirar. De hecho, muchos pasan frente a la miseria, el hambre, el dolor y la explotación y no son capaces de verla porque tienen ciego el corazón. Es lo que les sucedió al sacerdote y al doctor de la parábola El Buen Samaritano. Lucas deja bien claro que ambos vieron al herido del camino pero siguieron de largo.

Lo vieron con sus ojos pero no con el corazón, por eso no se compadecieron y siguieron de largo. Pero el samaritano, vio con el corazón y por eso se acercó a auxiliarle.

Necesitamos cerrar los ojos y aprender a mirar con el corazón. Sólo así podremos encontrarnos con nosotros mismos y con los demás y recuperar la esperanza y el amor.

Un viejo rabino preguntó a sus discípulos si alguno de ellos le podía decir cuál era el preciso momento en que terminaba la noche y comenzaba el día.

-¿Cuando ya podemos distinguir a lo lejos entre un perro y una oveja? -le preguntó uno de ellos.

El rabino contestó:

-¡No!

-¿Será cuando ya se distingue en el horizonte con la neblina lechosa del amanecer una ceiba de un samán? -se aventuró otro de los discípulos.

-¡Tampoco! -respondió con convicción el rabino.

Los discípulos se miraron desconcertados:

-Entonces, ¿cómo sabemos cuándo comienza el día y termina la noche? -preguntaron ansiosos.

El viejo rabino los miró con sus ojos mansos de sabio y les dijo:

-Cuando tú miras el rostro de cualquiera y puedes ver en él la cara de tu hermano o de tu hermana. En ese momento comienza a amanecer en tu corazón. Si

*no eres capaz de eso, sigues en la noche*²⁶.

En un mundo diverso y plural, y en un país como Venezuela donde estamos rotos, divididos, terriblemente polarizados, necesitamos con urgencia aprender a mirarnos para ser capaces de vernos como conciudadanos y hermanos y no como rivales, amenazas o enemigos. El conciudadano es un compañero con el que se construye un horizonte común, un país, en el que convivimos en paz a pesar de las diferencias. El ciudadano genuino entiende que la verdadera democracia es un poema de la diversidad y no sólo tolera, sino que celebra que seamos diferentes. Diferentes pero iguales. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho a ser y pensar de un modo diferente dentro, por supuesto, de las normas de la convivencia que regulan los derechos humanos y los marcos constitucionales.

De la muerte de Dios a la muerte del espíritu

La modernidad estaba convencida de que el progreso científico haría desaparecer a Dios como una hipótesis superflua e innecesaria. Dios y las religiones tenían los días contados pues sólo se justificaban en los estadios precientíficos como explicación de lo que todavía la ciencia no había podido explicar. De ahí que la modernidad fue atea, o mejor, antitea. Se opuso a Dios por considerarlo un impedimento para la grandeza del hombre. Había que elegir entre Dios o yo: Si quiero ser libre, autónomo, tengo que negar a Dios. Todas las grandes filosofías de la modernidad (marxismo, existencialismo, positivismo...) en defensa

26 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2007. pág. 29.

de la autonomía del hombre, combatieron la idea de Dios.

Hoy, pasados los fervores de los ateísmos militantes y de los desgarrados anuncios de la muerte de Dios, estamos hundidos en un pragmatismo descarado, que se traduce en una especie de agnosticismo light: No sé si Dios existe o no, pero en todo caso no lo necesito: vivo como si no existiera. ¿Para qué preocuparse de aquello que carece de respuestas claras y, sobre todo, de utilidad práctica? La fe en Dios es algo íntimo, personal, que, incluso para la mayoría de los que se confiesan creyentes, tiene muy poco que ver con la vida concreta, con la conducta de las personas, con los valores. De hecho, es bien difícil averiguar si uno es creyente o no si analizamos su comportamiento. Así, del anuncio de la muerte de Dios, estamos avanzando aceleradamente a la muerte del hombre, a la muerte del espíritu.

Todavía muchos de nosotros estamos atrapados en esa concepción dualista que opone cuerpo y espíritu, material y espiritual. Ser espiritual para la mayoría de la gente es sinónimo de renuncia al goce y al disfrute de la vida y del cuerpo. Es dedicarse a las cosas "divinas", al rezo, a las actividades religiosas, pasarse la en la iglesia. En esta concepción, la espiritualidad tiene muy poco que ver con las actividades cotidianas, como el cocinar, el enseñar, el gobernar, con la vida familiar, con la sexualidad, con la educación de los hijos, con la política, con la diversión, con el ocio. Todo esto son cosas "mundanas", que no tienen que ver con lo espiritual. De ahí que cuando oímos hablar de que una persona es espiritual, enseguida pensamos en una persona rezandera, que se mueve entre prácticas religiosas muy frecuentes, que parece vivir allá arriba, poco preocupado y menos ocupado de la vida cotidiana, de los problemas de este mundo, de la

materialidad de la existencia. Es una persona que parece haber renunciado a su misión de sujeto histórico, de constructor de vida, de recreador permanente del mundo y vive refugiado en una interioridad lánguida, preocupado por su salvación, quejándose de lo mal que está este mundo o el país, tal vez dedicado a rezar por él, pero sin comprometerse en su cambio y transformación.

Estos conceptos de espíritu y espiritualidad como realidades opuestas a lo material, a lo corporal, a lo mundano, provienen de la cultura griega, que hemos asimilado con naturalidad y que han condicionado toda nuestra visión de lo espiritual. Para el pensamiento bíblico espíritu no se opone a materia, ni a cuerpo, sino a maldad (destrucción); se opone a carne, a muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); y se opone a la ley (imposición, miedo, castigo). En este contexto semántico, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad.

En hebreo, la palabra espíritu, ***ruah***, significa viento, aliento, hálito. El espíritu es como el viento, ligero, arrollador, impredecible. Es como el hálito de la respiración: quien respira está vivo; quien no respira está muerto. El espíritu no es otra vida, sino lo mejor de la vida, lo que le da vigor, la sostiene e impulsa. En eso consistió precisamente Pentecostés, la venida del Espíritu, que se expresó como fuerza y fuego, como huracán arrollador, que cambió a unos asustados apóstoles que estaban con las puertas trancadas por temor a los judíos, en unos testigos valientes, llenos de ímpetu y creatividad, que salieron a proclamar con valor y convicción a Jesús resucitado, el grano de trigo que murió para dar vida, el "Hombre que venía de Dios". El espíritu los llenó de valentía, los hizo vencedores del miedo y de la muerte.

Ahora sí podemos entender que cuando decimos

que una persona es espiritual estamos hablando de una persona "con espíritu", valiente, comprometida, que se enfrenta sin miedo y con pasión a todo lo que ocasiona muerte y destrucción, a todo lo que encadena y atenta contra la vida, contra la plenitud de la vida. Por lo contrario, una persona sin espíritu es una persona sin ánimo, sin pasión, sin ideales, que vive encerrada en una vida mediocre y sin horizontes, sin proyecto, sin preguntas, que se pierde en el anonimato del rebaño, programado desde fuera, que se deja guiar por la televisión, las propagandas, el qué dirán, o las indicaciones de sus jefes.

Es en este sentido que venimos diciendo que de la muerte de Dios, avanzamos a pasos gigantescos a la muerte del espíritu, porque la actual cultura propone la banalidad, el descompromiso, la trivialidad como horizontes de vida. Esta desespiritualización generalizada ha penetrado también con fuerza en el cristianismo que se ha convertido más en una doctrina, en unas prácticas de ciertas actividades religiosas o piadosas, que en un modo de vida con espíritu. La mayoría vivimos una fe sin fuerza, sin espíritu, que no transforma profundamente la vida. No creemos en la propuesta de vida y de felicidad Jesús, la conversión profunda del corazón, el cambio de criterios y valores. Decimos que aceptamos el evangelio, pero tenemos el corazón atrapado por los valores de este mundo. Nos proclamamos seguidores de Jesús resucitado, pero conservamos los valores de los que lo crucificaron. Somos cristianos sin fuego, sin alegría profunda. Hemos hecho también de Jesús un personaje "light", edulcorado; vivimos un cristianismo "light", sin verdaderas exigencias.

Hay también quienes, en estos tiempos en que es tan fácil vocear un fervor revolucionario, pretenden utilizar a Jesús para imponer su proyecto político, y se

esfuerzan por convertirlo en una especie de guerrero, en ese Mesías Glorioso y Triunfante que Él con tanta insistencia rechazó. Es la tentación del Mesianismo, tan presente siempre en la historia del cristianismo: Poner a Dios a nuestro servicio (o al servicio de la Iglesia) para que se haga nuestra voluntad, y no la suya.

De ahí el crecimiento desmedido, en estos tiempos de postmodernidad y de vida "light", de una religiosidad difusa, sin verdadero compromiso ni disposición a cambiar de valores y de vida, que, como nos advierte el teólogo Pedro Trigo, se expresa fundamentalmente en la proliferación de todo tipo de devociones. Religiosidad que no nos mueve a cambiar de vida, sino a encontrar consuelo, fuerza, esperanza, para seguir en la vida que llevamos. Esta religiosidad de las devociones se propaga capilarmente, por contagio de devotos y encuentra en Internet un medio propicio de propagación rápida: El buzón de correo electrónico es invadido por cadenas de oraciones, por ofertas de soluciones milagrosas de los problemas, con ruegos de no romper la cadena y ofertas de beneficio si uno cumple con lo que se le pide y se convierte en un eslabón más de la cadena.

La religión se asume como una especie de transacción con Dios o con los santos: me porto bien, prendo una vela, doy limosna, me sacrifico... y así compro su voluntad, me conceden los favores que les pido, resuelvo mis problemas, me ayudan a sentirme bien. La religiosidad se vive como una experiencia gratificante, proporciona un refugio para huir del sinsentido y la banalidad de nuestro mundo. Uno no se pregunta si se ha encontrado con el Dios verdadero, ni qué exige ese encuentro, sino si lo que hago me estimula, me alivia, me anima. Es, en definitiva, una utilización de la religión en mi provecho o beneficio. Más que dispo-

nerme a cumplir la voluntad de Dios, espero y suplico que Dios cumpla la mía.

Crisis de las principales instituciones socializadoras

Los jóvenes no viven aislados de la sociedad en que vivimos; más bien son producto de ella. Todos somos o hemos sido jóvenes. Intentar comprender a los jóvenes es intentar comprendernos, lo que fuimos, lo que seríamos si hubiéramos nacido unas décadas más tarde. Pero debemos evitar el peligro de mirar a los jóvenes desde nuestro pasado joven, desde el joven que fuimos antes de la revolución electrónica que muy pocos adultos logramos comprender y asimilar, y antes del colapso de las principales instituciones socializadoras, que en nuestra juventud (me estoy refiriendo a los que ya hemos acumulado un exceso de juventud), aparecían como sólidas y firmes. También debemos evitar la tentación de homogeneizar a la juventud, sin tomar en consideración sus diferencias y enorme diversidad, pues si bien podemos hablar de una cultura juvenil, es evidente que cada joven es único y diferente a los demás. En definitiva, los jóvenes son en gran parte hechura nuestra, fruto de la cultura imperante, mayormente creada por los adultos.

Si nos acercamos sin prejuicios a la cultura juvenil, entenderemos que muchos de los rasgos que nos desconciertan son un medio de enfrentar la grave crisis de la sociedad, de sobrevivir en ella. Si los que ya hemos celebrado un número considerable de cumpleaños comprobamos día a día que no es fácil vivir hoy con autenticidad y dignidad la propia vida, podremos imaginar que ser joven debe ser todavía mucho más difícil.

Si tradicionalmente, y como ya dijimos más arriba,

se ha considerado a la familia como el eje de integración del individuo a la sociedad, hoy está en grave crisis la clásica familia patriarcal, en la que el padre era el que trabajaba y traía el dinero, y la madre se quedaba cuidando a los hijos en la casa. Hoy es cada vez más común y frecuente que trabajen los dos, y los hijos crecen más solos que nunca, tal vez con celulares desde que aprenden a hablar, pero sin verdadera comunicación con sus padres y casi sin amigos con quienes jugar pues la inseguridad nos ha robado a todos las calles, los parques, los sitios de esparcimiento y diversión. Por otra parte, cada vez son más frecuentes las rupturas o la desintegración familiar, y los jóvenes crecen en un ambiente de gran precariedad afectiva, con padres ausentes (física o afectivamente) y con frecuencia, que han perdido por completo su autoridad y el control social. La pobreza, miseria, insalubridad e inseguridad en que muchos se levantan agudiza la sensación de soledad y de abandono, favorece un ambiente de confusión, e impide el discernimiento moral, de lo que es correcto o incorrecto, de lo que es legal o legítimo. Muchos presencian actos violentos en el hogar y hasta sufren de abusos físicos o sexuales, que les lleva a considerar la violencia como un medio aceptable para resolver los problemas.

La ausencia de la familia la está llenando el televisor y los medios electrónicos. Los niños y jóvenes de hoy crecen solos frente al televisor y los aparatos electrónicos que es en realidad quien termina educándolos. La televisión en especial se ha apropiado del tiempo de jóvenes y niños, que cada vez menos, sobre todo ante la seguridad de la calle, se dedican a actividades lúdicas y recreativas. La televisión se ha convertido en el centro fundamental de socialización, sobre todo de los jóvenes pobres, no sólo por el tiempo que le dedican (el doble de horas del que pasan en la escuela), sino también por el proceso de homogeneización

cultural basado en el consumismo y la violencia.

Los medios, en especial la tv, contribuyen a conductas delictivas en los jóvenes sobre todo por el consumismo desenfrenado que provocan y por el contenido violento del discurso. Todo lo cual se refuerza, como ya señalamos antes, por la gran ausencia de moral, por el relativismo ético que impera en nuestros días, donde el fin justifica los medios y cada uno decide lo que es bueno y lo que es malo, lo que se puede hacer y lo que no. La contradicción entre ofertas y posibilidades de adquirir lo que promocionan lleva a adquirir por métodos ilícitos lo que nunca podrían adquirir por los lícitos. De la conciencia de carencia y de necesidades no satisfechas se pasa a la violencia, la furia, el odio.

La televisión banaliza la violencia y crea adicción a ella. Violencia en las películas, en los noticieros, en las comiquitas y juegos electrónicos. Numerosos estudios demuestran relación entre la violencia de los medios, en especial la tv y las formas de conducta conflictivas y agresivas de los jóvenes. La tv. crea una mitología de la guerra, de lo espectacular, de superhéroes, de la vida violenta; de este modo recrea el ideal machista, la identificación con el "duro", el "que todo lo puede", y se incentiva la emoción por prácticas arriesgadas y fuertes. Identificación no sólo con los personajes como "fuerza agresiva", sino con sus símbolos: armas, vestidos, corte de cabello, lenguaje...En palabras de Bourdieu, los medios incorporan la violencia como algo "natural" en la conducta de las personas.

Junto a todo esto, los medios cultivan la inmadurez y el infantilismo. Según Neil Postman, con la televisión ha surgido una cultura que hace desaparecer la infancia. Antes, los niños no tenían acceso a cierta información adulta relacionada con el sexo, la violencia, el po-

der, la competencia, la muerte... Hoy la televisión no oculta nada a los niños. La televisión levanta el velo que ocultaba los secretos que separaban la niñez de la adultez.. Es la misma idea que enfatiza con fuerza Meyrowitz²⁷: "Lo que hay de verdaderamente revolucionario en la televisión es que ella permite a los más jóvenes estar presentes en las interacciones de los adultos (...) Es como si la sociedad entera se hubiera tomado la decisión de autorizar a los niños a asistir a las guerras, a los entierros, a los juegos de seducción eróticos, a los interludios sexuales, a las intrigas criminales. La pequeña pantalla les expone a los temas y comportamientos que los adultos se esforzaron por ocultarles durante siglos".

Mientras la historia sigue contando unas bellísimas historias tanto de los padres de la patria como de los del hogar –héroes abnegados y honestos- la televisión expone cotidianamente a los niños a la hipocresía y la mentira, al chantaje y la violencia que entreteje la vida cotidiana de los adultos. Resulta bien significativo que mientras los niños siguen gustando de libros para niños, prefieren sin embargo –algunas encuestas hablan del 70% o más- los programas de televisión para adultos. Pero la cultura actual, que convierte en adultos a los niños, infantiliza a los adultos. En palabras de Bruckner, "la nueva meta de la sociedad actual es no llegar nunca a ser adulto". El niño se convierte en nuestro nuevo ídolo, una especie de pequeño dios doméstico, al que todo le está permitido. El nuevo lema de la actual cultura parece ser: "Exige todo, no renuncies a nada, echa siempre la culpa a otro de lo que te pasa". Es una cultura que defiende la libertad sin responsabilidad, que evade el esfuerzo, la exigencia,

27 Meyrowitz, **No sense of place**. University of New Hampshire, 19997, p. 447.

el cultivo de la voluntad. Cultura que invita a la inmadurez permanente.

No podemos ignorar que los jóvenes tienen una gran empatía con la cultura tecnológica que se expresa en una gran facilidad para entrar y manejarse en la complejidad de las redes informáticas, para aprender los lenguajes del vídeo y del computador. Y es precisamente en sus relatos e imágenes, en sus sonoridades, fragmentaciones y velocidades que los jóvenes encuentran su ritmo y su idioma. Se trata de una experiencia cultural nueva, o de, en expresión de Benjamín, un **sensorium** nuevo, unos nuevos modos de percibir y de sentir, de oír y de ver, que en muchos aspectos choca y rompe con el **sensorium** de los adultos. Un buen campo de experimentación de estos cambios y de su capacidad de distanciar a la gente joven de sus propios padres se halla en la velocidad y la sonoridad. No sólo en la velocidad de los carros y motos, sino en la de las imágenes, en la velocidad del discurso televisivo, especialmente en la publicidad y los videoclips, y en la velocidad de los relatos audiovisuales. Y lo mismo sucede con la sonoridad, con la manera como los jóvenes se mueven entre las nuevas sonoridades: esas nuevas articulaciones sonoras que para la mayoría de los adultos marcan la frontera entre la música y el ruido, mientras para los jóvenes es allí donde empieza su experiencia musical. La programación televisiva se halla, además, fuertemente marcada por la discontinuidad que introduce la permanente fragmentación –cuyos modelos en términos estéticos y de rentabilidad se hallan en el videoclip publicitario y el musical– y por la fluida mezcla que posibilita el zapping, el control remoto, al televidente, especialmente al televidente joven ante la frecuente mirada molesta del adulto, para armar “su programa” con fragmentos o “restos” de deportes, noticieros, concursos, concier-

tos, películas...

Los jóvenes tienden a vivir en un mundo imaginario y virtual (videojuegos e Internet) sin mucho contacto con la realidad que les deprime. Los medios tecnológicos están sustituyendo el encuentro personal por encuentros virtuales y convierten el espacio doméstico en el más amplio territorio virtual: aquel al que, como afirma certeramente Virilo, "todo llega sin que haya que partir". Estamos ante nuevos modos de estar juntos. Los ingenieros de lo urbano ya no están interesados en cuerpos reunidos sino en cuerpos interconectados. Ya no necesitamos salir de la casa para reunirnos y conversar, para enamorarnos e incluso hacer el amor. De hecho, los jóvenes crecen en una sociedad supererotizada de fuerte exhibicionismo sexual donde impera la pornografía y la reducción de lo erótico a mera genitalidad, que condiciona fuertemente el surgimiento de una sexualidad madura y responsable. Por ello, muchos jóvenes viven una vida afectiva y sexual fragmentada y tienen serias dificultades para asumir compromisos definitivos y para abrirse a una relación de encuentro profundo con el otro, lo que contribuye a ahondar cada vez más la crisis de la familia, lo que subraya la necesidad de aprender a amar para ser creadores de relaciones y de vida...

A esta soledad comunicativa en la que uno vive conectado pero sin verdadera presencia, donde uno busca desesperadamente una información y sólo logra comunicarse con una máquina, la ciudad añade hoy la expansión del anonimato del no-lugar: ese espacio –centros comerciales, autopistas, aeropuertos– en que los individuos son liberados de toda carga de identidad interpeladora y exigidos únicamente de interacción con informaciones o textos. En el supermercado usted puede hacer todas sus compras sin tener que identificarse, sin hablar con, sin ser interpelado

por nadie. Mientras las viejas carreteras atravesaban las poblaciones convirtiéndose en calles, contagiando al viajero del "aire del lugar", de sus colores y sus ritmos, la autopista, bordeando los centros urbanos, sólo se asoma a ellos a través de los textos de las vallas que "hablan" de los productos del lugar y de sus sitios de interés. No es de extrañar entonces que los nuevos tipos de organización se constituyan como comunidades virtuales o como **tribus urbanas** que responden a intereses intelectuales, gustos musicales o sexuales, estilos de vida, prácticas religiosas, de sobrevivencia.

En cuanto a los centros educativos, el segundo lugar por excelencia de socialización, siguen por lo general demasiado encerrados en sí mismos, preocupados sobre todo por cuestiones académicas y escolares, cada vez más alejados del mundo de los jóvenes y de sus verdaderas inquietudes y preocupaciones. El sistema educativo está desvinculado de las necesidades de los jóvenes lo que les lleva a la desmotivación y con frecuencia a la deserción. Los jóvenes, sobre todo los jóvenes de las clases populares, experimentan el trabajo escolar como una actividad tediosa. Por ello se concentran en vivir con intensidad su tiempo extraescolar. Esto nos plantea a los educadores la urgente necesidad de incorporar la cultura juvenil con sus intereses, gustos, opiniones, necesidades..., en la cultura escolar. Necesidad de ver el mundo de los jóvenes con sus ojos, no desde nuestros prejuicios.

La educación está resultando incapaz de entender a los jóvenes, y lo peor del caso es que ni lo intenta. Los jóvenes forman una cultura juvenil, en torno a sus intereses, gustos y necesidades, que no suele ser reconocida por la institución escolar. Así, en un mismo espacio, conviven dos culturas, por una parte la cultura escolar dominante, que no toma en cuenta

y niega en su discurso y en su práctica al joven como tal, y lo parcela sólo en su rol de alumno; y por otra parte la cultura juvenil que se forma como una manera de resistir a los intentos de homogeneización desde el poder. Por lo general, el conocimiento escolar se transmite sin vincularlo a lo afectivo y social. Al ser considerados exclusivamente como estudiantes, la conducta de los jóvenes suele oscilar entre el cumplimiento acrítico del rol asignado y la salida o fuga del mismo. En ambos casos no se logra canalizar una acción y opinión joven que replantee y enriquezca la dinámica escolar existente.

La maquinaria escolar fomenta el fracaso y la salida del sistema precisamente de los que más educación necesitan. Entonces, para desafiar a una escuela que sienten aburrida y cada vez más lejana de su mundo, una escuela que subraya sobre todo sus deficiencias y no logra entusiasmarlos ni motivarlos, se necesita recurrir a actividades antisociales. Hay una diversión en las peleas, en hablar continuamente de ellas, en la intimidación a otros, más riesgosa y atractiva si son profesores, o autoridades.

El fracaso en la escuela puede llegar a convertirse en un fracaso personal. La escuela al segregar y marginar a los que no se adaptan a ella, genera y potencia la inadaptación personal y social. Si bien no podemos emparejar siempre fracaso escolar con inadaptación social, sí es evidente que en todos los casos de inadaptación la escuela fracasó como institución de remedio o como institución que debe procurar la socialización.

Las características más destacadas de estos adolescentes inadaptados son: la inmadurez y la inseguridad. La inmadurez les lleva a la permanente oposición y a la conciencia de víctima que les evita la culpabilización. El tiempo les llevará a pasar de víctimas a

agresores; es decir, de la inadaptación subjetiva a la objetiva. Una segunda característica de la inmadurez es la ausencia de historia personal, el vacío de sí mismos. Este les lleva a vivir lo inmediato, a depender de estímulos presentes y a carecer de perspectivas de futuro. En esta situación, carecen de imagen coherente de sí mismos y tienden a identificarse, por efecto de la imagen que se proyecta de ellos, con modelos antisociales. Otras características son su comportamiento contradictorio, y la búsqueda desesperada de prestigio que aliente un sentimiento falso de superioridad.

La inseguridad se manifiesta en el descontrol del comportamiento que se expresa con frecuencia en reacciones desproporcionadas, en la desvinculación del entorno, falta de interés y gran desapego. Esta desvinculación se manifiesta como indiferencia, destructividad, fatalismo, dureza emocional, egocentrismo. Consideran las normas como medios de sumisión y quieren sobresalir mostrando una actitud rebelde, transgrediendo las normas.

El inadaptado encuentra en la calle su medio: son los hijos de la calle. Pero al tiempo que el único lugar que les queda y "lugar de máximas satisfacciones", es a la vez, el lugar donde se labra su ruina. Si ya fracasó en la escuela, vuelve a fracasar en la calle donde existe un vacío educativo casi total (Remírez 1987, 85).

No todos los alumnos rechazan la escuela. La mayoría termina aceptando sus reglas y rinde el mínimo para poder ser aceptados por ella. Como la escuela es obligatoria, aunque no les guste, la soportan todo lo que pueden. La perciben como violenta, represora, castigadora, anclada en el pasado. La desmotivación generalizada, incluso de aquellos alumnos que la soportan y tratan de adaptarse a ella, surge también por la carencia de utilidad y atractivo vital de los con-

tenidos y tareas escolares, por la falta de adaptación al alumno y sus intereses, así como por la falta de recursos y ayudas personalizadas en el proceso de aprendizaje.

Estas escuelas tan lejanas al mundo juvenil están también muy desarticuladas y disociadas de las otras dos instancias socializadoras: la familia y la nueva cultura tecnológica. Siempre será poco lo que podamos insistir en la necesidad que tienen los padres de recuperar su papel de primeros y principales educadores de sus hijos (de no hacerlo, posiblemente contribuirán a su deseducación). Junto a esto, padres y maestros deben hacer grandes esfuerzos por reencontrarse y por plantearse juntos cuáles son los valores que quieren para sus hijos, lo que les va a exigir sembrar y vivir esos valores en su propia conducta y en la vivencia cotidiana tanto del hogar como del centro educativo. Por otra parte, si en verdad quieren comprender y ayudar a los jóvenes, es muy urgente que asuman crítica y creativamente la nueva cultura tecnológica en la que se mueven con tanta seguridad los jóvenes.

Los centros educativos ya no son el único lugar de legitimación del saber, pues hay una enorme multiplicidad de saberes que circulan por otros canales y no le piden permiso a la escuela para expandirse socialmente. Esta diversificación y difusión del saber, por fuera de la escuela, es uno de los retos más fuertes que el mundo de la comunicación le plantea al sistema educativo. Frente al maestro que recita su vieja lección, hoy se sienta un alumno que por ósmosis con el medioambiente comunicativo se halla "empapado" de otros lenguajes, saberes y escrituras que circulan por la sociedad. Saberes, por lo general, fragmentados, que sin embargo no impiden a los jóvenes tener con frecuencia un conocimiento más actualizado en física o en geografía que su propio profesor. Esta realidad

está acarreado en la escuela no una apertura a esos nuevos saberes sino un fortalecimiento del autoritarismo, como reacción a la pérdida de autoridad que sufre el maestro, y la descalificación de los jóvenes como cada día más frívolos e irrespetuosos con el sistema del saber escolar.

Y sin embargo, lo que nuestras sociedades están reclamando al sistema educativo es que sea capaz de formar personas auténticas y ciudadanos con visión de futuro, esto es con verdaderas competencias para convivir con los otros en un mundo diverso y para responder con eficiencia a las exigencias de la productividad. Construir ciudadanos significa que la educación tiene que enseñar a leer ciudadanamente el mundo, es decir, tiene que ayudar a crear en los jóvenes una mentalidad crítica, cuestionadora y superadora de la inercia en que vive la gente, y del acondicionamiento en la riqueza y de la resignación en la pobreza, la inseguridad o la violencia.

Es mucho lo que queda por movilizar desde la educación para renovar la cultura política, de manera que la sociedad no busque salvadores, sino genere sociabilidades para convivir, concertar, respetar las reglas del juego ciudadano, desde las del tráfico hasta las del pago de la luz o los impuestos. Y para ello necesitamos una escuela en la que aprender a leer signifique aprender a distinguir, a discriminar, a valorar y escoger dónde y cómo se fortalecen los prejuicios o se renuevan las concepciones que tenemos de la política y de la familia, de la cultura y de la sexualidad. Necesitamos una educación que no deje a los ciudadanos inermes frente a las poderosas estrategias de que hoy disponen los medios masivos para camuflar sus intereses y disfrazarlos de la opinión pública.

De ahí la importancia estratégica que cobra hoy

una escuela capaz de un uso creativo y crítico de los medios audiovisuales y las tecnologías informáticas. O la escuela se apropia creativamente de las nuevas tecnologías o contribuye a reforzar la división social y la exclusión cultural y política. Para ello debemos sustituir el lamento moralista por un proyecto profundamente ético, el del fortalecimiento del sujeto histórico

Desafíos a la educación

El mundo de los jóvenes presenta grandes desafíos a la educación, y en particular a la educación católica. ¿Qué sentido puede tener una educación que no está dispuesta a escuchar y dialogar profundamente con los jóvenes? ¿Es acaso posible educar desde el acaparamiento de la palabra y la verdad? Los jóvenes quieren ser reconocidos en su individualidad: ¿qué sentido tiene una educación que no acompaña procesos de individuación, ni ayuda al proceso de integración personal en la fragmentación de la persona que provoca la actual cultura? En un mundo de incertidumbre, ¿qué sentido tiene un autoritarismo que impone por la fuerza sus verdades? En un mundo globalizado y abierto a todos y al futuro planetario, ¿qué sentido tiene una escuela encerrada en sí misma, anclada en el pasado, que exige conocimientos anquilosados, muertos, sin impacto con la vida? En un mundo cambiante, ¿qué sentido tiene una educación inflexible? En un mundo de culturas híbridas y carcomido por problemas tan graves como el terrorismo, la contaminación ambiental, la miseria, ¿qué sentido tiene una educación cuyas preocupaciones esenciales parecen ser el corte del cabello de los alumnos, si llevan o no la franela por dentro, o si usan aritos?

Necesitamos con urgencia una educación que se

anime a tender puentes con la juventud. Una educación construida desde el diálogo generacional sincero que dé pie a nuevas propuestas. Para ello, es necesario empezar por cambiar la mirada y aprender a mirar a los jóvenes con los ojos del corazón, para ya no verlos desde nuestros prejuicios y visiones subjetivas y parcializadas; para valorar sus riquezas, para más que juzgar, intentemos comprenderlos con sus expresiones, su estilo de vida, su aparente indolencia o agresión. Detrás de ciertas conductas violentas de muchos jóvenes se esconde un grito de atención: "¡Escúchame, por favor!" Los jóvenes tienen una enorme necesidad de ser escuchados y atendidos. Y algunos la única forma que aprendieron para lograrlo es a través del maltrato, de la agresión.

Si los miramos con los ojos del corazón seremos capaces de aprovechar positivamente sus ansias de libertad, aprenderemos a relativizar muchos de los valores tradicionales, entenderemos su desconfianza en tantas instituciones que han asfixiado las vidas de las personas y que los jóvenes sólo valoran en cuanto sirven a mejorar la calidad de los encuentros. Veremos que la rebeldía o incluso aparente apatía de muchos jóvenes es un modo de expresar su rechazo a un mundo deshumano y destructor, y a una política que oculta en la retórica de las palabras huecas sus ambiciones personalistas y una búsqueda enfermiza del poder. Entenderemos que los jóvenes tienen una gran sensibilidad ecológica, son capaces de ser generosos y solidarios y comprometerse con causas que los movilizan, aunque posiblemente sin amarrarse a obligaciones permanentes. Que tienden al igualitarismo y la tolerancia ante la diversidad; y dan un alto valor a la amistad. Tienen un sentido lúdico y festivo y necesitan celebrar hasta la madrugada, lo que les ayuda a sentir que existen y a diferenciarse de los adultos. En los jóvenes hay una búsqueda de

autenticidad y mayor libertad, de cuestionar y ahondar en la fidelidad a sí mismos; por ello, les impactan fuertemente los adultos coherentes y comprometidos. La centralidad de la persona les lleva a rechazar toda forma de ideologización que sacrifique la persona en función de las ideas. Son conscientes de sus propios límites lo que les ayuda a reconocer lo que deben recibir del otro.

Si los miramos con los ojos del corazón, ya no seguiremos repitiendo que adolescente viene de adolecer, que le falta crecer, madurar, carecer...Es verdad que los jóvenes están en una etapa de maduración, de crecimiento, de cambio, pero en realidad la palabra adolescencia viene del término latino "adulescentiam", que significa "hacia arriba". Ser joven es ir hacia arriba, y la educación les tiene que llevar a ello. Enseñarles a levantarse de su trivialidad y a buscar la verdad, la verdad de su sentido de vida, para poder emprender el vuelo de su libertad. Y si bien es cierto que, como dijo Jesús, la "verdad les hará libres", no es menos cierto que sólo los libres, los que no están atados a prejuicios, miedos, pasiones, ansias de tener o de poder, podrán ser verdaderos...La libertad es autodominio. Los libres son dueños de sí mismos, piensan por sí mismos, deciden por sí mismos, son leales a la verdad. Muchos jóvenes piensan que permanecen libres al no comprometerse y mientras actúan así terminan por rechazar la libertad, porque es precisamente al comprometerse cuando se descubren libres. Libres de sus ataduras y miedos, de la publicidad y de las modas, de todo aquello que les impide ser ellos mismos y asumir con determinación el proyecto de sus propias vidas para alcanzar la plenitud.

Todos somos proyecto de compañía, de donación, de amor. La vida es lucha, enfrentamiento a sí mismo, superación. Madurar es asumir responsabilidades. La

soledad y la tristeza se evitan cuando hay un tú. Debemos enseñar a los jóvenes a dejar de estar ensimismados y pasar a estar entusiasmados, abiertos al servicio. Tener una meta, un ideal da fuerzas, es fuente de esperanza. Lo importante no es estar bien, sino hacer el bien, y eso nos lleva a sentirnos mejor. Es tiempo de ideales y de lucha. El triunfo es de los que perseveran. La vida puede ser una aventura emocionante.

La necesidad de repensar la educación católica. Seguir a Jesús, un camino a la plenitud

La educación está en crisis y también lo está la educación católica. La crisis general del sistema educativo y el colapso de la mayor parte de las escuelas oficiales contribuye a ocultar la pobre realidad de gran parte de los centros educativos católicos. Ellos al menos funcionan y siguen siendo un refugio todavía confiable donde enviar a los hijos. Por lo general, aunque carecen de verdadera garra pedagógica y siguen atrapados en prácticas transmisivas y bancarias, todavía preparan mejor para ingresar a la universidad o para acceder a un puesto de trabajo, lo que de ningún modo implica que preparan también para ser mejores personas y buenos cristianos como proclaman todos los idearios y recitan todas las misiones y visiones de sus cartas de identidad y sus proyectos educativos. De hecho, gran parte de los centros educativos católicos sufren hoy de una gravísima crisis de credibilidad como colegios cristianos. Han hecho grandes esfuerzos por implementar las innovaciones tecnológicas y ciertamente se han preocupado por la formación continua y la profesionalización de sus docentes, pero, por lo general, tienen serias dificultades para traducir esa formación en nuevas relaciones y estructuras, o en creatividad pedagógica. Por lo general, siguen aferrados a la tra-

dición y sin verdadero liderazgo para señalar los rumbos de la educación necesaria ni para constituirse en referentes de la nueva sociedad que se pretende.

Muchas son las razones que pueden aducirse para entender esta situación. Pero creo que el mayor problema radica en que no nos hemos planteado con suficiente seriedad y creatividad el responder la pregunta, en estos tiempos de postmodernidad y también de postcristiandad, de cómo presentar la fe de una manera vital, como fuente de vida, de modo que suponga una verdadera conversión que se traduzca en un cambio radical de vida, según la propuesta de Jesús.

Pareciera que la mayor parte de los centros educativos católicos presuponen que los alumnos y sus familias tienen fe, son de hecho cristianos, y en consecuencia, se orientan a alimentar esa fe con cierta formación religiosa y la práctica de los sacramentos, pero no ayudan a los jóvenes y sus familias a replantearse la fe como opción personal, más que como tradición cultural, que les lleve a "gritar el evangelio con sus vidas", a ser testigos hoy de Jesús y su propuesta de conversión, de cambio radical de valores, de revolución profunda del corazón. Las carteleras pueden estar llenas de rostros de Jesús, de la Virgen o de algunos santos, con citas piadosas, y en las clases de religión o pastoral se enseña la doctrina cristiana, pero Jesús sigue siendo hoy un gran desconocido, y los valores evangélicos no han penetrado ni están sembrados en el currículo, en la pedagogía, en las relaciones y trato, en el ejercicio de la autoridad y el poder, en las normas y reglamentos, en las evaluaciones.

Un centro con estructuras jerárquicas y relaciones autoritarias, que excluye a los alumnos más problemáticos o necesitados, que fomenta el individualismo y la excelencia académica sin preocuparse por la

excelencia humana y cristiana, que en su currículo oculto fomenta el consumismo, las apariencias, la segregación y la discriminación, que no tolera la diversidad y las diferencias, que celebra con ostentación las graduaciones y fiestas..., no es ciertamente un centro cristiano, aunque en él se rece todos los días el rosario y se exija aprobar la materia de religión para continuar en él.

Ciertamente, es urgente que nos hagamos todos con la debida seriedad y profundidad la pregunta de qué significa que un centro educativo es hoy realmente católico. Todo centro educativo católico oferta y la concreta en su Carácter Propio y Proyecto Educativo "una formación integral a partir de la **concepción cristiana** o evangélica de la persona". Al objetivo general y común de toda educación de hacer buenas personas y buenos ciudadanos, la educación católica añade "**buenos cristianos**". Se trata, en definitiva, de incorporar al hoy tan trillado concepto de calidad, el que sean **cristianos de calidad**.

El cristiano se define como un seguidor de Jesús. De ahí que los que nos llamamos o consideramos cristianos debemos comenzar por preguntarnos - y ayudar a preguntarse- con radicalidad y sin miedos, quién es Jesús para nosotros, qué significa seguir a Jesús hoy, en este mundo tan desquiciado y en este nuestro país tan roto y tan polarizado. Si no lo hacemos, podría pasarnos como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13 y ss.), que no lo reconocían a pesar de que caminaba a su lado. Ellos añoraban al Jesús de sus sueños e imaginaciones, al Jesús Mesías glorioso de sus fantasías, al Jesús del que podrían aprovecharse para medrar en este mundo; no al Jesús real, al Jesús verdaderamente vivo que, porque había sido capaz de asumir su misión de hijo y de hermano con total radicalidad y entereza, había triunfado de la muerte.

Tal vez también nosotros no estemos reconociendo ni siguiendo al Jesús verdadero porque seguimos empeñados en seguir al Jesús heredado de la fe familiar, un Jesús cómodo y sin verdaderas exigencias, que tiene que ver con ciertas prácticas, devociones y rezos, pero que no toca la entraña de nuestra vida.

Seguir a Jesús es proseguir su misión en la edificación de un mundo nuevo y en la construcción de la fraternidad. Hoy se define más claramente lo que es ser cristiano con un estilo de vida que con unas prácticas piadosas. Más con una persona de vida interior, de espíritu fuerte, que con una persona que acude a muchos actos religiosos. Más con la identificación de los valores evangélicos que con el "cumplimiento" de unas normas. Más con una búsqueda sincera de la verdad que con la aceptación ciega de cualquier afirmación que venga de la jerarquía. Más con el ejercicio de la solidaridad, del servicio, o la práctica del compartir, que con la recepción frecuente de los sacramentos. Más ciertamente con un hombre o una mujer buenos, eso que llamamos hombres o mujeres de Dios, que con alguien que oculta tras su vida de piedad, por muy grande que sea, un comportamiento poco amable y cariñoso con los que le rodean.

Podría ser que nos consideremos seguidores de Jesús, pero vayamos por otros caminos distintos a los de Él, caminos que no conducen a la vida, a llenar la vida de sentido, sino que conducen a la muerte, a botar o malgastar la vida. Hoy se nos proponen muchos caminos para encontrar la plenitud, caminos atractivos, llenos de luces, de destellos multicolores, de promesas seductoras, pero que no llevan al futuro nuevo, a sacudir la servidumbre del esclavo. Puede ser que nos suceda como a los apóstoles, que se empeñaban en impedir que Jesús subiera a Jerusalén para cumplir su misión de ser leal y coherente hasta la muerte pues,

más que seguir a Jesús, querían que Jesús les siguiera a ellos, es decir, querían aprovecharse de él.

Para saber si vamos por el camino correcto, debemos preguntarnos con quién estamos caminando y cómo es nuestro caminar. Si caminamos con los fuertes y triunfadores, con los que avanzan a grandes pasos atropellando a los demás, ciertamente no vamos tras las huellas de Jesús. El camino de Jesús es un camino contracorriente, un caminar que es locura para los sabios del mundo y escándalo para la gente religiosa. Es un caminar que, para los ojos del mundo, conduce a perder la vida, a malgastarla. Es un caminar colectivo, al ritmo de los más débiles y necesitados, que crea comunidad y conduce a la libertad. Un caminar que se detiene (es decir, está dispuesto a "perder su tiempo") o da un giro para curar al herido del camino, al que se quedó sin fuerzas, al que ha perdido la ilusión o la esperanza, al que desfalleció de hambre o de dolor, al que no ve porque está ciego o cegado por los resplandores de la vida falsa, al paralítico incapaz de caminar, de levantarse de una vida cómoda y sin horizontes para acudir al encuentro con el hermano.

En nuestra educación católica tal vez no falten palabras, pero falta fe vital, testimonio, comunicación de experiencia, contagio de algo vivido de manera honda y entrañable. Necesitamos fe en los jóvenes y propuestas osadas que les den fe en la vida. No les transmitimos convicciones fuertes. Hoy más que nunca, los jóvenes necesitan testimonios, palabras auténticas que sean refrendadas por la vida. No podemos aceptar que la fe se relegue al campo de lo privado, como si no tuviera ninguna repercusión en la vida y en la sociedad. La fe es fuente de vida. Creer es el mejor estímulo para luchar, trabajar y vivir de una manera responsable, digna y plena. Creer es descubrir a Alguien que nos hace vivir y nos mueve a vivir para los

demás, a entregar la vida.

El gran reto hoy es irnos configurando como colegios verdaderamente evangélicos, levadura en la masa de la educación. Los centros educativos católicos deben entenderse y asumirse como verdaderas comunidades de aprendizaje y vida. De ahí que el modo de organización y de comunicación, de ejercer la autoridad y el poder, la forma en que se tratan los diferentes miembros de la comunidad educativa, el respeto a la diversidad y las diferencias, la responsabilidad y el compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones, la defensa de los derechos de los más débiles, la solidaridad y discriminación positiva que se practica en todos los recintos y tiempos escolares que privilegia a los menos favorecidos y estimula la pedagogía del amor y la alegría, la manera como se resuelven los problemas y se enfrentan los conflictos (la calidad de un centro educativo no se determina por si tiene o no conflictos, sino por el modo de resolverlos), los modos de celebración, trabajo y producción..., deben pensarse y estructurarse desde los valores evangélicos. Se trata, en definitiva, de transformar profundamente nuestros centros educativos para que se conviertan en semillas y también microcosmos de la nueva sociedad que pretendemos, del reino que proclamamos y buscamos.

Es imprescindible que los alumnos perciban en el centro educativo los valores que les decimos van a hacer más plenas sus vidas y ayudarles a ser más felices. En consecuencia, es imprescindible que nos vean motivados y felices en la vivencia de lo que proclamamos, que puedan ver en sus padres y educadores fervientes y entusiastas seguidores de Jesús. Es por ello, urgente que los que nos consideramos cristianos recuperemos el talante festivo de nuestra fe, que nuestro modo de vida produzca admiración y

atracción, ganas de imitarnos. En este mundo de tantas noticias y tan malas, los cristianos tenemos una Buena Noticia. Pero sólo si los demás experimentan que la Buena Noticia es en verdad Buena Noticia para los que la proclamamos seremos creíbles.

5.- Enseñar el amor: reto principal de padres y educadores

Si el amor, según Jesús y según nuestra propia experiencia, es el medio para alcanzar la plenitud y la felicidad, toda verdadera educación debe orientarse a enseñar a amar, a elegir el amor como proyecto de vida. Si no fundamentamos la vida en el amor, la perdemos. Por ello, padres y educadores deben trabajar juntos para lograr que sus hijos y alumnos se quieran y puedan de ese modo querer a los demás, salir de la vaciedad y el egoísmo, vivir amando, enamorados de la vida. Esto va a suponer que se propongan, como decíamos más arriba, como su tarea primordial la alfabetización emocional, el cultivo del corazón.

Nos dieron la vida, una vida maravillosa, pues todos somos únicos e irrepetibles, hechos a imagen de Dios y queridos infinitamente por Él; pero no nos dieron la vida hecha. Los seres humanos somos los únicos que podemos elegir cómo ser. Nuestro porvenir es por-hacer. Los animales, en cierto sentido, tienen su destino marcado en su código genético: un perro no puede plantearse cómo ser mejor perro, una abeja no puede decidir hacer la colmena de otra forma, ni una hormiga tiene libertad para trabajar o ser floja, para quedarse tranquila en el hormiguero, mientras las demás salen

a buscar la comida. En cambio, los seres humanos somos libres para decidir lo que queremos ser. Podemos hacer de la vida una rutina aburrida de días sin sentido, podemos elegir vivir destrozando la vida de los demás o elegir vivir dando vida, hacer de nuestras vidas una semilla de vida. Uno puede en su familia ser un tirano, un manipulador, un mandón, o un creador de alegría; puede ser distante con los vecinos o puede ser cercano y cariñoso; puede despreciar a los que recogen la basura o barren las calles o tratarlos con especial cariño y brindarles un café; puede montarse en sus títulos para encumbrarse sobre los demás, o utilizarlos como peñaños para bajar al encuentro del más débil y poderle brindar la ayuda que necesita.

Esta es la grandeza y el riesgo de la libertad humana: por eso los seres humanos hemos sido capaces de inventar los aparatos de tortura, los campos de concentración, las armas de exterminio..., pero también hemos inventado las medicinas, los aparatos musicales, los templos. En la historia han convivido y conviven los santos con los asesinos, los que utilizan su poder para servirse de él y los que lo utilizan para servir a los demás.

Hoy se ha puesto de moda la planificación estratégica. Empresas e instituciones de todo tipo exhiben su Misión y su Visión, sus objetivos estratégicos y operativos. Pero muy pocas personas se plantean elaborar su proyecto de vida, determinar cuál es su misión y su visión, cuáles son sus metas, sus valores no negociables, sus posibilidades, cualidades y defectos, a qué dedican sus esfuerzos y energías, qué quieren hacer con su vida, cómo se conciben una persona realizada y feliz:

"Tenía un doctorado en planificación por la Universidad de Harvard. Se la pasaba dictando conferencias

sobre planificación estratégica. Las empresas más importantes y las universidades de mayor prestigio se lo disputaban. Era especialista en la elaboración de proyectos productivos y dominaba como nadie las técnicas del FODA (Fortalezas-Oportunidades-Debilidades-Amenazas: ¿Cómo aprovechar esta oportunidad para convertir esta debilidad en fortaleza?, ¿cómo evitar esta amenaza?, ¿cómo...?). Las cuentas bancarias del Dr. Rodríguez engordaban día a día, pues cobraba a precio de oro sus asesorías y sus conferencias. La vida le sonreía, era un verdadero triunfador.

Una noche, llegó muy cansado a su habitación de hotel de cinco estrellas. El numeroso público de empresarios había aclamado su conferencia poniéndose de pie. Después, le habían invitado a una cena succulenta, donde todo el mundo se disputaba sus palabras. Algunas damas se esforzaron ostentosamente por impresionarlo con sus encantos. Se sentía agotado y un poco mareado por los numerosos whiskys de 18 años que había tomado. Cuando por fin logró dormirse tuvo una extraña pesadilla:

Había muerto y, a la entrada del cielo, un ángel hacía unas preguntas a los que iban llegando. Pronto averiguó de los que esperaban en la cola que las preguntas tenían que ver con la planificación y los proyectos. El hombre sonrió pensando que, si así eran las cosas, él tenía asegurado un lugar privilegiado en el cielo.

Cuando le llegó su turno, y lamentando mucho no haber podido traer su videobim, empezó a echarle al ángel su discurso preferido sobre planificación estratégica. Pero el ángel le cortó con cierta brusquedad:

-No, no, usted no ha comprendido nada. Yo le estoy preguntando por su proyecto de vida. La única plani-

ficación que aquí nos interesa es la planificación de sí mismos, conocer a qué dedicaron sus vida, a qué dirigieron sus esfuerzos y sus luchas, lucharon, cuál fue su misión, sus metas, sus valores no negociables.

El hombre se despertó sudando frío y decidió en adelante empezar a preocuparse por su proyecto de vida”²⁸.

La vida es siempre tarea y proyecto inacabado. Todos somos vocación de llegar a ser lo que podemos ser. Desgraciadamente, hoy muy pocos tienen el coraje suficiente para plantearse el sentido de su existencia, para salvar la vida de la superficialidad y la vaciedad, y para elegir el amor como proyecto de vida y como camino a la genuina felicidad:

Al morir su esposa con la que convivió toda su vida, un anciano de ya 90 años fue llevado a un asilo. Tras esperar un buen tiempo en la recepción, le indicaron que ya tenía el cuarto listo. Mientras esperaba el ascensor para llevarlo a su habitación, el empleado iba diciéndole cómo era.

-Me gusta mucho -le interrumpió el anciano con gran entusiasmo.

-¿Cómo puede decir eso si todavía no la ha visto? Espere un momento, que ya casi llegamos.

-Eso no tiene nada que ver -opinó el anciano-. La felicidad yo la elijo por adelantado. Si me gusta o no el cuarto no depende de su ubicación, del mobiliario o

28 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud.** San Pablo, Caracas, 2003, pág. 27-28

de la decoración, sino de cómo yo decido verlo. Ya yo decidí en mi mente que me gustaría el cuarto. Es una decisión que desde hace mucho tiempo yo tomo cada mañana. Yo puedo pasar mi día enumerando todas las dificultades que tengo en las partes de mi cuerpo que no funcionan bien, o puedo levantarme y dar gracias a Dios por aquellas partes que todavía trabajan bien. Cada día es un regalo, y mientras yo pueda abrir mis ojos, me enfocaré en el nuevo día, y todos los recuerdos felices que he construido en mi vida.

Se montaron en el ascensor y el anciano arrojó al empleado su mejor sonrisa a través del espejo:

-¡Cuánto sufrimiento se podría evitar en el mundo si sencillamente se le enseñara a las personas a elegir cada día el amor y la felicidad!

Adolescencia: el difícil paso de la niñez a la adultez

Ya insistimos más arriba en la necesidad de que los niños encuentren tanto en el hogar como en la escuela un clima de aceptación y cariño que los lleve a aceptarse y quererse, pues sólo así serán capaces de aceptar y querer a los demás. El amor es un éxodo permanente del yo, encerrado en sí mismo, hacia una liberación que se convierte en un don de sí a favor del otro. La superación de la infancia consiste precisamente en convertir la necesidad de amor en capacidad de amar. El niño poco a poco está en condiciones de salir de sí mismo y abrirse a los demás. Primero a los amigos, después a las personas de otro sexo, de las que comenzará a sentirse atraído con una fuerza insospechada. Es como si se sintiera invadido por otra persona, como si dentro de su corazón empezara a latir otro corazón. De ahí la necesidad de una educación

cercana, que los acompañe y guíe en esos tiempos turbulentos de la adolescencia.

La adolescencia suele ser una etapa difícil, más para los padres que para los propios adolescentes. Son momentos de grandes cambios en lo físico, social, psicológico, moral, familiar. El adolescente siente que ya no es niño y necesita demostrárselo y demostrarlo a los demás. Por ello, se enfada cuando se siente tratado como niño, y busca también distanciarse de los adultos, a los que ve como unos viejos insoportables y aburridos. Si como niño se esforzaba por complacer a sus padres y maestros y le proporcionaba una gran seguridad hacer lo que ellos le pedían; ahora busca su independencia y se rebela de toda imposición o incluso todo consejo.

El adolescente, que no se comprende a sí mismo, se siente incomprendido por los demás y maltratado. Puede pasar en escasos momentos de la euforia al llanto, del gozo al aburrimiento, del interés al fastidio, y tiende a aislarse de un mundo que no comprende ni acepta mediante la música, las fiestas, el alcohol, las drogas, el internet....Si ha crecido en un ambiente de meros mimos y caprichos, donde todo se le permitía y nada se le exigía, tenderá a ser un adolescente caprichoso, frívolo, inconstante, incapaz de la menor renuncia, violento incluso contra sus padres o profesores, cuando tratan de ponerle límites o no le conceden sus exigencias. De hecho, es creciente la preocupación en algunos países del incremento de la violencia de los hijos contra los padres y de los alumnos contra los profesores, y crece silvestre la violencia de las bandas juveniles.

Como el adolescente necesita autoafirmarse, buscará llamar la atención y para ello se esforzará por ser "el más" en algún aspecto: el más guapo, el más

grosero, el más gracioso, el más atrevido, el más violento, el que se peina de un modo más llamativo, el que tiene el celular más moderno, o los zapatos último modelo. Muy inseguro individualmente, buscará su seguridad en el grupo, en la pandilla, o en los objetos de marca o último modelo, que se esforzará por poseer antes que los demás, para sentirse más que ellos.

Es muy importante que los padres no pierdan la paciencia con sus hijos adolescentes, que, para poder comprenderlos, se esfuercen por ponerse en sus zapatos, y traten de ser muy comprensivos, sin que ello suponga, como dijimos antes, renunciar a su papel de guías, orientadores, primeros y principales educadores. Sólo así los hijos irán entendiendo que la vida es lucha, enfrentamiento a sí mismo, superación. Madurar es asumir responsabilidades. La soledad y la tristeza se evitan cuando hay un tú. Debemos enseñar a los jóvenes a dejar de estar ensimismados y pasar a estar entusiasmados, abiertos al servicio y al amor, único modo de alcanzar la plenitud y conseguir la felicidad.

*La felicidad es como una mariposa.
Cuanto más la persigues,
tanto más esquiva se muestra,
pero si centras tu atención en las cosas que debes
hacer
y las haces con todo entusiasmo y entrega,
viene y se posa suavemente en tu hombro.*

Tener una meta, un ideal, da fuerzas, es fuente de esperanza. Lo importante no es estar bien, sino hacer el bien. Es tiempo de ideales y de lucha. El triunfo es de los que forjan su carácter y perseveran. La vida puede ser una aventura apasionante tras los pasos del amor.

Integrar la sexualidad al respeto y el amor

Una de las grandes urgencias de la educación, por ello reto esencial de padres y educadores, es enseñar a los jóvenes a vivir una sexualidad madura y responsable, integrada al respeto y al amor. Sobre todo en estos tiempos de erotismo sin alma, de explosión de una pornografía cruda y muy vulgar, de mercantilización de la sexualidad y reducción del amor a la mera genitalidad y a una especie de gimnasia corporal²⁹.

Hay que liberar la sexualidad de la "banalización" y "animalización" reinantes y asumirla como expresión de creatividad y de vinculación comunitaria. Hoy, cuando es tan fácil "hacer el amor", la mayoría de las personas siguen siendo "vírgenes de corazón": tal vez se han acostado con varios o con muchos, pero su corazón sigue intocado. Nunca aprendieron a acariciarse con la voz, con el silencio, con la mirada, con el alma; nunca cultivaron la ternura, la comunión, ni sintieron que renacían a una nueva vida, hecha de renunciadas y entregas, en los brazos del otro. Por ello, es necesario aprender a unir eros y ágape, que vive intensamente como don y como regalo recibido, una sexualidad que es expresión de la totalidad de la persona.

La necesaria educación sexual se está limitando con demasiada frecuencia a aprender a evitar los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual. Por supuesto que esto es un gran avance, pues ningún embarazo puede ser un "accidente no querido", ni ninguna relación sexual debería ser causa de preocupaciones, miedos o enfermedades. Pero es urgente que avancemos a una educación sexual que

29 Para un tratamiento más amplio sobre el amor, ver mi libro **Educar es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas, 2009.

se enmarque en la educación de la afectividad, de la responsabilidad, del sentimiento, del amor.

La sexualidad no puede reducirse a un fenómeno puramente biológico: a la experiencia genital, a la unión carnal. La sexualidad alcanza categoría humana cuando se enlaza en el misterio del amor, esencial en la existencia humana. El abrazo amoroso no puede reducirse a un mero entrelazamiento de los cuerpos sino que supone un diálogo profundo de los corazones que entregan la totalidad de su persona y comunican su ser más íntimo. Cuando no ocurre así, los impulsos sexuales van ganando terreno según su capricho, llegando a tiranizar la conducta, marcándole una línea obsesiva y machacona, que no libera al hombre, sino que lo rebaja. Una sexualidad incontrolada, alejada del sentimiento y del amor, más que plenitud, produce hastío y vaciedad.

Herbert Marcuse abogó en los años sesenta por las teorías de la permisividad sexual de los niños con la idea de evitarles traumas posteriores debido a la represión y al sentido de pecado con que tradicionalmente las religiones han ligado la sexualidad cuando no tiene como fin la mera reproducción. De los 34 niños "usados" para experimentos en un jardín de infancia, durante cinco años, donde nunca se les dijo "no" a nada: 12 se suicidaron antes de los 55 años; 18 presentaron serios problemas de adaptación y convivencia y sólo 14 llevaron una vida normal.

De ahí que la verdadera educación sexual va mucho más allá de enseñar el uso del condón. El médico urólogo Enrique A. Alemán, escribió en el periódico panameño La Prensa:

El problema no es el uso o el no uso del condón. Lo fundamental del asunto es la concepción que tenga-

mos del hombre y de su sexualidad. Si el sexo es sólo placer o pasión, entonces no tenemos nada que discutir. Usen todos los preservativos que quieran. Hemos destruido el significado del sexo y nuestra actual sociedad, al decidir vender actualmente el sexo como producto del hedonismo y del mercantilismo, está pagando un precio terrible, tan evidente, que nadie sensato y honesto puede discutir: aumento de las enfermedades de transmisión sexual, de embarazos no deseados, de abortos; inicio de vida sexual en edades tempranas de la adolescencia, uniones a prueba no comprometidas y egoístas, ausencia de matrimonios, irrespeto a la feminidad, a la maternidad y disminución de la fertilidad; incremento de la pornografía, de la prostitución, de la violencia doméstica y de las infidelidades. Esto no se resuelve con el condón.

Hay muchos que entendemos la relación sexual como algo maravilloso, como una extraordinaria experiencia enriquecedora, y que lleva a una vida plena y madura, pero cuando la realizamos en el marco de un compromiso serio, maduro y responsable. Nos permite llevar una vida matrimonial y, por tanto, familiar, más rica, más tolerante, más generosa. Muchas personas, que están de acuerdo y no de acuerdo con estas últimas líneas, objetarán diciendo que esto es una quimera, que es imposible, que es muy difícil, que la naturaleza humana no está hecha para estos conceptos. Sólo puedo responder diciéndoles que estoy de acuerdo con que es difícil, es una lucha, pero que no es imposible, que vale la pena ese esfuerzo. También es difícil trabajar duro y honradamente para llevar adelante una profesión y una familia; que también es difícil decir la verdad siempre; que también es difícil saber olvidar y perdonar; que también es difícil alegrarse del éxito de los demás a pesar del fracaso profesional o económico de uno; que también es difícil levantarse una y otra vez, no importa cuántas veces

*nos hayamos equivocado o caído. Vivir valores y una vida digna es difícil*³⁰.

Necesitamos una educación sexual que enseñe a valorar y respetar el cuerpo propio y el de los demás, capaz de unir placer con compromiso, que desarrolle inteligencia para amar y capacite para construir vínculos sanos y vitalizadores.

La sexualidad nos manifiesta la bondad de nuestro cuerpo sexuado como lugar de la comunicación y del encuentro amoroso, como lugar de la gracia festiva que se celebra en el placer del abrazo íntimo. La sexualidad nos permite expresarnos de un modo pleno y total y es fuente de gratitud y gratificación. Es importante aprender a intimar con el otro y, por ello, no podemos convertir las diferencias sexuales en mecanismos de subordinación, dependencia o maltrato, y debemos denunciar y rechazar todo comercio sexual que degrada al ser humano convirtiéndolo en mercancía de uso y abuso. No podemos degradar ni permitir que se degrade a la persona como si fuera una cosa. El ser humano siempre es alguien, no algo que se utiliza para obtener placer.

Construir familia como comunidad de amor

El noviazgo debe asumirse como una escuela para aprender el amor y así asumir luego el matrimonio y la familia como una comunidad de amor. El noviazgo es un tiempo para conocerse a fondo, para ver si los proyectos de vida coinciden, para irse preparando para un compromiso total y definitivo. Marta Luján lo expresa con meridiana claridad:

30 Enrique Alemán, "Preservativo o no preservativo, ese no es el problema". **La Prensa**, Panamá, 3 de abril de 2007.
www.prensa.com/hoy/opinion/937617.html

Pienso que un momento maravilloso para poder descubrir el amor es el noviazgo; pero, desgraciadamente, muchos jóvenes no tienen la menor idea de lo que esta palabra significa. Algunas parejas reducen su noviazgo al binomio pelea-reconciliación. Discuten, muchas veces por pequeñas cosas que podrían solucionarse con un poco más de diálogo y también de madurez; se separan y luego se vuelven a reconciliar...y así se la pasan y se les pasan los meses y hasta los años. Un buen día se casan, y ¡oh, sorpresa! 'mientras fuimos novios él (o ella) no era así'. Probablemente sí era así, pero no hubo tiempo de noviazgo real para comprobarlo.

Y es que el noviazgo tendría que ser realmente una escuela de amor. La escuela en la que dos jóvenes se conocen a fondo y aprenden a amarse de veras, a desprenderse de sí mismos para darse al otro y dar vida a otros, sus futuros hijos. Podemos casi decir que de un buen noviazgo depende un buen matrimonio. La calidad de un buen noviazgo consiste en ser sinceros el uno con el otro, en aprender a donarse mutuamente, en aprender a ceder, a compartir los gustos del otro, a conocerse mutuamente y aceptarse. En las conversaciones entre los novios debería ir saliendo poco a poco la propia historia contada con sinceridad y sin miedos. No olvidemos que el verdadero amor es capaz de perdonar y de olvidar.

Conocer el pasado ayuda también para ver qué pasos se pueden dar juntos hacia el futuro, donde la carga ya no la lleva sólo uno sino los dos. Cuántos matrimonios se han roto al iniciar con las palabras 'yo no sabía'. El miedo a perder a una persona no puede llevar a engañarla, pues por una parte le estaremos haciendo un gran daño, y, por otra, si al contarle algo nos abandona quiere decir que su amor no era tan grande y, quizás, tampoco tan auténtico...

*El noviazgo debe ser realista. El verdadero amor es ilusionado, pero no ilusorio. Cuántas veces nos podemos topar con quienes dicen 'él es así, pero yo lo voy a cambiar'...Sueños inconsistentes que echan a perder la felicidad de muchos*³¹.

Los novios deberían tener siempre presente la clásica expresión de Saint Exupery: "Amarse no es tanto mirarse uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección". El amor no es contemplarse y saborearse el uno al otro, sino entregarse ambos a las mismas realidades que comprenden y rebasan los límites egoístas del yo, mediante el esfuerzo y el sacrificio. Si el noviazgo es meramente sólo un tiempo para divertirse y pasarlo bien, para explorar los cuerpos y no los sentimientos y los corazones, pronto se llegará al descubrimiento de estar durmiendo con un desconocido. El matrimonio supone un caminar juntos siempre al encuentro del otro, buscando la felicidad del otro y encontrando en ella la propia. El amor es una construcción nunca acabada que vitaliza la creatividad y transforma a las personas.

El matrimonio es un noviazgo eterno, que exige mucho cuidado, abnegación y disciplina. La indiferencia lo gasta y la violencia lo destruye. Para mantener vivo el amor y poder superar las dificultades y conflictos que sin duda vendrán, es muy importante cuidar los detalles; mantener el buen humor; ser muy comprensivo con los cansancios, problemas y preocupaciones del otro; cuidarse físicamente para poder ser una ofrenda más agradable; evitar todo lo que desagrada al compañero; escuchar con atención y comunicarse siempre; alabar lo que hace bien o le cae bien (comida, corte de cabello, ropa...); ser honesto y muy

31 Marta Luján, **Amor verdadero**. www.mujernueva.org (01-09-2006).

sincero; aceptar la familia del otro; evitar la rutina y la monotonía en todo, también y especialmente, en la vida sexual. Para que la pareja se mantenga unida, es importante que ambos disfruten de su vida sexual que sólo así será un medio de unión y no de separación.

El amor verdadero es siempre fecundo: produce hijos, ilusiones, sueños, metas, entrega a los demás. El amor de pareja no sólo debe irradiar a los hijos y resto de la familia, sino que debe extenderse a todos los demás:

"El amor transforma a los esposos en un 'nosotros' cuya fecundidad se abre a la familia y a todas las personas del mundo, especialmente a los más necesitados. El amor de los esposos es, en suma, la fuente continua, el motor y la belleza de su tarea en el mundo. Y todo lo que es fruto del amor alimenta el amor: la preocupación por los demás con detalles concretos, la coherencia entre fe y vida, el 'estilo cristiano' del hogar, el tiempo dedicado a los hijos. Concluyendo, el amor de los esposos está llamado a abrirse a Dios y a los demás. En esta medida puede ser un 'modelo' de todo amor, al irse convirtiendo en un reflejo del amor divino...Es también un servicio eficaz a la humanidad, porque contribuye a aliviar lo que para Teresa de Calcuta era la mayor ignorancia y la mayor miseria: no saber amar"³².

Una familia que viva encerrada en sí misma, pendiente sólo del consumo y el progreso material, sin ojos, oídos y manos para los demás, no está alimentada por un verdadero amor. La familia debe concebirse

32 Ramiro Pellitero, "El amor y su éxtasis divino".
www.Analisisdigital.com, 4-IV-2006.

como una comunidad solidaria de personas que tratan de vivir un ideal común de justicia y solidaridad y se esfuerzan en avanzar hacia él. Lo mejor que pueden hacer los padres por sus hijos es enseñarles a ser sensibles ante el sufrimiento de los demás, generosos y muy solidarios; es decir, a que elijan el amor como proyecto de vida, a que vivan amando en todo, y no sean egoístas ni dependientes de los demás.

Hoy hay mucho miedo a exigir a los hijos, miedo a que se disgusten o enfaden. Hay una especie de complejo de inferioridad con respecto a ellos que está haciendo mucho daño a la sociedad y a las familias. Una persona no exigida es una persona no valorada. Uno puede dar lo mejor de sí cuando es exigido. Lo peor que podemos hacer por los hijos es no exigirles, pues crecerán caprichosos, sin voluntad, y serán personas que ocasionarán luego mucho sufrimiento y muchos daños.

La exigencia debe estar acompañada de una gran comprensión y sobre todo, del ejemplo. Los niños aprenden a pensar en casa que los vecinos son amigos o enemigos; que los niños y las niñas merecen o no el mismo respeto; que hay que despreciar o aceptar a los que no son de la misma raza, clase o religión. Aprenden a tratarse a gritos o con delicadeza; a golpear o abrazar; a colaborar en las tareas de la casa o a dejárselo todo a las mamás o a las mujeres; a odiar la mentira o a mentir con naturalidad; a sentir como propios los problemas y necesidades de los demás o a vivir de espaldas a ellos... No olvidemos nunca, como ya hemos dicho varias veces, que los padres son modelos para sus hijos, y que estos harán lo que vean hacer a ellos, no lo que les digan.

"Muchas veces- escribe Marcela García- la educación no llega a calar más en los hijos porque los padres

son los primeros que no vivimos lo que les estamos diciendo. En definitiva, educar es ser ejemplo permanente de autenticidad, amor, sencillez y coherencia entre los padres que están de común acuerdo en unas normas claras y precisas, perfectamente conocidas por los hijos, a las que todos han de atenerse en la familia.

Un texto puede ilustrar lo que se está comentando:

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te escuché hacer una oración, y supe que hay un
Dios al que siempre
puedo acudir y aprendí a confiar en Él.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te sentí darme el beso de las buenas noches y me
sentí amado y
protegido.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te vi hacer mi postre favorito y aprendí que las co-
sas pequeñas son las
que hacen la vida especial.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
vi lágrimas salir de tus ojos y aprendí que algunas
veces las cosas
duelen, pero que está bien llorar.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te vi preparar un plato de comida y llevarlo a un
amigo enfermo y aprendí
que todos debemos cuidar unos de otros.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te vi colgar mi primer dibujo en la nevera y supe
que yo era importante
para ti.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te vi dar tu tiempo y tu dinero para ayudar a la
gente que no tenía
nada, y aprendí que los que tienen deben ayudar a
los que no tienen.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
te vi cuidar nuestra casa y de nosotros y aprendí
que debemos cuidar lo
que Dios nos ha dado.*

*Cuando creías que yo no estaba viendo...
aprendí de ti las lecciones de la vida que necesita-
ba: cómo ser una
persona buena.*

*Te miré y quise decirte:
Gracias por todas las cosas que vi cuando creías
que yo no estaba
viendo”³³.*

33 Marcela García Frausto, “Los padres como primeros educadores”. www.mujernueva.org. 03-05-2005.

6.- Familia y Escuela: Del distanciamiento al encuentro

La tarea educativa de enseñar el amor es una tarea cada vez más urgente y también cada vez más difícil. Mucha gente no sabe querer porque nadie se lo ha enseñado. Nuestra sociedad materialista nos induce a ser ambiciosos, caprichosos, consumidores, egoístas, envidiosos, es decir, todo lo que niega e impide el amor. Nos prepara para competir, para ver a los demás como opositores y rivales, pero no nos prepara para compartir, para salir de nosotros, para amar.

De ahí que familias y escuelas deben plantearse con decisión la *alfabetización emocional*, la *educación de la afectividad*, pues cada vez más personas, sin importar los títulos, profesiones o riquezas que tengan, son unos analfabetos en cuestiones del amor, incapaces de manejar sus emociones y sentimientos y de comprender las emociones de los demás, incapaces de salir de su egoísmo para abrirse a los demás.

A partir de las investigaciones de Howard Gardner sobre los múltiples tipos de inteligencia, Daniel Goleman centró su estudio en la inteligencia emocional, que describe como la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos y los ajenos, de motivarnos y

manejar bien las emociones, en nosotros mismos y en nuestra relaciones. Goleman empezó preguntándose por qué personas muy inteligentes no triunfan en la vida, y en cambio otras, con muchísimo menos coeficiente intelectual, llevan una existencia feliz y muy exitosa. De sus investigaciones, Goleman concluyó que las cinco aptitudes emocionales necesarias para una afectividad madura, una convivencia pacífica y una vida feliz, son el autoconocimiento, la autorregulación de las emociones, la motivación, la empatía y las habilidades sociales, tema que desarrolla ampliamente en su afamado bestseller, *Inteligencia emocional*³⁴.

En el libro, Goleman describe con brochazos vivos la creciente deshumanización de nuestras sociedades carcomidas por la violencia, la inseguridad, el consumismo, la depresión y la soledad, y plantea la necesidad de que nos aboquemos a la educación emocional de los niños y jóvenes: "Durante mucho tiempo, los educadores han estado preocupados por las deficientes calificaciones de los escolares en matemáticas y lenguaje, pero ahora están comenzando a darse cuenta de que existe una carencia mucho más apremiante, el analfabetismo emocional. No obstante, aunque siguen haciéndose notables esfuerzos por mejorar el rendimiento académico de los estudiantes, no parecen hacerse grandes cosas para solventar esta nueva y alarmante deficiencia. En palabras de un profesor de Brooklyn, 'parece como si nos interesara mucho más su rendimiento escolar en lectura y escritura que si seguirán con vida la próxima semana'...Si existe una

34 Daniel Goleman, *Inteligencia Emocional*. Ed. Cairos, Barcelona, 2002.

solución, ésta debe pasar necesariamente, en mi opinión, por la forma en que preparamos a nuestros jóvenes para la vida. En la actualidad, dejamos al azar la educación emocional de nuestros hijos con consecuencias más que desastrosas”.

Si queremos que esta tarea sea exitosa, padres y maestros deben abandonar sus mutuos celos y desconfianzas y plantearse la necesidad de trabajar juntos y en la misma dirección. Para ello, ambos deben esforzarse por superar distancias y desencuentros y procurar una reconciliación e inclusión cada vez más sólidas. Es necesario que vayan superando los prejuicios y visiones negativas para empezar a verse como aliados que se necesitan mutuamente. La necesaria articulación va a requerir de mucha escucha, de mucha conversación y comunicación, lo que exige reestructurar la escuela para propiciar los momentos de encuentro, de intercambio, de participación. Un relanzamiento de los Proyectos Educativos Comunitarios puede ser una estrategia valiosísima para esa integración y cooperación; para aprender a trabajar, celebrar y disfrutar juntos. También la implantación de Escuelas de Padres puede ser una excelente oportunidad para avanzar en esta necesaria articulación.

La familia debe recuperar su papel como primera y principal escuela, y considerar al maestro como alguien que busca también lo mejor para sus hijos. Más que censurarlo, debe apoyarlo y comprenderlo. No es posible, por ejemplo, que la LOPNA, una ley que nació para proteger a niños y jóvenes, sea utilizada como un arma arrojadiza contra los maestros, o como una amenaza de los padres ante cualquier actitud del maestro que ellos no comprenden o comparten. Los padres deben entender también que la educación ha evolucionado mucho desde que ellos estaban en la escuela y que no pueden seguir apegados a modelos

pedagógicos y evaluativos que han sido ampliamente superados.

La escuela debe acercarse mucho más a la familia y esforzarse por comprender a los padres, no desestimar o menospreciar sus conocimientos o conductas, y esforzarse por verlos ya no desde sus carencias y limitaciones, sino desde sus valores y potencialidades. Los maestros deben tratar a los padres siempre con respeto y con cariño. Si los padres se sienten bien acogidos y escuchados, volverán a la escuela; pero si se sienten maltratados, evitarán el volver y empezarán a censurar o hablar mal de la escuela o del maestro.

Escuela y familias deben apoyar todo lo que favorezca el intercambio, la comunicación y el encuentro de todo tipo (deportivo, cultural, social, pedagógico, celebrativo, religioso...) y evitar todo lo que los separe. Todo paso, aunque sea pequeño, que se dé en esta dirección es ganancia para todos.

Para recrear las actuales escuelas e imaginar nuevos tipos de organización, se va a requerir mucha creatividad, disposición y participación. Y como nos lo recuerda Miguel Ángel Santos Guerra, "participar es comprometerse con la escuela. Es opinar, colaborar, criticar, decidir, exigir, proponer, trabajar, informar e informarse, pensar, luchar por una escuela mejor. Participar es vivir la escuela no como espectador, sino como protagonista"³⁵.

Si como dijimos más arriba hoy está resultando cada día más y más difícil educar pues vivimos en una cultura que promueve abiertamente el egoísmo, el indi-

35 En "Participando que es gerundio". **Cuadernos de pedagogía**, N. 378, Abril, 2008, Barcelona, pág. 69.

vidualismo y el consumismo como valores esenciales, la articulación entre familia y escuela, entre padres y maestros, es cuestión de vida o muerte. Para frenar la avalancha deseducadora nos necesitamos mutuamente. Sólo si nos ponemos de acuerdo en los valores esenciales que queremos para nuestros hijos y nos comprometemos a sembrarlos y vivirlos en nuestros hogares y en nuestras escuelas o colegios, estaremos poniendo bases firmes para una adecuada educación de los hijos.

Para subrayar la necesidad de superar la mera retórica sobre los valores que los proclama abiertamente, pero los niega con la conducta y con la vida, yo suelo echar el siguiente cuento:

Había una vez un señor que sembró una semilla de mango en el patio de su casa. Todas las tardes regaba con cariño su semilla y se ponía a repetir con verdadera devoción: "Que me salga aguacate, que me salga aguacate...". De este modo, pronto llegó a convencerse de que pronto disfrutaría de una hermosa mata de aguacate en el patio de su casa.

Una tarde, vio con emoción que la tierra se cuarteaba y que una cabecita verde pujaba por salir en busca de los rayos del sol. Al día siguiente, asistió emocionado al milagro de una vida que comenzaba a estremecerse en el patio de su casa.

"Ya me nació la mata de aguacate", dijo el hombre con satisfacción y orgullo, y se dedicó a cuidarla con mayor esmero: le hacía un hoyito para que se retuviera el agua, la abonaba, arrancaba las hierbas que crecían cerca, y en las tardes se acercaba a ella y le hablaba como a un hijo: "Tú tienes que ser una bella mata de aguacate, no como esos mangos populacheros que crecen como monte por todas partes. Sí, tú serás una mata de aguacate".

La mata fue creciendo y, un día, el hombre pudo comprobar con desconcierto que no era una mata de aguacate, si no una mata de mango lo que estaba creciendo en su patio.

Y el hombre dijo con despecho y con tristeza: "No entiendo por qué me ha hecho eso. Tanto que le dije que fuera aguacate, y me salió mango".

La moraleja está muy clara: recogeremos los frutos de acuerdo a las semillas que sembremos, y no según las órdenes, discursos o sermones que echemos. Si sembramos violencia, recogeremos violencia por mucho que hablemos sobre el amor y la paz; si sembramos ofensas, recogeremos división. Si queremos cosechar respeto y fraternidad, más que hablar de ellos, sembrémoslos con nuestra conducta. De ahí que el énfasis educativo no debe ser meramente *educar para*, sino *educar en y para*: educar en y para la ciudadanía, educar en y para el respeto, educar en y para la solidaridad, educar en y para el amor.

Las personas que más aprecian los niños son sus padres y sus maestros. De ahí la importancia de que se pongan de acuerdo en la misma siembra de valores. Si en la casa se empeñan en sembrar mamones y en el colegio siembran mandarinas, los niños entrarán en un gran desconcierto ético y terminarán por no hacerles caso ni a los padres ni a los maestros.

Escuelas de padres

Las Escuelas de Padres son una de las estrategias más importantes para ayudar a los padres a que asuman con mayor responsabilidad y pericia su papel de educadores y para que las familias trabajen más coordinadamente con la escuela o el colegio. Más que Escuelas para Padres preferimos hablar de Escuelas

de Padres para enfatizar que deben ser espacios para participar activamente, para reflexionar, para que los padres o representantes se comuniquen sus inquietudes, dudas, miedos, se cuenten sus experiencias para ayudarse así a resolver los problemas que suelen ser comunes. Por lo general, a los padres les preocupan las amistades de sus hijos, su desinterés por los estudios, la crisis de la adolescencia, el noviazgo, las cuestiones de género y sexo, las drogas, el alcohol, la violencia, la adicción a los aparatos electrónicos, la música chabacana, su falta de respeto...

Si hablamos de Escuelas para Padres estaremos poniendo el énfasis en unas reuniones donde los padres o representantes vienen a escuchar a algún educador o especialista y, tal vez después de algunas pocas preguntas, se van para sus casas. Por lo general, no es fácil que los expertos o especialistas sean muy buenos comunicadores y extraordinariamente amenos, y las reuniones tienden a ser fastidiosas y, en consecuencia, la gente deja poco a poco de asistir. Los directivos se quejan del poco interés de los padres sin analizar en su justa medida si lo tratado en las reuniones y la metodología utilizada merecieron el esfuerzo de asistir después de, por lo general, una jornada de trabajo agotador. Es verdad que, por lo general, los padres se han alejado de las escuelas, pero eso no siempre expresa el desinterés de los padres. Sería bueno que empezáramos preguntándonos quién fue el primero que se alejó de quién. Con frecuencia, la convocatoria al representante a asistir al colegio suele ser o para reclamarle algún problema de conducta o de bajo rendimiento de los hijos, o para solicitarles algún tipo de ayuda. Pocas veces se convoca a los representantes para felicitarles por sus hijos, para alabarles y premiarles. Tampoco suele estar entre los objetivos de las reuniones el que los asistentes lo pasen muy bien, de modo que deseen volver.

Lo más importante en las Escuelas de Padres es lograr un clima de cordialidad, libertad, respeto, aprecio, de modo que los asistentes se sientan invitados a exponer con toda su libertad sus inquietudes y entre todos puedan encontrar alguna alternativa a la problemática planteada. Para ello, hay que preparar muy bien las reuniones, desde la convocatoria, hasta la búsqueda de un lugar acogedor y un horario conveniente para ellos, después de escuchar sus propias opiniones. Conviene tener listos los materiales de apoyo y es muy importante que haya algún momento de intercambio informal donde puedan compartir algún refrigerio o incluso echen chistes, canten o realicen cualquier otra actividad que les divierta. Es imprescindible que haya un Equipo Coordinador, formado por algunos padres cercanos a la escuela y por algún profesor o directivo que ejerza un liderazgo positivo, haya demostrado preocupación e interés por el asunto y, a poder ser, tenga alguna experiencia positiva en el trabajo con padres y representantes.

Los temas a abordar, a poder ser, deben haber sido sugeridos por ellos. De ahí que es conveniente que el programa de la Escuela de Padres se haya articulado sobre las preocupaciones más frecuentes que ellos mismos hayan expresado en las primeras reuniones. Puede ser conveniente iniciar con una breve intervención de alguno de ellos, la lectura de algún caso, o una parábola o historia que aborde la temática planteada. Posteriormente, pueden reunirse en grupos pequeños para motivar a que se expresen las personas a las que les cuesta hablar en público, y luego socialicen en el grupo grande sus reflexiones y propuestas. Lo importante, una vez más, es que las personas se sientan bien, escuchadas y muy respetadas.

Algunas parábolas para trabajar los valores esenciales

A continuación, he seleccionado un buen racimo de parábolas, 33, -la edad de Cristo cuando murió, según la tradición-, de los cientos que tengo publicadas en alguno de mis libros anteriores, como insumos que pueden ayudar a la formación de los hijos. Numerosos padres me han comentado que mis libros de parábolas³⁶ les han ayudado muchísimo, a ellos y a sus hijos, y que incluso las leen y comentan en la familia. Sé también que en varios colegios e incluso universidades las trabajan con los alumnos para promover la reflexión sobre algunos valores.

Las parábolas que les ofrezco pueden ser leídas, comentadas y reflexionadas en la casa, o también pueden ser trabajadas en grupos en las Escuelas de

36 Mis libros de parábolas son: **Educar valores y el valor de educar**, **Nuevas parábolas para educar valores**, y **Parábolas para vivir en plenitud**. También he tomado algunas otras de mis libros **Jesús Maestro y Pedagogo**, **Decide tu vida, elige ser feliz** y **Educar es enseñar a amar**, todos ellos editados por San Pablo.

Padres. La idea es leerlas y comentarlas entre todos, de modo que cada uno comunique a los demás lo que le ha dicho la parábola. Puede ser también muy conveniente que se comuniquen alguna experiencia personal sobre la temática o el valor que aborda la parábola, y que intercambien ideas de cómo trabajar ese determinado valor.

1.-Valor: Autoestima

El anillo

-Vengo, maestro, porque me siento tan poca cosa que no tengo fuerzas para hacer nada. Me dicen que no sirvo, que no hago nada bien, que soy torpe y bastante lento para todo. ¿Cómo puedo mejorar? ¿Qué puedo hacer para que me valoren los demás?

El maestro, sin mirarlo, le dijo:

-Cuánto lo siento, muchacho, no puedo ayudarte ahora, debo resolver primero mis propios problemas. Quizás después...-y haciendo una pausa, agregó:

-Si quieres ayudarme tú a mí, yo podría resolver este problema con más rapidez y después tal vez te pueda ayudar.

-Encantado, maestro -titubeó el joven, pero sintió que otra vez era desvalorizado y sus necesidades postergadas.

-Bien -asintió el maestro. Se quitó el anillo del dedo pequeño y, dándoselo al muchacho, agregó:

-Toma el caballo que está allá afuera y cabalga hasta el mercado. Debo vender este anillo porque tengo que pagar una deuda. Es necesario que obtengas la

mayor suma posible, pero no aceptes menos de una moneda de oro. Ve y regresa con esa moneda lo más rápido posible.

El joven tomó el anillo y partió.

Apenas llegó al mercado, empezó a ofrecer el anillo a los comerciantes. Estos lo miraban con algún interés, hasta que el joven les decía lo que pretendía por el anillo. Cuando oían mencionar una moneda de oro, algunos se echaban a reír, otros hacían gestos de que estaba loco, y sólo un viejito fue amable y le advirtió que una moneda de oro era muy valiosa para entregarla a cambio de ese anillo. Queriendo ayudarlo al verlo tan preocupado, le ofreció una moneda de plata y un objeto de cobre, pero el joven rechazó la oferta.

Tras ofrecer el anillo a todos los que se cruzaban en su camino y después de al menos un centenar de intentos, el joven regresó abatido por su fracaso. ¡Cuánto hubiera deseado tener él mismo esa moneda de oro! Se la entregaría al maestro para liberarlo de su preocupación y recibir entonces su consejo y su ayuda.

-Maestro -le dijo al llegar-. Lo siento, es imposible conseguir lo que usted aspira. Tal vez le sea posible obtener una o hasta dos monedas de plata, pero nadie va a darle una moneda de oro por el anillo.

-¡Qué importante, joven amigo, lo que acabas de decir -contestó sonriendo el maestro-. Debemos saber primero el verdadero valor del anillo. Vuelve a montar el caballo y ve a la casa del joyero. ¿Quién mejor que él para saberlo? Dile que quisieras vender el anillo y preguntale cuánto te da por él. Pero no importa lo que te ofrezca, no se lo vendas. Vuelve aquí con mi anillo.

El joven volvió a partir con su caballo.

El joyero examinó con mucha atención el anillo con su lupa, lo pesó y le dijo:

-Este es un anillo que pertenece a la realeza. Debe estar muy necesitado tu maestro para decidirse a venderlo. Dile que, en este momento, me va a ser imposible darle más de cincuenta y ocho monedas de oro.

-¡Cincuenta y ocho monedas de oro! –exclamó con admiración el joven.

-Sí, yo sé que vale mucho más. Si me concede unos días, podría ofrecerle hasta setenta monedas.

El joven corrió emocionado a la casa de tu maestro y le contó lo sucedido.

-Siéntate –dijo el maestro después de escucharlo-. Tú eres como este anillo: una joya muy valiosa y única. Y como tal, sólo puede valorarte un verdadero experto. No te preocupes si la gente corriente no descubre tu verdadero valor – y diciéndole esto, volvió a ponerse el anillo en el dedo pequeño.

2.- Valor: Solidaridad

El caballo del califa

Al-Mamun, califa de Bagdad, poseía un hermoso caballo que todo el mundo admiraba. El jefe de una tribu vecino, llamado Omah, se antojó del animal:

-Me gusta mucho tu caballo, véndemelo. Estoy dispuesto a pagar por él lo que me pidas.

-No, amigo, no vendo mi caballo. Para mí es como un hijo.

-Todo tiene precio en el mundo. Te doy por tu caballo toda una caravana de camellos.

-Lamento defraudarte, pero no vendo el caballo. Adiós.

Omah ideó una treta para quedarse con el caballo. Como sabía que todas las tardes Al-Mamun salía con su caballo por las afueras de Bagdad para socorrer a algunos pordioseros y necesitados, un día se disfrazó de mendigo y se tumbó gritando en el camino.

-¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Que alguien tenga piedad de mí!

Al-Mamun oyó los gritos y se acercó al mendigo.

-¿Qué te pasa, amigo? ¿Te han asaltado los ladrones?

-Estoy muy enfermo y nadie se compadece de mí.

-¡Ven, sube! Te llevaré donde te puedan curar.

-Gracias, buen hombre. Pero estoy tan débil que no puedo montarme sin su ayuda.

El califa desmontó de su caballo, se acercó al mendigo, lo cargó en sus brazos y lo montó cuidadosamente en su caballo.

Cuando Al-Mamun iba a montar, el falso mendigo espoleó el caballo y se perdió riendo en una nube de polvo:

-¡Caíste en la trampa, califa estúpido! Soy Omah, a quien no quisiste vender tu caballo, pero ahora es mío.

-Por favor, espera, espera –gritaba desesperado Al-Mamum.

Omah se dio la vuelta y se acercó en plan de reto:

-¿Qué es lo que quieres? ¿Vas a ponerte a llorar por tu caballo?

-No, no, puedes quedarte con él, pero quiero pedirte una cosa.

-Dime, pero ni pienses que te voy a devolver el caballo.

-Sólo te pido que no cuentes a nadie cómo obtuviste mi caballo. ¿Me lo prometes?

-Entiendo, no quieres que se rían de ti.

-No, nada de eso. Quizás, quizás, un día haya un hombre realmente enfermo tendido en el camino. Si la gente se entera de tu engaño, pasarán de largo y no le prestarán ayuda.

3.-Valor: Autenticidad

El Gran Samurai

Paulo Coelho nos recuerda la historia de un gran samurai que, siendo ya de edad avanzada, se dedicaba a enseñar a los jóvenes el arte de la guerra. A pesar de sus años, corría la leyenda de que todavía era capaz de derrotar a cualquier adversario.

Una tarde, se acercó un guerrero, joven e impetuoso, que decía no haber perdido nunca una batalla. Juraba que destrozaría en breves segundos al viejo si es que tenía el suficiente valor para aceptar el reto de batirse con él. Los que lo conocían, aseguraban que era diestro en el arte de la provocación y que esperaba siempre a que el rival comenzara la pelea, para descubrir sus fallos y contraatacar de un modo fulminante. El joven guerrero estaba convencido de que, si lograba derrotar al gran maestro, su fama se agigantaría.

Todos los estudiantes le pidieron al maestro que no hiciera caso de las bravuconadas del joven, pero el viejo samurai decidió aceptar el desafío.

Cuando llegaron a la plaza de la ciudad y se enfrentaron ambos guerreros, el joven comenzó a insultar al anciano maestro con todo tipo de ofensas e impropiedades, e incluso llegó a escupirle en el rostro.

En vano intentó por horas provocarlo, pero el anciano samurai aguantó todos los insultos sin inmutarse. Al final de la tarde, el impetuoso guerrero se retiró humillado.

Los alumnos se sintieron decepcionados y no podían comprender cómo su maestro había permitido ofensas tan graves sin responder a ellas.

-¿Cómo permitió, maestro, tanta vileza e indignidad? ¿Por qué aceptó el desafío y luego se mostró tan cobarde que ni siquiera intentó sacar la espada?

El maestro les sonrió calmadamente y les preguntó:

-Si alguien les ofrece un regalo y ustedes no lo aceptan, ¿a quién pertenece el regalo?

-A quien intentó entregarlo –respondió uno de los alumnos.

-Lo mismo vale para la envidia, la rabia, las ofensas y los insultos –dijo el maestro.

4.-Valor: amor

Toro Bravo y Nube Azul

Toro Bravo, el más intrépido de los guerreros sio-ux, iba a casarse con Nube Azul, la hija del cacique, que sobresalía por su belleza y su valor. Se amaban profundamente y acudieron al anciano chamán a pedirle algún brebaje, amuleto o talismán para que su amor no se debilitara con el paso de los años, sino que siguiera siempre igual de seguro y firme.

El anciano se emocionó al verlos tan jóvenes, tan enamorados, tan decididos a hacer lo que él les indicara.

-Hay algo –les dijo-, pero es muy difícil y arriesgado...

-No importa, haremos lo que sea –dijeron los dos con decisión.

-Nube Azul, ¿ves la montaña al norte de nuestra aldea? Deberás subirla sola y sin más armas que una red y cazar con tus manos el halcón que habita en la cumbre. Si lo atrapas, deberás traerlo aquí vivo el tercer día después de luna llena. ¿Comprendiste?

La muchacha dio un sí con decisión. Ardía en deseos de iniciar su tarea.

-Y tú, Toro Bravo –prosiguió el chamán-, deberás escalar la montaña del trueno y sin otras armas que una red, deberás capturar sin herirla ni herirte el águila que anida en la cumbre. Si lo logras, me la traes aquí el mismo día que deberá venir con su halcón Nube Azul.

Los jóvenes se abrazaron con ternura y partieron a cumplir su misión, ella hacia el norte, él hacia el sur.

Al tercer día después de luna llena, ambos jóvenes se presentaron frente a la tienda del chamán, cada uno con su presa.

-¿Qué debemos hacer ahora? –preguntaron ansiosos los jóvenes-. ¿Acaso debemos matarlos y beber su sangre para que nos dé su fortaleza?

El chamán negó con su cabeza. Al rato, les dijo:

-Con estas tiras de cuero amarren bien las patas del águila con las patas del halcón, y los sueltan para que vuelen libres.

Los jóvenes hicieron lo que les ordenaba el chamán y soltaron los pájaros. El águila y el halcón intentaron levantar vuelo pero sólo consiguieron revolcarse por el suelo. Luego, empezaron a picotearse bárbaramente.

Entonces les dijo el chamán:

-No olviden nunca la lección que acaban de ver. Ustedes son el águila y el halcón. Si se atan el uno al otro, no podrán volar y terminarán destrozándose el uno al otro. No olviden nunca que el verdadero amor

engendra libertad. El amor abraza pero no retiene. Nunca genera dependencia y ayuda al otro a volar, a ser mejor.

5.-Valor: Honestidad

Deisy, la pastora

Llegó la edad de casarse del joven emperador, y los emisarios reales esparcieron la voz por todo el imperio para que acudieran todas las jóvenes casaderas, para elegir entre ellas a la más bella y más honesta.

Cuando Deisy, la pastora, escuchó el pregón de los emisarios, decidió ir. Estaba segura de que no sería seleccionada, pero al menos tendría la oportunidad de ver al joven emperador y estar junto a él unos minutos.

El día elegido, la plaza se llenó de jóvenes bellísimas, cuyos corazones latían ansiosos con la esperanza de ser la elegida.

Seguido de su séquito, se presentó el joven emperador y le entregó a cada joven una semilla.

-A cada una se le ha entregado la semilla de una flor. Son semillas de flores muy variadas. Siembren y cultiven la semilla y vuelvan aquí dentro de un año. La que consiga las flores más bellas, será la elegida.

Deisy apretó la semilla en su mano y sintió que latía como un pequeño corazón.

La sembró en su matero predilecto en el que colocó la tierra más fértil, la abonó con el mejor estiércol de sus rebaños, la regó con el agua más pura de

las cascadas de la montaña, pidió el consejo de los campesinos más sabios, pero nada. La semilla nunca germinó. Aun así, el día indicado, decidió presentarse con su matero vacío frente al joven emperador.

La plaza parecía un inmenso jardín con todas las flores maravillosas que llevaban las demás jóvenes. El joven emperador las fue observando una por una con admiración y asombro. Cuando vio el matero vacío de Deisy, sus ojos se iluminaron y le dijo con cariño:

-Tú eres la elegida para ser mi esposa. Eres bella, pero además tienes una virtud que les falta a las demás: Eres honesta y sincera. A todas les entregué una semilla estéril de la que era imposible cosechar nada.

6.-Valor: Cooperación

Asamblea en la carpintería

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia pero la asamblea le pidió la renuncia porque, según ellos, hacía demasiado ruido y golpeaba muy duro. El martillo aceptó su culpa, pero exigió que también fuera expulsado el tornillo. Alegaba que había que darle demasiadas vueltas para que sirviera de algo.

Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero pidió a su vez que fuera expulsada la lija. Era muy áspera en su trato, y siempre tenía fricciones con los demás. La lija estuvo de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro, que se la pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto.

En eso, entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Al rato, el pedazo tosco de madera que había agarrado el carpintero, estaba convertido en un hermosísimo camioncito de juguete.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Entonces, tomó la palabra el serrucho y habló de este modo:

-Señores, ha quedado bien demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades y virtudes. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestros defectos y esforcémonos por ver lo bueno que cada uno tiene.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija era especial para afinar y limar asperezas, y descubrieron que el metro era preciso y exacto.

Se sintieron entonces un equipo capaz de producir y hacer cosas de calidad. Se enorgullecieron de sus fortalezas y en adelante trabajaron juntos.

7.- Valor: Unión

Los siete palos secos

Una madre tenía siete hijos. Cayó en cama con una enfermedad incurable y, al adivinar que se acercaba la hora de su muerte, llamó a sus hijos y les dijo:

-Sé que voy a morir muy pronto y quiero que cada uno de ustedes salga de la casa y me traiga un palo seco.

Así lo hicieron los hijos y muy pronto todos estaban de regreso cada uno con un pequeño palo seco.

La madre agarró el palo que había traído el hijo mayor, y se lo dio al más pequeño de los hijos, diciéndole:

-¡Pártelo!

El hijo menor lo hizo sin dificultad alguna.

-¡Parte ahora otro!

Así el más pequeño partió todos los palos sin problema.

-Vuelvan a salir y me traen un palo parecido al que me trajeron antes.

Cuando estuvieron de vuelta, la madre le pidió el palo seco a cada uno de sus hijos. Los amarró fuertemente y le dijo al hijo mayor:

-Tú eres el más fuerte, parte los palos.

Por mucho que se esforzó, no pudo.

-¿No puedes?

-¡No!

-¿Alguno de ustedes puede?

Por mucho que todos lo intentaron, ninguno fue capaz.

-Recuerden bien esta lección. Mientras estén unidos, nadie podrá con ustedes. Pero si pelean, se se-

paran y cada uno va por su lado, serán fácilmente vencidos.

8.-Valor: Paz

La paz perfecta

Había una vez un rey que ofreció un gran premio al artista que lograra captar en una pintura la paz perfecta. Numerosos artistas presentaron sus cuadros en los que intentaron plasmar sus visiones de la paz. El rey, tras observar todas las pinturas, seleccionó dos que le habían impactado profundamente.

La primera recogía la imagen de un lago muy tranquilo. En él se reflejaban unas montañas plácidas y sobre ellas un cielo inmensamente azul con unos tenues brochazos de nubes blanquecinas. Ciertamente, la visión del cuadro producía paz y todos estaban seguros que esta pintura sería la ganadora.

La segunda pintura ofrecía un paisaje de montañas abruptas y escabrosas, sobre las que un cielo enfurecido descargaba una colosal tormenta de truenos y de rayos. De la montaña caía un torrente impetuoso de agua.

La gente no entendía cómo el rey la había seleccionado como finalista. Mayor fue su asombro cuando, después de largas cavilaciones, el rey la eligió como ganadora.

-Observen bien el cuadro –les dijo el rey al explicar su decisión-. Detrás de la cascada hay un pequeño arbusto que crece en la grieta de la roca. En el arbusto hay un nido con un pajarito que descansa tranquilo a pesar de la tormenta y del fragor de la cascada. Paz no significa vivir sin problemas ni conflictos, llevar una

vida sin luchas ni sufrimientos. Paz significa tener el corazón tranquilo en medio de las dificultades.

9.-Valor: Esperanza

La estrella verde

Al comienzo de los tiempos, existían millones y millones de estrellas en el cielo. Las había de todos los colores: blancas, plateadas, verdes, doradas, amarillas, rojas, azules...

Un día, se acercaron inquietas a Dios y le dijeron:

-Señor Dios, nos gustaría bajar a la tierra y vivir con los hombres y mujeres que la habitan.

-Bajen si lo desean –les dijo Dios, y en esa noche cayó sobre la tierra una bellísima lluvia de estrellas.

Algunas se acurrucaron en los campanarios de las iglesias, otras se mezclaron con las flores, los árboles y las luciérnagas del bosque, otras se ocultaron en los juguetes de los niños, y desde esa noche toda la tierra quedó maravillosamente iluminada.

Sin embargo, cuando fueron pasando los días, las estrellas decidieron regresarse al cielo y dejaron la tierra sin alegría y sin brillo.

-¿Por qué regresaron? –les preguntó Dios cuando llegaron.

-En la tierra hay mucho egoísmo, miseria, injusticia, maldad –respondieron las estrellas.

Cuando Dios las contó, vio que faltaba una. ¿Se habría perdido en el camino de regreso al cielo?

-No, Señor, no se ha perdido –le dijo a Dios un ángel-. Ella decidió quedarse con los hombres y mujeres de la tierra. Comprendió que debe vivir donde impera la perfección, donde las cosas no marchan bien, donde hay dolor, injusticia, miseria y muerte.

-¿Qué estrella es esa? –preguntó Dios muy intrigado.

-Es la estrella verde, Señor, la de la esperanza.

Y cuando volvieron los ojos a la tierra, vieron asombrados que la estrella no estaba sola y que de nuevo toda la tierra estaba iluminada pues en el corazón de cada hombre y de cada mujer brillaba una estrellita verde, la luz de la esperanza, la única estrella que Dios no necesita y que da sentido a la vida sobre la tierra.

10.-Valor: Ternura

La carrera

Hace algunos años, en los juegos paraolímpicos de Seattle, nueve concursantes, todos con alguna discapacidad física o mental, se reunieron en la línea de partida para correr los cien metros planos.

Cuando sonó el disparo, todos salieron, no como bólidos, pero sí con gran entusiasmo de participar en la carrera, llegar a la meta y ganar. Uno de ellos tropezó, cayó en el asfalto y empezó a llorar.

Cuando los otros ocho oyeron el llanto del compañero, disminuyeron la velocidad, detuvieron su carrera y volvieron atrás. Todos regresaron, todos.

Una niña, con síndrome de down, se agachó y le besó la herida:

-Este besito te va a curar...

Entonces, los nueve niños y niñas se agarraron de las manos y caminaron juntos hasta la meta.

Todos en el estadio se pusieron de pie y aplaudieron emocionados durante varios minutos. Los discapacitados les habían brindado una lección extraordinaria: más importante que ganar es ayudar a ganar a otros.

11.- Valor: Comprensión

La mesa

Había un matrimonio joven que vivía con su único hijo de seis años y la mamá del esposo, una anciana de unos ochenta años. Era muy frecuente que, cuando se sentaban a la mesa, la anciana chorreara la comida, manchara el mantel y hasta alguna vez rompiera un vaso o un plato.

Un día, cansada de tanto desastre, la esposa no aguantó más y le dijo al marido que comprara una mesa para que comiera en ella su madre y así se liberaran del triste espectáculo de comer con ella.

Así lo hicieron, y a partir de ese día, la "abuelita" empezó a comer sola, sin molestarlos a ellos.

Pasó algún tiempo, hasta que un día, cuando iban a sentarse a la mesa, el esposo vio que su hijo tenía en el piso del comedor unas tablas, algunos clavos y un martillo

-¿Qué estás haciendo aquí con todo eso? –le preguntó extrañado.

-Estoy haciendo una mesa para cuando tú y mamá sean mayores como la abuela.

12.- Valor: Decisión

Las ranas

Un grupo de ranas viajaba por el bosque y, de repente, dos de ellas cayeron en un pozo muy profundo. Las demás ranas se acercaron a los bordes del pozo y al constatar lo profundo que era, comprendieron que no había nada que hacer y les dijeron que debían darse por vencidas.

Las dos ranas no hicieron caso de los consejos tan pesimistas de sus compañeras y empezaron a saltar con todas sus fuerzas para salir del pozo.

Las ranas de afuera les gritaban que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles y que era mejor que se rindieran.

Al rato, una de las ranas decidió escuchar los consejos de las compañeras, desistió, se rindió y se dispuso a morir. La otra rana siguió saltando cada vez con más fuerza, a pesar de que las de afuera gesticulaban y gritaban que no insistiera, que sus esfuerzos eran totalmente inútiles.

La ranita porfiada dio un salto increíble y logró salir del pozo.

-Gracias a Dios que lograste salir y no escuchaste lo que te gritábamos –le dijeron apenas las ranas cuando la vieron a salvo.

-Pero, ¿qué me gritaban? Yo soy sorda y todo el rato estaba convencida de que ustedes me estaban dando ánimos y gritándome que no me rindiera.

13.-Valor: Amistad

Las manos más hermosas

Alberto Durero fue un afamado pintor y grabador alemán, el representante más genial del Renacimiento en el norte de Europa. Hombre de un profundo humanismo, gozó durante toda su vida de gran prestigio y popularidad. Entre las obras que más gustan a la gente y que ha sido reproducida en millones de copias, se encuentra su "Manos en oración". Esta es su historia:

Alberto Durero y Franz Knigstein eran dos jóvenes amigos que luchaban contra toda adversidad por llegar a ser artistas. Como eran muy pobres y no contaban con algún mecenas que les ayudara, decidieron que uno de ellos estudiaría arte y el otro buscaría trabajo y sufragaría los gastos de los dos. Pensaban que, cuando el primero culminara sus estudios y ya fuera un artista, con la venta de sus cuadros podría subvencionar los estudios del compañero.

Echaron a suertes para decidir quién de los dos iría primero a la universidad. Durero fue a las clases y Knigstein se puso a trabajar. Durero alcanzó pronto la fama y la genialidad. Después de haber vendido algunos de sus cuadros, regresó para cumplir su parte en el trato y permitir que Franz comenzara a estudiar. Cuando se encontraron de nuevo, Alberto comprobó dolorosamente el altísimo precio que había tenido que pagar el compañero. Sus delicados y sensibles dedos habían quedado estropeados por los años de duro trabajo. Tuvo que abandonar su sueño de artista, pero nunca se arrepintió de ello, sino que se alegró del éxito de su amigo y de haber podido contribuir a ello.

Un día, Alberto sorprendió a su amigo orando de

rodillas y con sus nudosas manos entrelazadas. De inmediato, el artista delineó un esbozo de la que llegaría a ser una de sus obras más famosas: "Manos en oración".

14.-Valor: Amabilidad

Cercanía de los corazones

Dicen que un día, Meher Baba preguntó a sus discípulos mandalíes lo siguiente:

-¿Por qué la gente grita cuando está enojada?

Los discípulos del gran maestro indio pensaron unos momentos.

-Bueno, porque... porque perdemos la paciencia. Por eso gritamos.

-Pero, ¿por qué gritar si la otra persona está a tu lado? ¿No es posible hablarle en voz baja?

El gran maestro los miró uno a uno y volvió a repetir su pregunta:

-¿Por qué gritas a una persona cuando estás enojado?

Los hombres fueron dando otras respuestas, pero ninguna agradaba al maestro. Finalmente, él les explicó:

-Cuando dos personas están enojadas, sus corazones se alejan mucho. Para cubrir esa distancia deben gritar para poder escucharse. Mientras más enojados estén, más fuerte tendrán que gritar para escucharse uno a otro a través de esa gran distancia.

Luego, el maestro Baba hizo otra pregunta:

-¿Qué sucede cuando dos personas se enamoran? No se gritan, sino que se hablan suavemente porque sus corazones están muy cerca. La distancia entre ellos es muy pequeña. Y cuando se enamoran más aún, ¿qué sucede? No hablan, sólo susurran y se vuelven aún más cerca en su amor. Finalmente, no necesitan siquiera susurrar, sólo se miran y eso es todo.

El maestro indio perdió su mirada en el horizonte infinito. Luego, con sabiduría de muchas lunas, se dirigió a sus discípulos:

-Cuando discutan, no dejen que sus corazones se alejen. No digan palabras que los alejen. Llegará un día en que la distancia sea tanta que no encontrarán más el camino de regreso.

15.-Valor: Autoconocimiento

El hombre que no sabía quién era

En cierta ocasión, entró un hombre extremadamente rico en unos baños públicos. Una vez que se quitó todas las ropas, quedó aturdido al pensar que no podría distinguirse de los demás, ya que todos estaban igualmente desnudos.

"Entre todos estos hombres que parecen iguales –se preguntó consternado–, ¿cómo sabré cuál soy yo?".

Después de haber cavilado un largo rato, se le ocurrió una muy brillante idea: Tomó un trozo de hilo rojo y se lo amarró en el dedo gordo de un pie. De este modo, sería imposible que pudiera perderse entre tantos hombres iguales.

Desafortunadamente, mientras se enjabonaba y duchaba, perdió el hilo rojo, lo pisó otro bañista y quedó por casualidad enganchado en el dedo gordo de su pie. Al cabo de un rato, el hombre rico vio que otro llevaba el hilo rojo en su pie, miró su propio pie y, por supuesto, no vio nada.

Quedó totalmente confundido y acercándose al otro hombre le dijo:

-Perdóneme, pero quizás pueda usted ayudarme. Sé muy bien quién es usted, ¿pero podría usted decirme quién soy yo?

16.-Valor: Paciencia

El monje perfeccionista

Había una vez un monje que en todo buscaba la perfección. No soportaba el menor desafino en los cánticos religiosos, una arruga en la ropa, un plato mal lavado, una palabra mal dicha, un error o equivocación, por insignificante que fuera. Le resultaba intolerable si algún compañero bostezaba en los oficios religiosos o si veía una mota de polvo en los bancos de la iglesia.

Sufría mucho con sus compañeros en el monasterio y convencido de que allí no le iba a ser posible encontrar la perfección, pidió permiso al abad para irse a vivir completamente solo. Se llevó lo imprescindible: algunas ropas, sus libros de rezos y un cántaro para agarrar agua del río.

Eligió para su morada un lugar muy bello, pasó la noche en oración, y cuando irradió el amanecer y se despertaron los pájaros y las flores, pensó agradecido que allí sí, por fin, encontraría la perfección y con ella la paz de su espíritu.

A media mañana tuvo sed, fue al río a buscar agua, y al cargar el cántaro se le derramó un poco. No aceptó esa mínima imperfección, arrojó el agua con despecho y se le mojaron y embarraron los pies con el polvo acumulado del camino. Volvió a agarrar agua de nuevo y otra vez se le volvió a derramar. Repitió la operación inquieto y, a la tercera vez, lleno de cólera, arrojó con ira el cántaro contra el suelo y lo quebró.

"La causa de mi cólera no está en los demás –se dijo cuando al rato comenzó a calmarse–, el enemigo está aquí adentro".

Regresó al monasterio, pidió perdón y desde aquel día empezó a ver con ojos nuevos y cariñosos a sus compañeros.

17.-Valor: Autoaceptación

El árbol triste

Había una vez un huerto bellísimo en el que crecían gran variedad de plantas. Había mangos, naranjos, limoneros, y hermosos rosales. Todos vivían alegres en el huerto, con excepción de un árbol que estaba siempre triste. El pobre tenía un gravísimo problema: no sabía quién era y se esforzaba en vano por ser como los demás le decían que fuera.

-Te falta concentración –le decía el manzano-. Si lo intentas, podrás tener unas sabrosas y hermosas manzanas como las mías. Ya verás qué fácil es.

-No le hagas caso –le decía el rosal-. Es mucho más fácil tener rosas y mira bien lo bellas que son y cómo toda la gente se detiene a admirarlas.

El árbol intentaba desesperado hacer todo lo que le decían los demás y, como no lograba ser como ellos,

se sentía cada vez más triste y más frustrado.

Un día, llegó hasta el huerto un búho, que es la más sabia de las aves, y al ver la tristeza y desesperación del árbol, le dijo:

-No te sigas preocupando más. Tu problema no es tan grave. Es el mismo de muchísimos seres sobre la tierra. Yo te voy a dar la solución: "No dediques tu vida a ser como los demás quieren que seas...Sé lo que Dios quiere que seas, y para lograrlo, escúchalo".

Y dicho esto, el búho desapareció.

"¿Lo que Dios quiere que seas?", se preguntaba el árbol sin encontrar sosiego hasta que, de pronto escuchó una vocecita que le hablaba en lo profundo del corazón:

-Tú jamás darás manzanas porque no eres un manzano, ni florecerás cada primavera porque no eres rosal. Eres un roble y tu destino es crecer grande y fuerte. Tienes una misión. ¡Cúmplela!

Y el árbol se sintió fuerte y seguro y se dispuso a ser todo aquello para lo que había sido creado. Ocupó su lugar en el huerto y todos empezaron a respetarlo y admirarlo.

Desde aquel día, todos en el huerto que se dedicaban a ser ellos y no a querer ser como los demás, vivían felices.

18.- Valor: Felicidad

La camisa del pastor

La escritora francesa Anatole France nos cuenta la historia de aquel rey que enfermó de melancolía y ni bufones, regalos, viajes, fiestas, joyas..., lograban levantarle su atribulado corazón.

Buscando remedio a su tristeza, acudieron a un ermitaño muy santo y sabio que diagnosticó que el único modo que había para que el rey recobrara su alegría era poniéndose la camisa de un hombre feliz.

Sus más fieles sirvientes recorrieron en vano los confines del reino en búsqueda de un hombre feliz.

-Tenemos inmensas riquezas, palacios, joyas, numerosos sirvientes, pero la verdad es que a la felicidad no la tenemos –fueron diciendo los más ricos comerciantes y hombres exitosos de negocios.

-Hemos encontrado la sabiduría –dijeron los sabios-, por eso podemos afirmar con propiedad que la felicidad no existe. El ser humano es por su propia naturaleza un ser insatisfecho.

-Recogemos aplausos, fama, gloria, muchos éxitos, pero no somos felices –dijeron los artistas.

Cuando los fieles sirvientes volvían decepcionados y llenos de pesadumbre por no haber encontrado un solo hombre feliz que pudiera acabar con la inmensa melancolía de su rey, vieron un pastor que tocaba su flauta con una inusitada alegría. Se acercaron a él y le preguntaron:

-¿Tú eres feliz?

-Sí, yo soy feliz, la alegría no me cabe en el pecho y me sale en borbotones de música y canto.

-¿No te cambiarías por nadie?

-No, no, tengo todo lo que deseo y siendo quien soy, vivo muy feliz.

-Los ojos de los sirvientes se iluminaron:

-Hoy es un día de bendición para todos nosotros, y especialmente para nuestro rey y para ti. Vas a tener todo lo que soñaste, riquezas, gloria, poder, comida exquisita, ropas finísimas y el agradecimiento de todos los habitantes del reino. Sólo tienes que darnos tu camisa.

El pastor les miró con desconcierto.

-¿Mi camisa? Yo no tengo camisa.

19.-Valor: Determinación

Los patinadores

En cierta ocasión dos niños patinaban felices sobre una laguna congelada. Era una tarde especialmente nublada y fría, pero los niños jugaban y se divertían sin la menor preocupación. De pronto, el hielo se partió y uno de los niños cayó al agua. El otro niño, viendo que su amiguito se ahogaba debajo del hielo, agarró una piedra y empezó a golpear con todas sus fuerzas hasta que logró quebrarlo y así pudo salvar a su amigo.

Cuando llegaron los bomberos y vieron lo que había sucedido, se preguntaron asombrados:

-Pero, ¿cómo lo hizo? El hielo está muy grueso y es imposible que haya podido quebrarlo con esa piedra y con esas manitos tan frágiles.

Un anciano que se había acercado a ver lo que pasaba, dijo con determinación:

-¡Yo sé cómo lo hizo!

-¿Cómo? -le preguntaron intrigados al anciano.

-Es que no había nadie a su alrededor para decirle que no podía -respondió con su mejor sonrisa el anciano.

20.-Valor: Perseverancia

La fuente de la felicidad

Corrió el rumor de que, entre aquellas fragosas montañas, brotaba la fuente de la felicidad. Numerosas personas salieron en su busca. La mayoría, sin embargo, desistió ante las primeras dificultades y regresó a la casa diciendo que todo era mentira. Algunos continuaron buscándola a pesar del frío, del cansancio y de las dificultades. Pero sólo un grupito de esforzados logró llegar hasta la fuente.

La fuente no tenía nada en especial que pudiera distinguirla de las demás, y el agua sabía como el agua de otras fuentes. Sin embargo, todos se sintieron especialmente felices. Entonces comprendieron que la felicidad consiste en tener una meta y en esforzarse por alcanzarla.

21.- Valor: Servicio

El arroz y las varitas

Hay un cuento chino de un Mandarín que, mientras se encaminaba al Paraíso, pidió antes visitar el Infierno. Como había sido un hombre muy bueno, decidieron complacer su deseo y lo llevaron a la morada de los condenados.

Era un salón inmenso con mesas preparadas en las que humeaban, perfumando el ambiente, unos enormes platos llenos de un arroz delicioso. Alrededor de las mesas estaban sentados los condenados, cada uno con una varita de bambú para llevarse el arroz a la boca. Cada varita medía como dos metros de largo y tenía que ser agarrada por un extremo. Por mucho que se esforzaban y lo intentaban, los comensales no lograban llevar a sus bocas ni un solo grano de arroz. Todo era furor, ira, desesperación.

Conmovido por este espectáculo de ayuno forzado en medio de la abundancia, el Mandarín prosiguió su camino hacia la morada de los bienaventurados y, al llegar, vio sorprendido que el Paraíso era idéntico al Infierno: un amplio salón con mesas preparadas, grandes platos de un arroz delicioso, para ser comido con varitas de bambú de dos metros de largo, agarradas por un extremo.

La única diferencia consistía en que cada comensal, en vez de comer él mismo, daba de comer al comensal que tenía enfrente. Así todos disfrutaban de la comida y reinaba un ambiente de alegría, gozo y amistad.

22.-Valor: Libertad

El águila convertida en gallina

Hace ya algún tiempo, un campesino alemán agarró un pichón de águila, lo llevó a su granja, y lo crió con sus gallinas. El águila creció como gallina, actuaba como gallina, en todo semejaba una gallina.

Un día, visitó la granja un naturalista que se había especializado en las costumbres y hábitos de las águilas. Cuando vio al águila en medio de las gallinas, le dijo al campesino:

-¿Has caído en la cuenta de que hay un águila entre tus gallinas?

El campesino le respondió sonriendo:

-Parece águila, pero es gallina. Nació águila, pero lo crié como gallina y se transformó en gallina.

El naturalista se revolvía de indignación:

-No es posible que conviertas un águila en una gallina. El águila nació para volar en las alturas y erguirse sobre las montañas. Las gallinas se la pasan escarbando basuras y sólo son capaces de miserables vuelos rastreros.

Como el campesino seguía insistiendo en que ya no era águila, sino que era una gallina pues la había criado como tal, le dijo el naturalista apasionadamente:

-No vuela ahora, pero ella tiene en los ojos la dirección del sol y en su pecho el llamado de las alturas. Ya verás cómo ella es capaz de volar.

Una mañana, el campesino y el naturalista salieron muy temprano rumbo a la montaña llevando consigo el águila convertida en gallina. Cuando llegaron a la cumbre, el sol nacía. El naturalista agarró con fuerza al águila-gallina, dirigió sus ojos hacia el sol, y la lanzó a lo alto.

El águila-gallina empezó a agitar las alas con desesperación, pero sintió el llamado apasionante de la altura, despertó en su corazón su vocación de cumbre, sus alas consiguieron firmeza, y se fue perdiendo en un vuelo pleno y cada vez más seguro y libre en el azul infinito del cielo.

23.-Valor: Creatividad

El niño y la Escuela

Llegaron las clases y el niño fue por primera vez a la escuela. Era un niño muy pequeño y frágil, y la escuela le pareció enorme. Pero cuando descubrió que podía entrar a su salón desde la puerta que daba al exterior, se puso muy contento y ya no le parecía tan grande la escuela.

Una mañana dijo la maestra:

-Hoy vamos a hacer un dibujo.

El niño se puso feliz porque le encantaba dibujar. Sabía pintar leones, tigres, pollos, vacas, barcos, carros, casas, ciudades...Sacó su caja de creyones y empezó a dibujar.

-Esperen, no es todavía tiempo de empezar -les dijo la maestra-. Hoy vamos a pintar flores.

Al niño le pareció bien porque le encantaba pintar flores. Empezó a pintar unas extraordinarias flores con sus creyones rojos, anaranjados, azules. Pero la maestra dijo:

-No pinten todavía nada. Yo les voy a enseñar cómo se pintan las flores.

Y la maestra dibujó una flor roja con el tallo verde. El niño miró la flor que había hecho su maestra, miró la que él había pintado y le gustó mucho más la suya. Pero no lo dijo. Volteó la hoja y pintó una flor roja con el tallo verde, igual que la flor de su maestra.

-Hoy vamos a trabajar con plastilina –dijo otro día la maestra.

El niño se puso contento porque le encantaba trabajar con plastilina. Con ella era capaz de hacer culebras, carros, ratones, camiones, sombreros, cucharas, árboles, hombres..., y empezó a preparar su bola de plastilina. Pero la maestra dijo:

--Todavía no es tiempo de empezar. Dejen la plastilina quieta hasta que yo les diga. Hoy vamos a hacer un plato y yo les enseñaré cómo hacerlo.

El niño imaginó múltiples formas de platos, pero como la maestra hizo un plato hondo y les había dicho que debían hacer lo que ella hiciera, hizo también un plato hondo, igual que el de la maestra.

Así, poco a poco, el niño aprendió a esperar que le dijeran lo que tenía que hacer; y se convirtió en un niño obediente y ejemplar, porque siempre hacía las cosas como le ordenaba la maestra.

Al cabo de un tiempo, la familia se mudó a otra ciudad y los padres llevaron al niño a una escuela nueva.

-Hoy vamos a hacer un dibujo –dijo la maestra el primer día que llegó el niño a esa escuela.

El niño se puso a esperar que la maestra dijera cómo tenían que hacer el dibujo pero no les dijo nada, y se puso a caminar por el salón y a mirar los dibujos de los niños.

-¿No te gusta dibujar? –le preguntó la maestra cuando lo vio sin hacer nada.

-Sí –contestó el niño-, pero ¿qué vamos a hacer?

-Lo que tú quieras.

-¿Con cualquier color?

-Claro, si todos hicieran lo mismo, cómo sabría yo qué pintó cada uno.

-No sé –dijo el niño, y empezó a pintar una flor roja con el tallo verde.

(Elaborada sobre un texto de Helen Buklein).

24.- Valor: Fortaleza

La ostra perlífera

Marina era una auténtica ostra. No un caracol rastro, sino un ser para vivir en lo profundo. Como todas las de su raza, había buscado una roca en el fondo para agarrarse firmemente a ella. Cuando la consiguió, creyó haber encontrado su destino claro que le

permitiría vivir sin problemas su existencia de ostra. Viviría la vida tranquila, feliz, sin especiales contratiempos.

Pero Dios había puesto su mirada en Marina y la había elegido para que fuera realmente valiosa. Un día, Dios colocó en Marina un granito de arena. Literalmente, un granito de arena. Fue durante una tormenta de profundidad. De esas que casi no provocan oleaje en la superficie, pero remueven el fondo de los océanos.

Cuando el granito de arena cayó en la ostra, Marina se cerró violentamente como lo hacía siempre que algo extraño la invadía. Este es el modo que usan las ostras para alimentarse: todo lo que entra en su vida es atrapado, desintegrado y asimilado. Si el objeto extraño no es digerible, lo expulsan fuera.

Pero Marina, por mucho que se esforzó, no pudo digerir ni expulsar ese granito de arena que se le iba clavando cada vez más profundo en su carne. El dolor le estaba resultando insoportable. Trataba de pensar en otras cosas, de distraerse para olvidar el dolor, pero tampoco podía. Estaba siempre allí, ocupando el lugar de su existencia, como si la vida se hubiera transformado en dolor.

Cualquier habría pensado que el único camino que le quedaba a Marina era luchar desesperadamente contra el dolor, rodearlo con el pus de la amargura, vivir quejándose siempre, convirtiendo en un infierno su propia vida y la vida de los que estaban junto a ella.

Pero las ostras tienen la extraordinaria cualidad de producir sustancias sólidas. Normalmente, dedican esa cualidad a fabricarse un caparazón defensivo, rugoso por fuera y terso por dentro. Pero Marina lo de-

dicó a la fabricación de una perla. Poco a poco y con lo mejor de sí misma, fue rodeando el granito de arena de su dolor, y a su alrededor comenzó a nuclear una hermosísima perla. Convirtió esta tarea en ilusión, en misión. Ya no le importaba el dolor porque era la fuente de su esperanza y de su sueño.

Muchos años después de la muerte de Marina, bajaron unos buzos al fondo del mar. Cuando la sacaron a la superficie, encontraron en ella la perla más hermosa que jamás habían visto. Al verla brillar con todos los colores del cielo y del mar, nadie dudó de lo valiosa que había sido la vida sufrida de Marina.

(Elaborada sobre un texto de Mamerto Menapace)

25.- Valor: Confianza

La mujer con alzheimer

Una enfermera recibió en la clínica a un hombre de cierta edad que necesitaba que le curasen una herida de la mano. Tenía bastante prisa y, mientras le curaba la mano, la enfermera le preguntó qué era lo urgente que tenía que hacer. El hombre le contó que su mujer vivía desde hace tiempo en una residencia de ancianos, que tenía un alzheimer muy fuerte y él iba todas las mañanas a desayunar con ella.

Mientras le terminaba de vendar la herida, la enfermera preguntó:

-¿Su esposa se alarmaría mucho si usted llega tarde esta mañana?

-No –respondió el hombre-, mi mujer no sabe quién soy. Hace cinco años que no me reconoce.

La enfermera, algo extrañada, le dijo:

-Entonces, ¿por qué esa necesidad de estar con ella todas las mañanas?

El hombre respondió:

-Ella no sabe quién soy yo, pero yo todavía sé muy bien quién es ella.

26.- Valor: Delicadeza

El leñador y su esposa

Había un leñador, fuerte y robusto, que contrajo matrimonio con una mujer totalmente distinta: delicada, suave, con unos dedos prodigiosos con los que realizaba unos extraordinarios bordados.

El leñador estaba muy orgulloso de su esposa y pasaba todo el día en el bosque para que no faltara nada en la casa.

Tuvieron tres hijos que crecieron, estudiaron, se casaron y se fueron a vivir lejos de la casa de sus padres.

Cuando quedaron solos, el hombre siguió trabajando con el mismo afán. A pesar de los años, no disminuía su extraordinaria fortaleza. La mujer, sin embargo, fue languideciendo, dejó de bordar, perdió el apetito, ya ni salía de la casa y pasaba todo el día en la cama.

El esposo no sabía qué hacer y se la pasaba dando vueltas como un león enjaulado. Una noche, la esposa empezó a arder de fiebre y una palidez de muerte devoró su rostro. El leñador tomó en sus manos toscas

los delicados dedos de la esposa y comenzó a llorar:

-¡No me dejes, por favor, no me dejes! –gritaba entre sollozos.

La mujer hizo un gran esfuerzo por levantar su pregunta sobre la llamarada de su fiebre:

-¿Por qué estás llorando?

-Porque te amo mucho, porque no soportaría la vida sin ti.

Una chispa suave avivó los ojos de la esposa.

-¿Por qué no me lo dijiste antes? Yo creía que cuando los hijos crecieron y se fueron, ya mi vida no servía para anda. Me sentía tan débil y tan frágil y te veía tan fuerte y tan seguro de ti mismo...

-Me daba pena decirte lo mucho que te quería y te necesitaba. Pensaba que no te merecía. Tenía tanto miedo de perderte...

Desde ese momento, la mujer volvió a recuperar la salud, empezó de nuevo a pasear por el bosque, y sus dedos recobraron su agilidad y su arte. Su vida tenía sentido porque alguien la quería y necesitaba de su amor³⁷.

37 Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2005, pág. 98-99. (Esta parábola fue elaborada libremente sobre un texto de Paulo Coelho).

27.-Valor: Constancia

Tú eres el ganador

La historia se la debemos al Dr. D.H. Groberg:

Ya estaban los corredores listos para la partida. Sólo esperaban con los músculos tensos el pitazo inicial. Cada uno de ellos soñaba en ganar la carrera o, si no era posible, quedar entre los primeros. Los padres observaban y alentaban a sus hijos, y cada hijo esperaba mostrar a su padre que él sería el ganador.

Sonó por fin el pitazo y arrancaron con los corazones agitados y las esperanzas ardiendo. Ganar y ser héroe en esa mañana era el deseo de cada uno de los jóvenes.

Se desprendió del pelotón un muchacho y tomó la delantera. El saber que su padre estaba allí, observándole, ponía alas a sus pies. Ganaría y su padre estaría muy orgulloso de él.

No vio aquella raíz levantada, tropezó y el muchacho que iba de primero cayó de bruces en medio de las risas de la multitud. Con él cayeron también sus esperanzas. Ya no sería el ganador. Triste, avergonzado, sólo pensaba en desaparecer.

Entonces vio el rostro cariñoso y radiante de su padre animándole a seguir. Si todavía él creía que podía ganar, se sobrepondría y haría un esfuerzo extraordinario y conseguiría la victoria.

Estaba ya recuperando algunos puestos, podía ver a los que iban en la punta, pero su mente corrió más veloz que sus piernas, resbaló y cayó de nuevo. Deseó haberse retirado antes, cuando cayó por primera

vez. Ahora, la humillación y la vergüenza eran todavía mayores. Tenía perdida la carrera y él estaba perdido como corredor.

Pero entre la multitud que reía, buscó y encontró el rostro de su padre y su mirada penetrante que le decía con esperanza y con cariño: "Párate y gana la carrera".

Se levantó de un salto y lo intentó de nuevo. Los primeros corredores le aventajaban por más de treinta metros. Con un esfuerzo inaudito, logró acortar la distancia, pero una vez más cayó derrotado sobre el suelo.

No tenía sentido seguir intentándolo. Una lágrima de rabia y despecho rodó por sus mejillas. Se retiraría y enfrentaría dolorosamente la desilusión de su padre y las risas y pitos de la multitud.

Entonces, escuchó la voz animosa de su padre: "Levántate y toma tu puesto. No puedes ni debes retirarte. Levántate y gana la carrera. No has perdido todavía. Para ganar sólo necesitas levantarte cada vez que caigas".

Se levantó y se puso a correr con todas sus fuerzas. Llevaba sus ojos empañados y en su corazón repicaban nuevos ánimos. Sabía que no podría ganar, ni siquiera llegaría entre los primeros, pero seguiría hasta el final, aunque cayera de nuevo. No se retiraría.

El ganador fue aclamado cuando cruzó la meta. La cabeza en alto, orgulloso, feliz, sin percances, sin desgracias. Triunfador.

Y cuando el joven que había caído cruzó de último la meta, fue el más aclamado por la multitud por no

rendirse y terminar la carrera. Casi parecía que fuera él el ganador. Lo esperaban los brazos gozosos de su padre que lo recibieron como a un campeón.

-No lo hice muy bien –dijo el joven con tristeza.

-Para mí, tú ganaste –le dijo el padre-. Te levantaste todas las veces que caíste y seguiste corriendo sin rendirte.

28.- Valor: Fraternidad

Hermanos verdaderos

Murió el padre y los dos hermanos, uno soltero y el otro casado, heredaron la granja que, con el trabajo de ambos, producía abundante grano que los hermanos se repartían a partes iguales.

Pero llegó un momento en que el hermano casado se despertaba todas las noches sobresaltado por este pensamiento: "No es justo. Mi hermano no está casado y se queda con la mitad de la cosecha. Yo tengo mujer y cinco hijos que me cuidarán cuando esté ya viejo, pero él no tiene a nadie". Por ello, necesita ahorrar mucho para cuando ya no pueda trabajar". Con este pensamiento, que no le dejaba dormir, se paraba de la cama e iba a su granero, llenaba un saco de su trigo y lo llevaba en secreto al granero de su hermano.

Pero sucedió que también el hermano soltero empezó a despertarse por la noche y a pensar: "No es justo que mi hermano, que tiene mujer y cinco hijos, se quede sólo con la mitad de la cosecha, pues él necesita mucho más que yo". Y con este pensamiento, se levantaba de la cama y llevaba un saco de su grano al granero del hermano.

Una noche, se levantaron los dos al mismo tiempo y se encontraron cada uno con su saco de trigo. Y cuenta la historia que algunos años más tarde, cuando murieron los hermanos, los habitantes del lugar que conocieron este hecho, decidieron levantar una iglesia en el lugar donde se habían encontrado en la noche los hermanos por pensar que no era posible encontrar un lugar más sagrado que ese.

29.- Valor: Fe

Jugar con Dios

Un ermitaño muy santo que vivía solo en las montañas, bajaba todos los domingos a la misa del pueblo y, terminada la misa, se quedaba un buen rato jugando con los niños. Les daba volteretas, los arrojaba al aire, competía con ellos en carreras... Cada domingo traía nuevos juegos y ocurrencias. Los niños lo adoraban.

Un día, se le acercó el maestro y le preguntó cuál era su magia para inventar tantos juegos y que todos los niños del pueblo lo quisieran tanto.

-Muy sencillo -respondió el ermitaño-. Les enseño los juegos que, durante la semana, he estado practicando con Dios.

Como el maestro se mostró asombrado, el ermitaño continuó mirándolo con sus ojos mansos y profundos:

-Sí, yo me la paso jugando con Dios. ¿Acaso no es Él nuestro padre? ¿Y qué padre bueno no juega con sus hijos? Decimos que Dios es padre pero, a juzgar por el modo con que lo tratamos, no estamos muy convencidos de que en realidad lo sea. A no ser que pensemos de Dios que es un Padre regañón, muy serio y fastidioso.

30.- Valor: Coherencia

Vive lo que enseñas

Cuentan que, en cierta ocasión, llegó un misionero a un pueblo indígena. Los habitantes del pueblo lo recibieron con grandes atenciones y se dispusieron a escucharle.

-Vengo a traerles la muy buena noticia de un Dios Padre, que nos quiere a todos y desea que vivamos como hermanos, sirviéndonos y ayudándonos unos a otros. ¿Van a aceptar la noticia que les traigo y a recibir en sus corazones a ese Dios Padre que nos ama a todos como a verdaderos hijos?

Calló el misionero y los indígenas permanecían en silencio.

-¿Lo aceptan o no lo aceptan? –insistía desconcertado el misionero.

*Al rato, se alzó la voz serena del cacique diciendo:
-Quédate a vivir con nosotros unos días y si en verdad vives lo que pretendes enseñarnos, entonces volveremos a escucharte.*

31.- Valor: Humildad

El secreto del pastor

Cuentan que, en un país muy lejano, vivía un pastor tan sabio que la fama de sus consejos llegó a oídos del rey. Dado que tanto sus ministros como sus consejeros no lograban ordenar la administración del país y seguía el descontento popular, el rey decidió buscar al buen pastor y encargarlo de la economía y administración de su reino.

El pastor se presentó ante el rey y después de escuchar su propuesta de nombrarlo Primer Ministro, le contestó:

-Acepto con agrado tu propuesta, pero con una condición: tener en palacio una habitación donde sólo pueda entrar yo.

El rey aceptó sin problemas una condición tan sencilla y el pastor comenzó a actuar como Primer Ministro del reino.

Las disposiciones, decretos y leyes del pastor fueron tan oportunas y eficaces que pronto empezó a cambiar la situación: se estabilizaron los precios, aumentó el trabajo, la gente pudo satisfacer sus necesidades y la paz y el bienestar se adueñaron del país.

El rey se sentía muy complacido por la decisión que había tomado pues se había traducido en excelentes frutos, pero algunos consejeros, envidiosos del pastor, comenzaron a calumniarlo y, siempre que podían, lo acusaban de acumular en la habitación secreta los tesoros que robaba al país y al rey.

Al comienzo, el rey no les hizo caso, pero tanto le insistieron sobre los posibles peligros, pues hasta le insinuaron que en esa habitación el pastor se entregaba a prácticas de hechicería con la idea de preparar un complot contra él, que un día, para salir de las dudas, hizo forzar la puerta cuando el Primer Ministro estaba dentro, con la idea de sorprenderlo entre sus riquezas y maquinaciones.

Cuando derribaron la puerta, se llevaron todos una gran sorpresa: en la habitación sólo había unos muebles muy rústicos de madera, paja y, en el centro, vestido de pastor, el Primer Ministro tocando en su flauta una sencilla melodía campestre.

-¿Por qué te has vestido así y haces esto? –le preguntó el rey muy desconcertado e intrigado.

-Señor, sin estos momentos que me recuerdan mis felices días en la montaña con mi rebaño, no podría soportar la vida de palacio, tan llena de intrigas, mentiras y envidias. Aquí me esfuerzo por ver las cosas con los ojos de los más humildes, a los que tus ministros siempre olvidaron y nunca tomaron en cuenta.

32.- Valor: Belleza

La vasija y el vino

Ezequiel era un campesino que afirmaba que su esposa Ruth era la más bella del mundo. No se cansaba de alabar su belleza y de darle gracias a Dios por ello. La gente lo consideraba estúpido y se reía de él:

-No tienes ni idea de lo que dices. Hay millones de mujeres más hermosas que la tuya. Si te fijas bien, verás que Ruth es más bien desagradable y fea. Mira sus manos toscas, su piel dura. Bella es la mujer de Serafín, que tiene una cintura de avispa, piel de nácar, rostro de estrella.

Para cortar las discusiones y diatribas, les dijo Ezequiel un día a los que porfiaban que Ruth no era bella:

-La apariencia es una vasija. La belleza es el vino. Dios me ofrece un excelente vino en la apariencia de una vasija tosca. Muchos prefieren las vasijas más relucientes y bellas, aunque dentro sólo contengan vinagre. Lo importante no es la apariencia externa, sino tener bello el corazón.

33.- Valor: Perdón

El árbol de pañuelos

Julio caminaba lentamente por las calles de la ciudad. Con frecuencia, miraba hacia atrás por si alguien lo seguía. Tenía miedo de todo, de encontrarse con algún conocido, con la policía o con algún ladrón. Se sentía mal y tenía hambre y frío. Diciembre avanzaba a pasos agigantados y pronto llegaría la Navidad. ¿Qué iba a hacer? En el bolsillo no le quedaba ni una moneda, y en todos los lugares donde había solicitado trabajo, le habían dicho que por ahora era imposible, que volviera en enero, que tal vez si las cosas mejoraban...

Para saciar su hambre, se había ofrecido en un restaurant a lavar los platos a cambio de comida, pero cuando lo vieron sucio y con la barba de varios días, imaginaron que era un mendigo o un malandro, y le dijeron de malas maneras que ya tenían quien lavara los platos, que no lo necesitaban, que si no se iba de allí, mandarían llamar a la policía.

Julio había llegado a la ciudad con bastante dinero, y empezó a despilfarrarlo sin pensar en el mañana. Mientras tuvo dinero, le sobraron los amigos, pero cuando lo vieron sin nada y medio enfermo, le fueron dando la espalda y lo dejaron solo. Cuando caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad, que ahora le parecía tan inhumana y tan hostil, se acordaba mucho de sus padres y hermanos: ¡Qué felices debían estar en el pueblito! ¿Se acordarían mucho de él? ¿Qué pensarían cuando se enteraran de que había despilfarrado todo el dinero que le habían dado para que él estudiara? Tanto sacrificio, tanto trabajo, tanta ilusión de que él sí iba a echar pa'lante y allí estaba, solo y desolado, sin amigos, sin dinero, sin estudios, con el

terrible peso en su corazón de sentir que había engañado a la familia y que había destrozado sus ilusiones. ¿Podrían perdonarlo?

Enfrentaría las dudas y les escribiría una carta. Les contaría la verdad de todo y cómo vagaba por las calles hambriento y sin tener donde dormir. Si lo perdonaban, volvería a la casa y trabajaría sin descanso para reponer todo el mal que había hecho. ¿Y si no lo perdonaban? Esta idea martirizaba a Julio y no le dejaba descansar. Bueno, si no lo perdonaban, se echaría a rodar por la vida, o se la quitaría. ¿Para qué seguir viviendo sin nadie que lo quisiera, sin ideales, sin horizontes, sin esperanza?

El padre de Julio volvía agotado del trabajo del campo. Le pesaban mucho ya los años y cada día se cansaba más.

-Papá, papá, Julio ha escrito una carta. Léela papá, que no aguantamos las ganas de saber cómo le va.

Los ojos del padre se iluminaron de ilusión: "Por fin, se decidió a escribirnos el hijo. Seguro que esperó a que comenzaran las clases para tener algo importante que decirnos". El padre se lavó las manos, se sentó en la mesa de la cocina y abrió la carta con manos temblorosas. A mitad de la lectura, levantó hacia su mujer unos ojos llorosos, cargados de dolor.

-María, María...-y la voz se le quebró.

-¿Qué pasa, Antonio? ¿Le ha sucedido algo malo a Julio? ¿Está enfermo? Dínoslo ya, Antonio, sea lo que sea, que no aguanto las ganas de llorar.

El padre empezó a leer con voz ahogada por la emoción y el sufrimiento: "Queridos padres y hermanos: Quiero pedirles perdón por lo mal que me he portado

con todos ustedes, por los enormes disgustos y el dolor que van a sentir al leer esta carta, por no haber pensado en ustedes, por no haber cumplido ni un solo día con mi obligación de estudiante y de hijo, por haber botado y malgastado todo el dinero que me dieron para que estudiara y pudiera conseguir un buen futuro. Estoy enfermo, sin un centavo, solo, hambriento, desesperado, sin saber qué hacer ni a dónde ir”.

Antonio dejó de leer y colgó sus ojos de los de su mujer y los hijos que escuchaban atónitos. Tragó saliva y continuó con la lectura: “Si ustedes me perdonan y están dispuestos a recibirme, pongan un pañuelo blanco en el árbol que hay frente a la casa. Yo pasaré en el autobús la víspera de Navidad. Si veo el pañuelo en el árbol, bajaré e iré hacia la casa. Si no, comprenderé y proseguiré mi viaje, aunque no sepa a dónde ir”.

A medida que el autobús se acercaba al pueblito, Julio se iba muriendo de los nervios: ¿Estaría colgado el pañuelo? ¿Serían los padres y hermanos capaces de perdonarlo? Pronto lo sabría: el autobús estaba dando la última vuelta antes de enfilear por la calle principal del pueblo. Entonces, vio el árbol: estaba tan lleno de pañuelos blancos que parecía que hubiera nevado.

Cuando el autobús se detuvo en la estación y Julio descendió con los ojos y el corazón atravesados de emoción y de llanto, encontró que toda la familia estaba allí, sonrientes, felices, llenándole de abrazos.

Índice

Presentación	7
1.-La educación, tarea y responsabilidad de todos. 10	
Qué significa educar.....	13
Papel del Estado y papel de la familia	19
Educación laica, pero no laicista.....	22
2.-La familia como la primera escuela de amor	26
A.-Querer a los hijos.....	32
B.-Que los padres se quieran.....	47
El amor busca el bien y la felicidad del otro .	57
Separados pero padres.....	65
C.-Enseñar a los hijos a amar.....	66
3.-La familia de Nazaret, modelo de familia cristiana.....	71
4.-El mundo de los jóvenes desafía a padres y educadores.....	75
De la muerte de Dios a la muerte del espíritu...	81
Crisis de las principales instituciones socializadoras.....	86

Desafíos a la educación	97
La necesidad de repensar la educación católica: Seguir a Jesús un camino a la plenitud.....	100
5.-Enseñar el amor: reto principal de padres y educadores	107
Adolescencia: el difícil paso de la niñez a la adultez.....	111
Integrar la sexualidad al respeto y el amor....	114
Construir familia como comunidad de amor...	117
6.-Familia y escuela: Del distanciamiento al encuentro	124
Escuelas de padres	129
Apéndice:	
Algunas parábolas para trabajar los valores esenciales	133
1.- Valor: Autoestima El anillo	134
2.- Valor: Solidaridad El caballo del califa	136
3.- Valor: Autenticidad El Gran Samurai	138
4.- Valor: Amor Toro Bravo y Nube Azul	140
5.- Valor: Honestidad Deisy, la pastora	142
6.- Valor: Cooperación Asamblea en la carpintería	143

7.- Valor: Unión	
Los siete palos secos.....	144
8.- Valor: Paz	
La paz perfecta.....	146
9.- Valor: Esperanza	
La estrella verde.....	147
10.- Valor: Ternura	
La carrera.....	148
11.- Valor: Comprensión	
La mesa	149
12.- Valor: Decisión	
Las ranas.....	150
13.- Valor: Amistad	
Las manos más hermosas	151
14.- Valor: Amabilidad	
Cercanía de corazones.....	152
15.- Valor: Autoconocimiento	
El hombre que no sabía quién era	153
16.- Valor: Paciencia	
El monje perfeccionista.....	154
17.- Valor: Autoaceptación	
El árbol triste	155
18.- Valor: Felicidad	
La camisa del pastor	157
19.- Valor: Determinación	
Los patinadores	158

20.- Valor: Perseverancia	
La fuente de la felicidad	159
21.- Valor: Servicio	
El arroz y las varitas	160
22.- Valor: Libertad	
El águila convertida en gallina	161
23.- Valor: Creatividad	
El niño y la escuela	162
24.- Valor: Fortaleza	
La ostra perlífera	164
25.- Valor: Confianza	
La mujer con alzheimer	166
26.- Valor: Delicadeza	
El leñador y su esposa	167
27.- Valor: Constancia	
Tú eres el ganador	169
28.- Valor: Fraternidad	
Hermanos verdaderos	171
29.- Valor: Fe	
Jugar con Dios.....	172
30.- Valor: Coherencia	
Vive lo que enseñas	173
31.- Valor: Humildad	
El secreto del pastor.....	173

32.- Valor: Belleza	
La vasija y el vino	175
33.- Valor: Perdón	
El árbol de pañuelos.....	176